CARTAS DE UN JOVEN ESCRITOR
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EDUARDO MARTÍNEZ RICO

IMÁGICA mítica
IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES

CARTAS DE UN JOVEN ESCRITOR

A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

EDUARDO MARTÍNEZ RICO

CARTAS DE UN JOVEN ESCRITOR A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Eduardo Martínez Rico

IMÁGICA mítica

IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES

Alberto Santos, edición.
Carlos L. García-Aranda, correcciones, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda, Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.
Mánager de internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com).

Copyright ©2016 Eduardo Martínez Rico.
Alberto Santos, Editor. Copyright ©2016 Imágica Ediciones, S. L.
1.ª edición en papel: Abril, 2016.
1.ª edición en e-book: Mayo, 2016.

Imágica Ediciones, S. L.
Alberto Santos, Editor.
Juan Bautista de Toledo, 10, 2.º A.
28002 Madrid.
Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-95772-70-1.

Tienda virtual: **http://www.albertosantoseditor.com**
Email: **imagica@telefonica.net**
Blog: **albertosantoseditor.blogspot.com**
Facebook: **http://www.facebook.com/albertosantoseditor**

El libro que ahora me apetecería leer es una novela en la cual se sienta la historia que llega, como un trueno aún confuso, la historia histórica junto con el destino de las personas, una novela que dé la sensación de estar viviendo un desbarajuste que todavía no tiene nombre, no ha tomado forma…

ITALO CALVINO, *Si una noche de invierno un viajero*

El verano es el único trasunto posible del paraíso perdido.

FRANCISCO UMBRAL, *Mortal y rosa*

Sí soy —respondió Sancho—; y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera; soy quien «júntate a los buenos, y serás uno dellos», y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces»; y de los «quien a buen árbol se arrima, buena sombre le cobija». Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo: que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí ínsulas que gobernar.

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha II*

Dejo un nombre, ¿qué es más que un nombre? ¿Qué seré más que los personajes ficticios que he creado en mis invenciones? ¿Qué es hoy, en la tierra, Cervantes más que don Quijote?

MIGUEL DE UNAMUNO, *Diario íntimo*

Prólogo

El autor de este libro, al que conozco hace muchos años, me ha pedido que le escriba un prólogo. Yo siempre me he negado a hacer este tipo de cosas, porque pienso que un amigo no es la persona más adecuada para enjuiciar una novela, ni siquiera para presentarla. Los prólogos, cuando los escriben otros, suelen estar llenos de alabanzas, de diamantes que solo existen en la imaginación del prologuista o, mejor dicho, en la amistad que lo une al autor. Y así se lo dije. Pero él me insistió tanto que no he podido negarme. Quiere que escriba un prólogo sincero que no se quede en el elogio, sino que muestre también sus flaquezas y defectos. Al fin y al cabo, piensa, esta es la obra de un escritor joven que aún tiene que andar mucho camino por las sendas de la literatura. Yo me limitaré a repasar las sensaciones que su lectura me ha provocado.

Mi amigo duda en llamar a este libro novela, y sin embargo lo es. Pero también es otra cosa. Se trata de una «novela epistolar» como ya anuncia el título. Mientras la escribía, el autor me contaba, muy nervioso, los pormenores de su redacción. No sabía si llamarlo *Cartas a Alonso Quijano* o *Cartas a don Quijote de la Mancha*, pues en el libro se pasa pronto de Alonso Quijano a don Quijote, aunque los dos siempre están presentes. También se le ocurrió quitar lo de «cartas» (me decía que nunca le había gustado leer ningún libro que se titulara *Cartas a…*), y llamarlo de una forma más poética y sugerente. Las cartas parecen ser algo de cada día, o por lo menos antes lo parecían: ahora es más fácil que alguien escriba una novela que una carta. El autor, las pocas veces que nos veíamos —hoy hay poco tiempo para cultivar la amistad, y no me extraña nada que mi amigo se haya dedicado a escribir cartas a un personaje imaginario—, me mostraba todos sus miedos. «¡No sé qué diablos estoy escribiendo! —llegaba casi a gritar—. Estoy dando a luz un engendro al que llamo novela». Se le veía muy desesperado, pero el hecho de que por fin haya concluido el libro dice algo de su valía (el autor del *Lazarillo* nos recordaba que no había libro malo, y yo añadiría que más que libros malos hay malos lectores).

Antes escribí que *Cartas de un joven escritor a don Quijote de la Mancha* es novela, o es algo más. Es novela, primero, porque los dos personajes principales son ficticios. Uno ya inventado por Cervantes y aquí mínimamente recreado para explicar al otro. Aunque no voy a negar que esta es una novela marcadamente autobiográfica. Los

grandes teóricos de la literatura, los críticos encopados, acostumbran a decir que las primeras novelas son siempre autobiográficas. Y tienen razón —tampoco han hecho un gran descubrimiento—, pero ¿cómo quieren que el escritor cuente la vida de otros antes de contar la suya propia? El principal personaje de toda novela es el autor (no voy a entrar aquí en la distinción narrador-autor), el hombre que se mira en el espejo que cada personaje ha levantado para que se mire. El protagonista de esta novela se parece mucho al autor (yo lo conozco, creo que bastante bien, y puedo decirlo), pero no son la misma persona. A mi amigo no se le hubiera ocurrido escribir unas cartas a don Quijote así por así. Antes lo habría intentado con una actriz famosa, una modelo de moda o una amiga que le gustara mucho. Pero sí se parecen. Una fina telaraña de ficción cubre la realidad del escritor; ahí nace la novela.

Y no es novela, o es otra cosa, porque las cartas que aquí se ofrecen son tan reales como las que yo pueda dirigir a mi mujer en Estocolmo. Las cartas, nos guste o no, están más pensadas para el que las escribe que para el que las recibe. Por ello, el que estas cartas no lleguen «realmente» a un destinatario «real» no es más que un accidente sin importancia. Al igual que no importa que aquí se imaginen cosas o se inventen personajes. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez en sus cartas? En las epístolas se exageran sucesos, se fantasean aventuras; tendemos a imaginar una biografía paralela, ficticia, que nos salve y haga más atractivos de cara a los lectores. Y si al otro lado del papel está una exuberante mujer rubia, o un impresionante hombre rubio —según gustos— con más razón.

Pero yo encuentro en este libro, más que una novela o unas cartas autobiográficas, un diario novelesco que explica muy bien a su autor y a sus amigos, literarios o «reales» (hablando de literatura estas palabras siempre son resbaladizas), a un tipo de persona que ya no abunda y cuyo paradigma inmortalizó Cervantes. El loco que vive en un mundo de sueños, poblado por héroes literarios que se cruzan con los reales. Estas personas, cuando toman un café en un bar, pueden encontrarse con Hamlet o don Juan —por emplear dos personajes de todos conocidos—, o al menos a alguien que se parece mucho a ellos. Viviendo una aventura amorosa tal vez recuerden los impetuosos idilios de los poetas, el romance fatal de Garcilaso… Antes que reconocer que su novia es una «rara» dirán que tiene las contradicciones de las musas (fuego y hielo en el cuerpo, en el suyo y en el del poeta), y que ellos son unos afortunados Petrarcas. Al fin y al cabo, comprendo a don Quijote: es mucho más bello un ejército de bravos soldados que un rebaño de ovejas, una princesa encantada que una aldeana jamás cantada. Yo, en cierto modo, soy así, y por eso comprendo a mi amigo. Si vosotros, los que leéis este prólogo, todavía

indecisos, poseéis alguna de las características de estos seres quijotescos, acercaos a *Cartas de un joven escritor a don Quijote de la Mancha*, pues aquí encontraréis, seguro, a uno de los vuestros.

EL AMIGO DEL AUTOR

Carta I

Campos de Castilla, 1469.

Señor hidalgo Alonso Quijano:

Me he resistido mucho antes de empezar a escribir. No es fácil mandar una carta a alguien cuya dirección es «un lugar de la Mancha», aunque se trate del sitio más famoso de la literatura universal. Famoso pero confuso. Unos dicen, claro, que la Mancha es esa región española famosa en quesos y en vinos; otros, pocos, sostienen que el que lo hizo la llamó así por carecer de limpieza de sangre, por tener mancha de cristiano nuevo, en unos tiempos en los que esto no debía de importar gran cosa; un amigo, por último, se ha inventado una bonita mitología para explicarla. Mi amigo sostiene que un dios muy antiguo y olvidado, de aspecto gigante y corazón noble, chapoteó un día por un planeta que todavía no recibía el nombre de Tierra pues todo él era mar. Chapoteó y esparció las aguas de forma caprichosa, quedando recortadas unas formas de tierra que se convirtieron en los continentes. Don Quijote de la Mancha no sería ya el campeón de esta comarca española sino de todo el conjunto de la tierra —tierra en sentido estricto—; un «lugar de la Mancha» puede ser cualquier punto de la geografía mundial, tierra firme. Esa mancha que inunda el mar y en la cual vivimos. Por todo lo dicho, temo el despiste de los carteros.

Quise escribir «querido don Quijote de la Mancha», pero no sé si tengo tanta confianza para llamaros-llamarle-llamarte (mejor lo último) «querido», tanta para deciros don Quijote, caballero de la Triste Figura o de los Leones. Busco en esta carta, y quizás en otras que vendrán después, la intimidad, pero no ignoro que se trata de una larga conquista y que exigirá esfuerzo. Tampoco espero respuesta directa por vuestra parte (por tu parte), porque diariamente me habláis. Es hora de responderos (parece que no me sale el tuteo) y trabajar la amistad del papel.

Desde muy niño, y perdona las palabras altisonantes, mi existencia está ligada a la tuya. Hay una anécdota que mi padre contaba antes mucho y que ahora no cuenta casi nunca. Debía de llevar poco tiempo en el colegio y estaba aprendiendo a leer. Un día de fiesta, mientras sus padres escuchaban música o descansaban del trabajo de la semana, un niño jugaba con las páginas de un libro. De repente, en medio de una gran calma, el niño profirió un grito de alegría:

—¡Papá, ya sé leer!

Se trataba de *Don Quijote de la Mancha*, y el niño era yo. Desde entonces nunca he parado de recorrer esos ejércitos de pequeños signos, negrísimos, que desfilan por el blanco, blanquísimo, del papel. Andando el tiempo, volví a aquel libro, ese libro que los dos conocemos tan bien, y lo leí como una vida propia, una profecía de lo que yo iba a ser, de lo que me estaba convirtiendo en el camino a la edad adulta. Salvando las distancias —aún hay clases y categorías—, yo he sido ese lector empedernido que tomaba por verdaderas las historias de los libros, otros en apariencia, en realidad los mismos que tú leíste. Yo he sido ese hombre que me creí llamado a una empresa gigantesca y prometeica: robar el fuego de los dioses para ofrecérselo a la comunidad, a los necesitados de un brazo fuerte y un espíritu leal. De alguna manera yo me creí caballero, doncel, galán discretísimo de damas, conversador incansable de Sancho Panzas. Yo fui el hombre pacífico cuya vida se vio revuelta por los fabulosos relatos de los libros. Yo salí al campo y caminé la fama imaginaria. Fui a Barcelona y me retornaron vencido a mi casa, cuerdo y vacío. Yo fui un poco tú —espero seguir siéndolo un mucho—, y quiero que sepas algo de mí.

Carta II

Señor hidalgo:

Aquí estoy por segunda vez. He tratado de olvidar lo que algunos amigos me dicen cuando les cuento sobre nuestra correspondencia. No es cosa de locos escribir a un personaje literario, bastante más vivo que muchos de mis contemporáneos. Dicen que debo haber perdido la razón cuando desperdicio mi valioso tiempo en escribir a un ser imaginario, imaginado por un espíritu ocioso (y Cervantes debió de tener el ocio escaso) de muy ambigua personalidad. En esta época afirman que el tiempo es oro, que no se puede emplear en leer la vida en la de otros, ellos que lo malgastan tanto en insulsos programas de televisión. Algún día te explicaré lo que es la televisión, ese maravilloso invento tan penosamente utilizado. Menos mal que hay alguna persona que me comprende. No es este el diálogo entre dos simples locos —hay quien piensa que tú no fuiste, no eres más que un loco, «loco pero gracioso», simpático—, sino entre dos personas que desean hacer de la locura un tesoro, un medio para resistir la actualidad. Mi amigo Jorge Luis Lis, antes de su trágica muerte, gustaba de afirmar que la literatura universal habría caído en un pozo insondable de haber existido psiquiatras cualificados en tiempos de Cervantes o Shakespeare, tus tiempos intemporales. Con una sencilla terapia, amigo don Alonso, con unas cuantas pastillas, el regreso de Barcelona hubiera sucedido mucho antes, tu sueño deshecho por el milagro de la farmacopea. No habrías visto gigantes en los molinos, ni castillos en vez de ventas; tampoco habrías oído esas voces que te empujaron a emular las hazañas de tus admirados caballeros andantes. Con un psiquiatra nos hubiéramos quedado sin don Quijote, sin esa historia que «a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca».

Mis amigos no entienden que yo te pueda dirigir unas cartas inocentes y salvadoras. Afortunadamente, no estás viviendo estos años que a mí me consumen. Nunca ha habido más facilidades para la comunicación humana, nunca ha sido más fácil llegar al otro como en esta época. Desde tu casa, querido Alonso, hablas mediante un aparato llamado teléfono a miles de kilómetros de distancia. Lo que escribes desde un ordenador —un artilugio que puede ser, a la vez, lo más útil y lo más «desordenado»— llega a países lejanos en cuestión de fracciones de segundo. ¿No es esto un prodigio? Pero la gente, don

Alonso, parece no tener cosas que contarse. Ya no se escriben cartas convencionales, pues dicen también que es perder el tiempo. El correo solo lo utilizan los bancos y las empresas para distribuir publicidad, para informarte del estado de cuentas y acciones, no caballerescas precisamente. Ya nadie escribe preciosas y sentidas cartas de amor. Estamos perdiendo el temblor de la palabra, ahora que era el momento de construirle su más augusto edificio. ¿A quién voy a escribir sino a ti, amigo manchego?

Mi abuelo Luis, allá en un pueblo de La Coruña llamado Pontedeume, entretenía a sus hijos algunas noches lluviosas —no recuerdo si después de cenar— en leer en voz alta el *Quijote*, tu *Quijote*. Los siete hijos se pasaban el libro y lo hacían presente en sus voces gallegas. Mi abuelo, que murió poco después de nacer yo, también compartía contigo esa especie de locura sana que impide detener el paso a los hombres que la sufren y disfrutan. Me lo imagino siempre andando los caminos —a pie, a caballo, en coche—, atendiendo a sus enfermos. En la vida del abuelo siempre hubo un ejemplar del *Quijote*, tu *Quijote*, marcando el rumbo. A mí esto de leer en voz alta libros, entre familia y gente querida, me parece una conquista de la comunicación que, como tantas otras cosas, también hemos perdido. Invento a mi padre y a mis tíos alrededor de la mesa del comedor, pasándose el *Quijote*, tu *Quijote*, de mano en mano y riendo tus ocurrencias, tu donaire, tu nobleza de hidalgo-caballero. Sí, el abuelo Luis fue un quijote, y creo que yo también lo soy.

Por estas mismas tierras coruñesas, no hace mucho tiempo, vivía un anciano juglar, también señalado por la confusión de las fechas, que se hacía llamar Eumeo, en recuerdo de un lejano rapsoda anterior a Homero (y Eume se llama el río que desemboca en el pueblo). Eumeo caminaba las aldeas de la ría de Ares con su morral de versos a cuestas. Pervivían en él los viejos e inolvidables romances —hoy olvidables, hoy olvidados en volúmenes para eruditos—, las populares coplas de nuestra historia real y soñada, las andanzas de caballeros épicos como el Cid, que quiso permanecer en el papel heroicamente antes que ser tragado por la burocrática historia de los hombres. En su repertorio ocupaban un lugar muy destacado algunos episodios de tu historia, que el pueblo hacía repetir sin descanso, porque detectaban que allí había vida y que la palabra es bella cuando se sabe trasmitir. Mi abuelo se entretenía en charlar con este juglar acrónico, le preguntaba por historias que ya solo conocía él, incluso se lo llevaba a navegar en su bote de vela por la ría. Refería el abuelo, entre la sorpresa y la fe, que la palabra de este Eumeo tenía tanta fuerza que bastaban sus versos para hinchar la vela del barco, impulsarlo por el mar en calma, buscando un puerto más considerado hacia poetas y rapsodos. Siempre que salía con él volvía con peces, peces que

seguramente se habían dejado hipnotizar por el verso del juglar, acudiendo a la bañera del bote para fundirse con él. Era una especie de canto de sirenas, peligro para navegantes, como aquél que estuvo a punto de perder al valeroso Ulises en ese hermoso libro que has debido de leer. Yo siempre he relacionado el relato de mi abuelo sobre Eumeo, la anécdota del viento llamado por la palabra, los peces picando en las líneas del médico, con la historia evangélica de Jesús y los pescadores, sus futuros discípulos, ordenándoles echar las redes en unas aguas yermas. Y encuentro que gran parte del poder de Jesús reposaba en la palabra, esa palabra que no podía venir sino de Dios, una esperanza arrojada sobre la desesperanza. A Jesús, entre otros nombres, se le conocía como el Sanador, y los sanadores tenían la facultad de sanar con la palabra. Es posible que los escritores sean modernos sanadores. Pero ¿les siguen escuchando?

Eumeo murió hace muchos años y yo no llegué a conocer su cantar, como tampoco he conocido las lecturas comunitarias al calor del fuego, el verso en la plaza haciéndose de todos porque para todos había nacido, los hombres memorizando canciones para recordar a los que fueron antes que ellos. Los escritores de ahora olvidan a menudo que no se pertenecen a ellos mismos, por lo menos lo que escriben, que su obra tiene una función más amplia. No se trata de que trabajen, y disfruten, dirigidos por el público masivo que compra libros, sino de escribirse en los otros, y escribir a los otros en sus propias personas. Las torres de marfil solo se explican por la incomunicación de la que te hablo. Deben recordar que la literatura nació como rito del pueblo, y a él debe volver. No hay ya Eumeos en Galicia, tampoco en el resto de España, de las Españas que tú recorriste parcialmente porque te dejaron pasearla entera. El poeta encierra su cariño en libros con el anhelo de encontrar al otro en el reverso de su página, y que la soledad de su palabra se convierta en solidaria compañía. La máxima aspiración del escritor, nos enseñaste, es hacer de la hoja de papel hoja volandera para que viaje y haga viajar a los que a ella se acerquen.

Y no quiero entretenerte más por hoy, don Alonso, porque aunque la eternidad en que vives es eso, eterna, no te exime del aburrimiento. Quedan, me gustaría, aún muchas cartas y prefiero reservarme, preservar tu paciencia. Un fuerte y caluroso abrazo acompañen las palabras que te envío.

Carta III

Admirado caballero:

Ya llegamos a la tercera carta que te dirijo. Tengo que confesar que la «locura», como dicen ciertos amigos míos, de escribirte para combatir la soledad no pensé que fuera a durar tanto. Quizás esto sea un indicio de lo profunda que es esa soledad. No es que no tenga entretenimientos; leo, hago deporte, escribo, voy al cine, hablo con amigos… Pero necesito un alguien que participe de mis pensamientos y dudas, de mis deseos e insatisfacciones. Solo tú, creo, eres capaz de recibir mis cartas con la complicidad que ellas precisan.

Ahora ando terminando mis exámenes en la facultad. Yo no escogí, querido amigo, la carrera de las armas, tan elogiada por ti, sino la de las letras. Estudio Filología Hispánica en una gran ciudad que se ha olvidado de todo menos de su nombre. Precisamente este año muchas de las asignaturas que he cursado versaban sobre la literatura del Siglo de Oro. Pues has de saber que a tu tiempo han dado en llamarlo época áurea o Siglo de Oro, por haber brillado entonces la literatura española más que en cualquier otro momento. No quiero halagar tus oídos caballerescos (ya lo debes de conocer), pero la joya de ese siglo es tu historia, el *Quijote*, aunque yo prefiera llamarlo *Don Quijote de la Mancha* o *El ingenioso hidalgo*... He estudiado el teatro y la poesía, el diálogo y la novela picaresca, y en todas estas disciplinas tu obra, la obra que tan generosamente quiso compartir Cervantes contigo, tú con él, es punto de comparación y referencia, el espejo en que se miran las demás. Y así hasta ahora.

Los exámenes no me han ido mal, pero no estoy tan satisfecho con el curso. Me da pena que puedan hacer algunos profesores aburrido algo tan divertido como la literatura. Me da lástima. También siento temor cuando veo a ciertos compañeros míos que estudian con desgana, apenas les gusta leer, se tragan los libros y las asignaturas sin ningún amor ni respeto. Cuando pienso en que muchos de ellos serán profesores y darán clase… me compadezco de los niños y jóvenes que tengan que pasar por sus manos. Luego dicen que no hay afición por la lectura. ¿Cómo va a haberla si espantan a los potenciales lectores con maestros frustrantes?

Y lo mismo sucede, aunque de manera ilustre, contigo, con *Don Quijote de la Mancha*. La gente cree que no hay nada nuevo que encontrar en tu libro, que se saben ya la historia supuestamente

agotada por películas y series de televisión, por profesores que no han sabido explicar y hacer atractivo lo que ya de por sí es atractivo. El otro día un buen amigo, Pedro Muñoz, me preguntaba hasta qué punto es imprescindible leer el *Quijote*. Yo le dije que en esta vida, a lo que alcanzo en los no muchos años que llevo en ella, nada o casi nada es imprescindible. Pero sí lo es, prácticamente, para aquéllos que hayan hecho de los libros un pilar de su vida. Ya sé que esto queda muy rimbombante, pero es así. Los que aman la lectura, los que tiemblan con un libro bello en sus manos, se tienen que preguntar a la fuerza de dónde ha venido todo eso, quién fue la persona que pudo escribir semejante hermosura. Tu *Quijote*, y mi *Quijote*, se ha convertido en libro de libros, el libro de los libros. Porque en él está todo insinuado, hasta lo que no pudo imaginar nuestro entrañable Cervantes. Allí se encuentran todos los autores y narradores, los personajes a punto de explotar, explotando o por explotar. Es el libro que empuja a acercarse a otros libros. Es la novela —¿es novela?; qué cosa más difícil es el «ser novela»—, es la novela de la vida, las vidas y mi vida. Un hidalgo trastornado se viste una desfasada armadura y abandona su pueblo para ir en busca de aventuras. Y el lector se reencuentra en esas aventuras, cuestiona la existencia y se pregunta por lo que verdaderamente merece la pena. No se puede frivolizar una «novela» así, don Alonso, bien lo sabes. ¿Hasta qué punto es imprescindible leer el *Quijote*? Desde un punto de vista erudito o materialista, yo contestaría a Pedro Muñoz: «Coge el periódico, Pedro. Mira en la sección de cultura. Raro es el día en que no oigas a un escritor citando a Cervantes o al *Quijote*, porque ambos son el espejo en que se miran. El *Quijote* es un reto y una felicidad para todos los que escribimos».

Asimismo le diría lo rico que es en interpretaciones, cómo cada siglo lo ha leído de una manera diferente, sin que una lectura sea más correcta que la otra. Incluso algún lector lo ha sentido en sus carnes, como si los palos que recibiste se los hubieran dado a él. Estoy pensando en don Miguel de Unamuno, ese escritor al que, perdóname el atrevimiento, solo le faltó el *Cervantes* —el apellido quiero decir—, pues el *Miguel de* y el talento ya los tenía para escribir el *Quijote*. A lo mejor le sobraba soberbia, aceptando que la soberbia es patrimonio del escritor. Pero creo que mi carta discurre por cauces demasiado «literarios».

Hoy es sábado, Alonso. Hasta ahora he preferido no dar ninguna fecha porque no las quiero en mis cartas, pero el sábado es un día especial. Quizá sea el día en que el cuerpo sacudido por la semana reposa, y las ideas que han quedado en barbecho despiertan. Es hora de ponerlas en orden, mediante la lectura y la escritura, algún baile, una copa, la charla con los amigos, el amor de alguna chica que se

resiste a ser amada. Pero esto último no es cierto, a menudo lo pienso: el amor tiene dos direcciones, y no porque la chica no te corresponda es menos valioso tu amor. Y, don Quijote…, hay tantos tipos de amores, tantos tipos de atracciones, de contactos... más o menos fugaces, más o menos reposados. Amigo don Quijote, he estado con muchas chicas, he besado a muchas, he bailado, me envuelto en ellas… y siempre —seré un poeta— he sentido que las amaba a todas, a cada una de ellas en cada momento, su momento, nuestro momento. Pero me estoy enrollando, mi querido caballero.

Hablaba del sábado. Y seguramente te contaba todo esto porque el sábado es el día típico de salir con amigos, a tomar copas, a discotecas, a ligar, o simplemente al cine, tan gozoso. Y sí, el sábado concentra las citas del resto de jornadas. Todo fue aplazado para el sábado, y lo que no ha sido realizado un sábado con la cabeza ajetreada de deportes, páginas y residencias de ancianos. Me gustaría que compartieras conmigo esta carta como si allí donde habitas también fuera sábado, y estuvieras a punto de salir otra vez a cabalgar.

Carta IV

Don Alonso:

Si supieras adónde voy ahora tal vez no quisieras venir conmigo. Voy al teatro, a ver una comedia de Lope de Vega, rey y señor de la escena de tu época, bien que nos pese. No ignoro lo que pensaba Cervantes de este caballerete, «que en horas veinticuatro pasaba de las musas al teatro», «el monstruo de la naturaleza» y no «un monstruo por naturaleza», como puso un compañero mío en un examen. Lope dio al pueblo lo que era del pueblo, lo que pedía y podía asimilar. Hay quien dice que fue un genio desaprovechado; ¡bonita manera de desaprovecharse un genio! Y esto lo digo aunque no me guste Lope, demasiado enredadas las comedias, muy efectistas los dramas. Pero debemos reconocerle su valía, la supuesta creación del teatro nacional. Un poeta como la copa de un pino, un pino encopado de talento. Lope exige verlo sin prejuicios, entendiendo para quién escribía y por qué escribía. Desde luego yo no me llevaría sus comedias a una isla desierta, pero quizá sí el corral en que se representaban. En un Madrid que ya era «absurdo, brillante y hambriento», trampolín para lo que luego vendría.

Querido Alonso Quijano, continúo la carta muchas horas después de haberla empezado. Pasó el teatro, pasó un examen, pasaron lecturas y conversaciones, desde entonces, confío en que no me aflore la vena lírica. La comedia, un desastre; el examen, bueno; las lecturas, maravillosas; las conversaciones, enriquecedoras. Los días transcurren dejando su poso de recuerdos, no siempre buenos, pero siempre aleccionadores. En Lope he vuelto a encontrar lo que más odio y amo de él. La trama complicada e insustancial de sus obras cómicas —ya sé que esto es injusto y no muy profundo—, y el verso de nervio, nervioso, de artista gigante. Pero lo que daba más pena no era la obra, sino el teatro que la albergaba. Un edificio en estado casi ruinoso, con pedigüeños a la puerta, las paredes desconchadas —«miré los muros de la patria mía»—, muy cara la entrada, pero grandes dosis de ilusión, desde el primer actor hasta el último acomodador. ¿Tendrán razón los que dicen que el teatro vive del pasado, gloria muerta? ¿Es el teatro un buque fantasma, a la deriva? No he tenido suerte con las obras que he ido a ver. No frecuento el teatro y me entran remordimientos, pues al fin y al cabo lo estudio y lo leo atentamente.

Tal vez es que no me guste —en un «hombre de letras» esto es un pecado—, porque lo que más me aleja de él es «lo teatral», lo más superficial de lo teatral; las declamaciones, las entradas y salidas súbitas, las tramas tramposas… Mis escasas visitas a los teatros acaban en decepción, pero yo lo intento y reintento; el fallo seguramente está en mí. Puedo contar con los dedos de la mano las veces que he salido impresionado de un teatro. La escena española está viviendo una tragedia muy superior a las griegas, una larga agonía que espero no acabe en muerte, que es lo propio de las tragedias. Parece ser que incluso los autores consagrados encuentran dificultades para estrenar, que la gente abandona esos bellos edificios, tan clásicos, tan impresionantes, en huida al cine, más democrático, menos selecto.

Y nada, Alonso, así fue mi experiencia reciente con Lope. De los exámenes estoy contento. Ya los he acabado. Me enfrento ahora con las vacaciones, unos meses que deseo fértiles, desenfadados, entre el ocio y el trabajo, la amistad y la literatura, todo aquello que suelo confundir. Mi carácter, casi siempre, ha oscilado entre Alonso Quijano y don Quijote. En este curso ha predominado el hidalgo sosegado, vigilante de su hacienda —en este caso los estudios, la familia y los amigos—, amante de la lectura. Otras veces ha sido don Quijote, apasionado y apasionante, locura en ristre, el que ha dirigido mis días. Ahora me hallo en el medio, en un maravilloso equilibrio, parecido, imagino, al que tú vives en tu atemporalidad, laberinto de compañía. Por eso dudo si llamarte Alonso Quijano o don Quijote, aunque creo que ya va siendo hora de llamarte don Quijote, con todo lo que ello implica.

Hasta la próxima carta, don Quijote.

Carta V

Querido don Quijote:

Yo tengo una perra que se llama Berta, y está a mi lado cuando escribo. Escucha la música que suena en la habitación, de vez en cuando juega conmigo, salta, llama la atención del que escribe sentado, el que trata de sacar algo valioso de su pobre imaginación. Apenas tiene siete meses Berta y ya se las sabe todas. A quien más quiere es a mi madre, porque conoce perfectamente que de ella depende su bienestar en la casa. Berta es la envidia de la urbanización, la perra más bonita de la zona. Los transeúntes se paran a mirarla —«¡qué perra más bonita!, ¿cuánto tiempo tiene?»—, y los perros sienten celos porque sus amos la acarician, le lanzan piropos. Ahora permanece tumbada, con los ojos semicerrados, en meditación, asimilando la música, Brahms. Es una bella elegante. Si yo creyera en la reencarnación, en la trasmigración de las almas, pensaría que Berta fue antes María Antonieta, o Sisí, emperatriz de Austria. Cuando se sienta toma unas posturas refinadas que muchas mujeres quisieran para sí. Intelectuales, interesantes, provocadoras de inteligencia. Dobla una pata delantera y mantiene la cabeza erguida, expectante. O cruza las dos patas delanteras y apoya la cabeza sobre ellas, como hacen los novelistas importantes cuando les entrevistan en televisión.

A Berta lo que más le gusta es salir a pasear. Le enseñas la correa y ella inmediatamente sabe dónde va a ir. Mueve el rabo gozosa —mi padre llama al rabo «el termómetro de la felicidad»—, agita el trasero alegre, se abalanza sobre ti, te hace carantoñas para acelerar la salida. Luego, en la calle, lo husmea todo, se para ante todos. Es una curiosa vocacional, impertinente y maleducada, pero encantadora, seductora. Berta es el perro más nervioso que he conocido. Hay que andar permanentemente vigilándola. De lo contrario, se cuela en los cuartos de baño y desenrolla el papel higiénico, o hace cosas peores. Esta mañana abrimos la puerta de la cocina y nos encontramos el mantel en el suelo, la leche derramada, las pastillas de sacarina desperdigadas por todas partes. Da alegría Berta. Es como tener un muñeco peluche, pero bastante más gamberro e impertinente, mucho más cariñoso.

No vive mal Berta. Ignoro por qué se dice aquello de «llevar una vida perra». Se referirán, a buen seguro, a los perros vagabundos, porque mi perra y los que conozco de amigos y vecinos, viven como reyes, mejor que reyes. La única obligación que tiene Berta es hacer

sus necesidades fuera de casa, y no la cumple siempre. Al paseo vamos con una bolsa de plástico para limpiar el suelo, galletas para premiarla, pero algunos días regresamos a casa con la bolsa y las galletas intactas.

A Berta le gusta acostarse tarde. Permanecer en el cuarto de estar hasta que el último se va a la cama. Odia quedarse sola. Busca compañía, y es más cariñosa con los que no conoce que con nosotros. Será lo de que la confianza… Me lanza persecuciones por la casa, se esconde debajo de las camas, sube a los sofás, se acuesta en las alfombras. Entiendo muy bien a las personas que viven solas y valoran como nada en el mundo a sus perros. Mi hermano mayor dice que se quiere tanto a los perros, porque solo atesoran cariño, de forma contraria a las personas. Con los hombres hay buenos y malos momentos, jugarretas… Los perros dan amor, y si te hacen sufrir, no es conscientemente. En su corazón hay una limpieza que deberíamos imitar, pero para eso, como dijo Jesús, tendríamos que nacer de nuevo.

Me preguntarás, querido don Quijote, por qué te cuento esto en mi carta. Como quiero que me conozcas, no me ha parecido mal hablarte de mi perra, todo un personaje en la familia. Me encantaría verte con tu galgo corredor, oír el elogio del perro en tu boca, pero Cervantes nos lo escamoteó. Al fin y al cabo, eso pertenece a una etapa de tu vida que no le interesó tanto, implícita en el resto de la historia. Yo la leo entre líneas, y sé que debiste de disfrutar mucho con tu galgo.

Berta duerme detrás de mí, larga ella en la alfombra de mi habitación, algunas notas flotando en el aire y el sonido de mi escritura llamándola al sueño. Aquí está Berta, en mis cartas, contigo y conmigo. Disculpa, caballero, esta misiva infantil y cotidiana.

Carta VI

Muy esforzado y muy admirado caballero don Quijote de la Mancha:

Anteayer acabé los exámenes y quiero hacerte partícipe de mi alegría. Ahora tendré más tiempo para escribir estas cartas. Van saliendo algunas notas, y los resultados por el momento son magníficos. He trabajado mucho este curso —y en general con gusto— y estoy recibiendo justa recompensa. El verano, aquí, en este rincón de Madrid llamado Montepríncipe, una urbanización preciosa, se abre camino entre los últimos suspiros primaverales. Parece que ya ha pasado el tiempo de lluvias y fresco que nos ha acompañado hasta hace poco, una bendición para los que estudiamos. El otro día te hablaba de mi perra, y aquí está, de nuevo, detrás de mí, durmiendo entre sol y sombra. Hoy no sé qué contarte, pero solo el placer de escribir me ha empujado a hacerlo. Tengo miedo de que nuestras cartas se conviertan en un mero ejercicio de divagación, pero he encontrado en ellas un refugio que me cuesta abandonar. Quisiera relatarte sucesos extraordinarios, amores violentos y apasionados, hermosas historias marinas, y no la cotidianidad, lo que veo y lo que siento. Pero eso es lo que hay; aunque no descarte lo otro soy consciente de que sobre todo eso es lo que hay.

Ahora voy a jugar al tenis con un vecino que sabe mucho de libros, porque los ha leído y los ha editado. Me ha dado valiosos consejos a la hora de escribir. Me conviene hacer deporte casi tanto como redactar —¡qué verbo más feo *redactar!*: yo escribo, no redacto, o por lo menos lo intento— estas cartas; ambas cosas me empujan al equilibrio, a mí que no soy nada propenso a encontrarlo.

Como habrás podido comprobar, por fin me he decidido a encabezar la carta «don Quijote de la Mancha». Y no sé si todavía es pronto para ello. Apenas cinco cartas y ya te trato con confianza. Bueno, no se trata de una confianza convencional; he leído y releído tus andanzas, ya lo sabes, como si fueran mías; te he hablado en noches de soledad como solo a seres de «ficción» se puede hacer. Garcilaso dice en un soneto a su amada que «su alma la ha cortado a su medida». Yo no he cortado mi alma a tu medida porque no era necesario; ya había una sola medida: «escrito está en mi alma vuestro gesto». Sí te he empleado para comprenderme mejor. Mi alma, es verdad, se hace más inteligible cuando apareces tú. Las

contradicciones dejan de serlo, las líneas se hacen claras, y yo me vuelvo a mirar al espejo con mayor valentía, sin temor a asustarme. Porque los espejos nos dan la imagen que esperamos, la que «hemos cortado a nuestra medida», buena o mala. Nos proyectamos en algo, y el reflejo es fiel. Tú proyectaste en Aldonza Lorenzo las bondades de Dulcinea, y ella, Dulcinea, te colmó esos tus deseos; incluso Sancho Panza se hizo eco del juego, y lo siguió. Yo, por no tener, ni tengo una Aldonza Lorenzo en que crear y creer a Dulcinea. En este sentido —y en muchos otros— me encuentro solo: solo aparezco en la imagen que me devuelve el espejo, sin compañía con quien posar. Cualquier escrito, por supuesto, cualquier carta es un espejo, y en este yo he querido aparecer junto a ti, una fotografía que guardar. La frontera del papel es muy débil para separarnos.

Todo esto me trae a la cabeza la historia de mi amigo Jorge Luis Lis. Jorge Luis, que ya llevaba el nombre de un gran escritor —quizás el más grande de los últimos tiempos—, sentía latir en él el espíritu de muchos otros escritores. Escribía, metafórica y no tan metafóricamente, con sangre, un extraño vampirismo que le precipitó a la muerte, pero también a la fama. No negaba el plagio en sus escritos por lo que estoy contando, porque creía que en él vivían todos los grandes poetas, novelistas, literatos que han existido, y que en él permanecían vivos. ¿Cómo se puede uno sentir plenamente realizado sin algún atisbo de locura? Jorge Luis Lis, joven, guapo y culto, escribía como un forzado y vivía como un esclavo. Esclavo de las pasiones, de lo que la mayor parte de los mortales estima superfluo. Jorge Luis Lis muy pronto dejó de vivir de la literatura para vivir de las mujeres. Le pagaban por su compañía y por sus servicios sexuales. Fue este el espejo que se construyó, porque estimaba que era la perfecta réplica a su arte: arte de la literatura, arte de la vida. Paseaba lujosos coches y vivía en fastuosos apartamentos. Apenas tenía tiempo para escribir; casi todo se lo llevaban las mujeres, viudas, casadas ricas, tremendamente solas, anhelantes de conversaciones profundas, prófugas de la realidad. Jorge Luis las entretenía, entre sexo y sexo, con su erudición artística. Les contaba bellas historias de trovadores que perdían su vida por un beso, de elegantes damas que lo daban por un verso. Sangrientas batallas en juego alterno con la poesía. Afiladas espadas y sutiles plumas, tocados de ensueño, palacios maravillosos, modernistas antes del modernismo. Escribía muy poco Jorge Luis Lis, pero lo poco que escribía estaba tocado por el ala de los ángeles a los que él conocía, la mano de los dioses a los él ya amaba. Logró lo deseado: hacer arte y ser arte, el viejo sueño romántico. Pero a Jorge Luis Lis ya no le solicitaban el juego amoroso. Lo que antes era, en apariencia, creación de clímax, las bellas historias medievales y renacentistas, homéricas… cuentos prescindibles ante la urgencia del

sexo, ahora se había convertido en el centro de atención de sus clientes. La cama fue escenario de antiguas guerras y olvidados amores, no de presentes batallas sexuales. Solicitaban las mujeres que la voz de Jorge Luis Lis —¿voz de armiño dirían los poetas?— reviviera a esos trovadores, esas damas enamoradas de los versos, esas espadas que en un canto eran afiladas y en el otro sedosas como plumas de avestruz. Y con ellos las reviviera a ellas, esposas y viudas de magnates, aún más ignoradas que los protagonistas de las historias de Jorge Luis.

Mi amigo Jorge Luis, para qué seguir, acabó suicidándose. Pero antes escribió una suerte de juicio en el que él comparecía para dar cuenta de sus acciones. En él se le acusaba de plagio a los grandes, de excéntrico, egoísta, voluptuoso poeta que utilizaba los versos de otros para proporcionarse placeres efímeros, dinero fruto del pecado. Se había aprovechado de infelices, le decían. Ellos no podían comprender que Jorge Luis fue otro moderno Prometeo, que había llevado la vida del pasado al presente de esas pobres y abandonadas mujeres. Y nos quedaba, en una maleta de cuero, el producto de esos encuentros entre pasado y presente. A Jorge Luis, escribe él, le condenaron a galeradas, las galeras de la literatura, a escribir por siempre con la tinta de su sangre. Unos cuantos amigos, entre los que me encontraba yo, quisimos reconstruir la vida de este hombre, y de nuestra aventura se salvó un montón de papeles que su abogado consiguió poner en orden. Hoy leo esos cuadernos como la historia de un eterno adolescente. Jorge Luis Lis fue un «amante intelectual»; como los decadentistas, románticos exagerados, quiso hacer de su vida un poema y casi se queda en melodrama barato. Gigoló humanista, Lis aún me mira y asusta desde un cielo poblado de ninfas y metáforas.

Te preguntarás, querido don Quijote, por qué te cuento la historia de mi malogrado Jorge Luis Lis. El otro día te hablaba de Berta, y ahora aparezco con una trágica historia de literatura y muerte. Estábamos con los espejos… Durante cierto tiempo yo creí verme reflejado en el espejo de Jorge Luis Lis, una imagen futura inexacta pero aproximada a mi desolación. En ella, naturalmente, también brillaba la tuya, don Quijote de la Mancha. El fuego de los dioses tiene muchas formas y hay muchas maneras de robarlo para ofrecérselo a los que lo necesitan. Yo creí ver en Jorge Luis al nuevo Prometeo, y en su empresa el objetivo de robar el fuego de los dioses. Él decía, y con razón, que el amor era cosa de dioses, y por ello, pienso yo, el amor destruye tanto, a tantos. Tal vez fue el amor lo que Jorge Luis intentó robar de la morada divina. El amor nos convierte momentáneamente en dioses, pero lo justo para destruirnos. No somos dioses aunque participemos de algunas de sus cualidades. El amor es cosa de dioses. Nosotros no somos dioses, pero qué bonito ser aniquilados como si lo

fuéramos.

Una estela de amor rememora las andanzas quijotescas de Jorge Luis Lis. Las damas que lo escucharon y se enamoraron de su voz, no han podido olvidarlo porque esa voz, como dijo un gran poeta, ya era palabra en el tiempo, y el tiempo no puede pulverizar lo que le pertenece. Una persona sensata pensaría en la vida de Jorge Luis como algo desordenado, caótico, vivir peligroso. Pero mi amigo desafió todas las leyes de ese orden para construirse una casa entre las musas, al lado del océano del amor y la literatura. Y por algunos momentos invitó a ella a muchas mujeres, esas mujeres que como sus antepasadas eran capaces de entregar la vida por un verso. La muerte de Jorge Luis Lis, ya sé que es tópico, inevitable, cerró el círculo artístico en el que deseaba permanecer, esa casita al lado del mar, respirando poesía, un viento musical acariciándole el cabello. Mi amigo murió loco, pero la locura que le amenazaba, igual que la tuya, aquí extraña, es requisito indispensable para habitar las casas al lado del mar que Dios, o los dioses, tiene reservadas para poetas y caballeros. Los heridos por el arte y el amor solo encontrarán reposo en esa costa lejana. Así, Jorge Luis Lis. En un lugar de la Mancha…

Carta VII

Querido amigo don Quijote de la Mancha:

Espero no haberte apesadumbrado con mi última, larga carta. Reconozco que me puse algo trágico para relatarte las desventuras de Jorge Luis. Pero nos tenemos que consolar; él, como tú, vive ahora muy bien, en su elemento, el justo premio a su filantropía. En todo caso, soy yo el que debe dar pena, escribiéndote, en plena locura literaria. Continúo saldando una deuda que contraje hace muchos años. Escribir sobre ti, escribirte para escribirme. Un profesor, cuando empecé la carrera, me dijo que había un proyecto pendiente en la historia de la literatura española, una novela colosal todavía por componer. Cervantes nos dio la vida de Alonso Quijano, llamado por sus gestos «el Bueno», solo por alusiones. Se nos ha perdido tu imagen cazando, leyendo los libros de caballerías en los inicios del desvarío, tu relación con el ama y la sobrina, el cura en la iglesia y maese Nicolás en la barbería. Me decía mi profesor que para escribir tal novela sería preciso leer todo Cervantes, todos los libros de caballerías que cita en el tuyo, un trabajo que supera cualquier tesis doctoral. A mí, más adelante, se me ocurrió proyectar una novela sobre el Cid Campeador, de hermosa memoria, asumiendo el riesgo del camino trillado. Ambos libros quedaron en el cajón de mis ilusiones, demasiado caballo para tan poco jinete. Y aún antes, durante los estudios de bachillerato, cuando tuve que hacer un trabajo sobre tu historia, acabé prometiéndote un libro en el futuro, como el que promete un baile sin saber todavía bailar. En estas cartas recojo el guante de los desafíos que un espíritu joven y escasamente experimentado osa lanzarse contra sí mismo. En todos los *Quijotes* de mi vida ha estado el deseo de emularte, ora con la espada —metafórica—, ora con la pluma, extraña simbiosis entre don Quijote y Cervantes. Cuando cierro el libro se me ocurren ideas nuevas para escribir. Esa milagrosa fuente que emana de ti está muy lejos de agotarse. La deuda es deuda en el sentido más estricto de la palabra.

Una vez se me ocurrió que tú eras Cervantes y que Cervantes fuiste tú. Especie de sublimación literaria de una locura. Y pensándolo bien, exista o no, la «locura» de Cervantes está en el *Quijote*: la demencia de un hombre que se propone realizar una obra titánica. Escribir el *Quijote* a principios del siglo XVII en España era una empresa quijotesca. Cervantes tuvo que convertirse en don Quijote para

escribir el *Quijote*. Nos encontramos con la curiosa paradoja de que tú exististe antes de existir. Pocos pueden decir lo mismo, caballero.

Estos días me estoy entreteniendo en la literatura variada —variar de registro, de fondo y forma, en la vida, no solo con los libros, es pura sabiduría—. Leo una antología de la mejor poesía en lengua española desde el *Libro de buen amor*, otro «libro de libros», hasta poetas de mis días, todavía rodando por la caracola de la literatura. Es como leer un diario que uno empezó a escribir hace muchos años, y que ahora, lejos de la pasión que lo provocó, nos divierte, nos asusta o exorciza. Leer la propia vida contada, cantada por los otros; el talento de los demás hecho propio, la felicidad de encontrarse en los versos de los que nos precedieron. Ese poema de Bécquer que te mandaron memorizar en el colegio, a ti, persona tan falta de memoria; esa *Canción del pirata* en la que parece que corre el viento entre sus palabras, y la ruta es un inmenso pero controlable mapamundi; las *Coplas* de Manrique, el dolor grande de un hijo, el genio aún más grande de un poeta… Y un largo número de poemas imborrables porque no están solo en los libros, también descansan en la cabeza de los que, como yo, escriben cartas a su novia, o a don Quijote.

Poemas y novelas, ensayos y teatro. La fiesta de la literatura que tú supiste inaugurar en mí, pues sin don Quijote hubiera faltado el vino en mi mesa, la sal en el guiso que cocino desde que nací. Don Quijote, el loco egregio, el enorme cuerdo, el más débil hombre, el más fuerte caballero, el del brazo vigoroso y el yelmo de Mambrino. Don Quijote, pasado, presente y futuro de este devoto, tu amigo.

Acababa de asimilar toda la lección política que le había ofrecido Isabel, y él no necesitaba que se lo repitieran dos veces.

Carta VIII

Querido don Quijote:

Hoy es un día gozoso para la familia. Mi prima Yolanda se gradúa en Derecho y todos los de casa —los que estamos en Madrid— vamos a presenciarlo. Yolanda vivió aquí, con nosotros, los cinco años de la carrera. Dejó un hueco difícil de llenar, pero a la vez llenó otro que descubrimos que existía gracias a ella, pues ya no es sobrina de mis padres o prima de mis hermanos; algo de hija y mucho de hermana vemos ahora en Yolanda. Apenas tengo tiempo para escribir; hemos de irnos dentro de muy poco y yo tan solo estoy vestido de cintura para arriba. No iré de armadura, don Quijote: ahora tampoco se estila. Vestiré un traje azul y una corbata verde, camisa blanca y gemelos con forma de huevos de pascua. Cada objeto, cada prenda, según mis lecturas, acarrea un significado: el azul es mi color favorito; verde de la esperanza, blanco de la pureza, huevos de Pascua como símbolo de nacimiento.

Remato lo escrito ayer antes de acudir a la fiesta de graduación de Yolanda. Lo haré rápido, en pocas líneas, porque no quiero ponerme nostálgico, una vez más. El acto fue largo, aburrido, como todos los que se celebran en la universidad, donde tiene que hablar mucha gente y los discursos están más pensados para el que los pronuncia que para los que escuchan. Pero vi a algunas amigas de Yolanda a las que aprecio. Personas que también han compartido conmigo —no solo con ella— cinco años de vida. Hubo copas —tomé bastantes— y comida —no comí lo suficiente—; hay que decirlo para que se vea que «aquí comen y duermen los caballeros». Charla amigable, risas, noche veraniega, muy calurosa, el traje apretando y los pies dolientes, zapatos nuevos. La madre alegre de una compañera de Yolanda que es amante de la poesía, del vivir y del reír, admiradora de Néstor García, el famoso escritor: «Néstor García está cansado de vivir; existe y escribe por inercia. Encontró el amor, sí, pero se le murió. Pobre Néstor Fuentes. Por eso no escribe la obra maestra que le piden los críticos. Está cansado».

Me trajeron a casa Yolanda y César, su novio, a la una de la mañana. Leí un poco a Julio Verne, amigo de la infancia, y a Manuel Vázquez-Montalbán. Quedé dormido, arrullado en uno de esos sueños que potencian todas las felicidades.

Carta IX

Amigo don Quijote:

Hoy me ha regalado un compañero de clase, cómplice de pasiones literarias, también caballerescas, un precioso poemario. Mi colega es apasionado, fugaz, gritón con voz dulce, débil y fuerte según soplan los vientos. Yo le tengo cariño porque en cierto modo nos parecemos, a ti nos parecemos.

Llegará el día en que yo tenga que acudir a la presentación del primer libro impreso de mi amigo, a comprobar cómo nosotros, quijotescos y literarios, también cervantinos, nos salimos siempre con la nuestra, y cómo el caballero, aunque «loco», muy entre comillas, no por ello deja de ser caballero (capaz de hacer de las derrotas victorias).

Mi amigo va por ahí con una espada por mano, una espada por lengua fina, viril, puntiaguda pero inofensiva, una pluma por espada que no hiere pero sí refresca. La espada tiene la doble personalidad del arma que es también cruz, signo de la guerra y signo de la religión. Mi compañero es un caballero todavía más trasnochado que tú, querido don Quijote, porque su desfase aventaja al tuyo en varios siglos, igual que el mío. Ya sé que esto de la caballería no es cosa de fechas, que el alma al servicio de los desamparados, lo caballeresco, en lo más amplio, no entiende de relojes y calendarios. Por eso, mi amigo, tú y yo, algunos otros que se leen en los libros y se esconden tras ellos, no nos espantamos de la locura, hasta la tenemos a veces por buena, a veces promotora de grandes empresas, incluso de heroicidades, algo que tú encarnas muy bien, querido don Quijote. Para gente como nosotros, las estaciones del año son un accidente, y dormimos por las noches para hacer más amable nuestra anormalidad. Pocas damas hay ahora que comprendan nuestro ministerio; pocas hay que se dejen enamorar por el egoísmo ultraísta que nos mueve: pocas que se enternezcan en la palabra derrotada de nuestros labios, que aguanten las largas ausencias en países remotos, viajes de la literatura. Los quijotes precisan «quijotas», y ya se sabe que las mujeres son menos propensas a la locura. Ignoro por qué me da por rimar literatura con locura.

Cierro esta carta, don Quijote, otra carta de transición y divagación, un pequeño homenaje a mi amigo poeta, novelista, escritor —tentado estoy de ponerlo con mayúsculas—. En la siguiente,

que no tardará, aún no sé qué contarte. Hasta entonces, pienso leer un capítulo de tu historia, y así espolear mi imaginación, el enorme deseo que tengo de entretenerte, de interesarte, caballero, gigante, amigo de artistas y soldados.

Carta X

Caballero de la Triste Figura:

¡Cómo acertó Sancho con este sobrenombre! Caballero de la Triste Figura. A mí me gusta más que aquel otro, nuevo, Caballero de los Leones. Cuando en la Peña Pobre se despeñaba tu corazón, por una mujer a la que ni siquiera conocías, porque, como le dijiste a Sancho, ¿qué mayor mérito que enamorarse de una mujer a la que jamás se ha visto?, en paños menores saltabas de risco en risco, declamaba tu lengua hidalga, bélica y pacífica, penas de amor, lágrimas de desconsuelo… Sancho debió de jurarse no caer nunca en las trampas de las princesas inventadas por alocados caballeros. Y escribiste una preciosa carta de amor a la señora Dulcinea del Toboso, la más bella carta de amor de la literatura española según Pedro Salinas, el gran vate del amor. ¡Vaya elogio, caballero enamorado, poeta, de los Leones y de la Triste Figura! Porque hay que ser poeta, por supuesto enamorado —¿quién no esconde dentro de sí un poeta enamorado, un eterno adolescente?— para entender tus gigantes y tus ejércitos y tus damas encantadas, los versos de la pasión, si inventada más maravillosa, compitiendo con la guerra. Garcilaso, amigo don Quijote, al que tú leíste, seguro, o al que por lo menos leyó Cervantes, decía que la guerra le quitaba tiempo para el amor y la poesía, y al revés. Sin embargo, para nuestra desgracia y ventura del Emperador, fue la guerra la que se llevó las horas de su talento. Murió asaltando una fortaleza en Italia, empuñando la espada, con un verso en la boca, apenas pronunciado. «Ora con la espada, ora con la pluma», reza el lema de su escudo, estupendo Garcilaso de la Vega, príncipe de poetas, envidia de cortesanos.

¿No fue Garcilaso un caballero andante? Es verdad que profesaba como soldado profesional, el único oficio que podía desempeñar un noble, aparte del eclesiástico, todavía en el siglo XVI. Las doncellas desvalidas no entran en su vida; el desvalido lo fue él ante Isabel Freyre, la Dulcinea portuguesa que le «sorbió el seso» ya casado, ya feliz y exitoso, gran poeta, gran soldado. Le abandonó en favor de un hombre «que nunca hizo copla». ¿No fue el tiempo de Carlos V Arcadio de caballeros andantes? Empezando por el propio rey, fervoroso lector del *Amadís*, continuando por su prodigiosa corte militar de cantores: Diego Hurtado de Mendoza, Francisco de Aldana, el caballero pacífico de las rimas Boscán…

Francisco I respondía a los desafíos del Emperador, luchando no solo por el dominio de Europa, también por dilucidar quién era el más galán, el más caballero. Interminables campañas de Carlos V: contra el Turco, los protestantes, los franceses, el poder de los principados italianos… La lanza de la cristiandad que exigió Erasmo en su antibelicismo. El espíritu caballeresco que alentaban las hazañas escritas en manoseados volúmenes, no fue un capricho, fue una exigencia. Se organizaban fiestas y torneos a imitación de los del *Amadís*. Santa Teresa de Jesús llevaba a cabo una quijotesca empresa fundadora. San Juan de la Cruz la secundaba, a la vez que escribía la para muchos mejor poesía de la lengua española. En todo el *Amadís de Gaula*, en todo el idealismo de unos tiempos que se creían muertos —que creíste olvidados— y que tal vez no existieron. Triste desgracia para soñadores. Una política áurea en apariencia, una literatura dorada y sólida, nada ficticia, que culmina contigo, don Quijote, y finaliza con el desmorone del Imperio español.

Dichoso Cervantes, que fue testigo de los claroscuros de su época, la más dorada y la más negra de nuestra historia. Dichoso tú, don Quijote, que la resumiste. Dichosos nosotros, pues gracias a ambos la reconstruimos y conservamos. Dichosos los que nos sucedan en este carro averiado y magnífico. Ojalá nos recuerden. Un abrazo, don Quijote. Dile a Garcilaso que me reserve, allá arriba, una espada y una pluma, un caballo y un soneto, que ya me aguijona dentro el deseo de saludaros.

Carta XI

Don Quijote, maestro y amigo:

Ayer me acordé mucho de ti. Mi amigo Alejandro Santiesteban y yo pasamos toda la mañana en la ciudad, viendo libros durante más de tres horas, hablando de la actualidad, del presente y del pasado. Mientras caminábamos por la Gran Vía madrileña él, que es estudiante de Arquitectura, me iba diciendo los autores de los edificios que salían a nuestro paso. Yo no conseguía retener ninguno, pero él insistía: «Ignorar esto es como no saber quién fue Cervantes».

Ya ves, en cada momento sale nuestro querido Cervantes. Aunque, modestamente —siempre barro hacia la literatura, en este caso de forma justificada—, me parece más esencial conocer al autor del *Quijote* que el nombre de un arquitecto madrileño, solo vivo en las mentes de estudiantes de arquitectura. Sé que soy injusto, y que el olvido lo puede tragar todo. Aquel arquitecto, el que construyó un cine tantas veces visitado por mí, merece un recuerdo. Gracias, Alejandro, por tributárselo.

Grandes librerías. Un calor sofocante en las calles. Mi amigo Alejandro, quizás el mejor lector que conozco, y uno de los hombres más cultos con los que me he topado, es muy pesimista, un pesimista radical. Ahora anda pensando a qué se dedicará cuando acabe la carrera de Arquitectura. Tuvo la idea de meterse en la Iglesia, hacerse cura, él que es ateo confeso.

—¿Y qué si soy ateo? Yo respeto a la Iglesia como institución. Estoy dispuesto a ofrecerle mi vida, a dar mi trabajo por ella. Construir templos. Es trabajo seguro. No me importa leer y estudiar la Biblia, me encanta la teología.

No le puedo explicar que la fe es lo más importante.

—¿Y el *San Manuel Bueno, mártir* de Unamuno? —me contesta.

Ahora, me cuenta, a lo mejor se hace basurero nocturno:

—Me he enterado de que el que más cobra es el conductor del camión. En la mili me saco todos los carnés, hasta el del conductor de anfibios. Echo la solicitud en el pueblo más sucio de España y a esperar. ¿Qué más quieren, un licenciado en Arquitectura? ¡Vaya prestigio! Cuando gane un cuarto de millón al mes ya me plantearé presentarme a concursos.

Sigo siendo un quijote, don Quijote.

La jornada mañanera acabó, por supuesto, con libros. Alejandro

compró obras de Herman Hesse, Borges —recomendado por mí, tenemos que hablar de Borges—, Calvino y Goethe. Yo me llevé a casa otro libro de Calvino, un escritor que he descubierto hace poco y que me fascina, «el Borges italiano», me ha dado en llamarlo. *Por qué leer los clásicos* se titula, y es una recopilación de los ensayos que escribió sobre sus libros y autores favoritos. Calvino llega a la conclusión de que hay que leer los clásicos «porque leerlos es mejor que no leerlos». Son páginas de amor a la literatura que invitan a leer.

Carta XII

Don Quijote:

Una vez más debo disculparme. Te pido perdón, pero la verdad es que empecé a escribirte siendo muy consciente de que aquí entraría todo lo que me preocupa, cosas importantes y no importantes. Un cajón de sastre: noticias, libros, cuentos, poemas, conversaciones, la complicidad que nos une. Como una novela dialogada, con apariencia de monólogo, en la que entran los elementos más dispares, sin miedo. Mis cartas a Alonso Quijano, que ya son a don Quijote, se han convertido en una especie de diario íntimo donde anoto lo que me sale al encuentro. Temo que este encuentro mío sea para ti encontronazo. Aunque, pensándolo bien, de tu época a esta —¿viviste tú en *una* época?— solo han cambiado las formas. ¿Bajo qué forma se encubría en tu tiempo el terrorismo que ahora tanto nos preocupa? ¿No estaban ya escritos de alguna manera los libros que me enamoran?

Ayer estuve ordenando las estanterías, llenas de volúmenes que amenazan con comerme. ¡Maravilloso festín! Yo ya los comí antes. Ordenar los libros es como ordenar la vida, la propia biografía. Encontré, escondido entre apuntes de años anteriores, un cuento que empecé a escribir hace años y que quedó inconcluso. Te lo voy a ofrecer. No es demasiado bueno —*demasiado* es una palabra que ayuda a los eufemismos: es bastante malo—, pero me ha recordado la odisea que tuvo que sufrir Cervantes antes de publicar la segunda parte de tu historia, cuando un tal Alonso de Avellaneda se le adelantó con una continuación apócrifa. En la primera parte Cervantes ofrecía muchas pistas sobre el itinerario que habrías de seguir en la segunda. Avellaneda tomó buena nota y te llevó a Zaragoza, a unas famosas justas. Según me dijeron en clase —yo no he querido leer todavía este libro: ¿sería una traición?—, Avellaneda hace de Sancho Panza un zafio y de ti, simplemente, un loco. No entendió, por lo que cuentan, el mensaje de Cervantes, un reto que ya de por sí es victoria.

En el prólogo a su continuación, Avellaneda tacha a nuestro autor de manco y viejo, envidioso, parece ser, de Lope de Vega, fracasado… Célebres son las respuestas de Cervantes, y no es lugar este para recordarlas. En mi relato, un escritor lucha por demostrar su «originalidad», pero sobre todo por demostrarse como persona, probar su existencia e independencia. Son unas páginas que compuse en un momento malo de mi vida, saliendo de una enfermedad; yo también

quería demostrarme que aún podía hacer lo que más me gustaba, aunque lo hiciera mal. Un escritor contemporáneo, tan querido por algunos como odiado por otros, Camilo José Cela, tiene el siguiente, desafiante lema: «El que resiste gana». Yo traté de resistir, sigo resistiendo.

Estaba condenado al plagio. Había escrito un cuento, muy breve, que inmediatamente fue celebrado por su editor. La gente que lo leía le animaba a escribir más relatos del mismo estilo para luego publicarlos juntos en un volumen. Todo iba bien.

Cierto día su mejor amigo le enseña en un periódico un cuento igual, idéntico al suyo, y con fecha anterior a la que él había dado como definitiva, cuando puso punto final al relato. Ignoraba cómo se había hecho con una copia de su cuento el otro «autor», pero estaba claro que se hallaba ante un plagio. No pudo averiguar quién era el misterioso escritor, pues había firmado en el periódico con pseudónimo.

Por aquel entonces él estaba terminando una novela, *Su nombre escrito en un libro*, cuyos avances iba mostrando al editor. Era la historia de un hombre que desde muy niño tuvo el sueño de que su nombre apareciera escrito, en preciosas letras de molde, en un libro. La calidad de la obra parecía presagiar un gran éxito de crítica y público. El editor estaba contentísimo con el libro a punto de concluir. Pero… ¡Sorpresa!: de repente aparece en una editorial rival la novela completa, poco antes de que nuestro escritor entregara el manuscrito de la suya, que ya había terminado. Eran exacta, extraordinariamente idénticas. Hasta el final coincidía con el que nuestro escritor pensaba darle a su libro. El autor de la «otra novela» se ocultaba de nuevo bajo un pseudónimo, Miguel Eco. Y nuestro escritor no pudo publicar el libro de sus desvelos, temeroso de que lo acusaran, claro, de plagio.

Este cuento, tan telegráfico, quedó inacabado. Ahora reflexiono buscándole un posible final y no encuentro ninguno plausible, mínimamente satisfactorio. Tampoco puedo despojarle de ese «telegrafismo»; es un relato corto, acortado, que responde a una mente corta, acortada, como la tenía yo hace un par de años. Todo evoluciona, y mi vida ha sido rica en veloces progresos y súbitos regresos, regresiones. Al tal Miguel Eco, ¡qué eco de nombre, qué eco de hombre!, nunca lo encontraría mi protagonista, pero su vida ya estaría marcada por su participación. De forma invisible, Miguel Eco, pienso, le roba la novia con la que está a punto de contraer matrimonio, un día antes de la boda. Todo lo que pudiera escribir ya aparece en los periódicos y en las editoriales antes de que él lo entregue para publicar. Miguel Eco siempre llega más rápido que

nuestro escritor. Incluso este llega a sospechar si no será el verdadero «eco» del otro, que repite todo lo que hace Miguel Eco, poco después de que él lo haya hecho. Sea como fuere, el relato queda como está. Ahora, repito, puedo pulir algo, corregir, cambiar ciertas palabras, tiempos verbales, pero no lo puedo terminar. Sin embargo, estoy contento, don Quijote, de que vaya hoy en mi carta.

¿Cuál fue la verdadera reacción de Cervantes al conocer que alguien se le había adelantado? A lo mejor se le pasaron por la cabeza las mismas ideas que al protagonista de mi relato (por no tener, no tiene ni nombre, el pobre). Aunque es más probable que pensara lo que ambiguamente dijo en el prólogo a la segunda parte. Que el tal Alonso de Avellaneda era un cara, un aprovechado; que el verdadero envidioso era él, pues al tiempo que lo insultaba, se aprovechaba de su obra y de sus personajes, en un acto de doblez que lo delataba. Lo cierto es que el fenómeno del «Quijote de Avellaneda» se ha convertido en uno de los grandes misterios de la literatura española, y gracias a él ganó la continuación de Cervantes, obra mucho más rica y redonda que la primera parte.

Dentro de muy pocas horas iré a la Facultad. Me quedan por saber solo dos notas, y la que sale hoy es la más problemática. Desearía poder contarte que he aprobado y que tengo todo el verano libre para leer y escribir cartas. Para irte refiriendo el tiempo que empieza, los sueños y tentativas de este pequeño hombre.

Carta XIII

Don Quijote:

¡Salió! Puedo darte la buena noticia. ¡He aprobado todas las asignaturas! Me espera el verano más «relajado» de los últimos años. Y espero poder aprovecharlo. Un curso acaba con buenas notas, inmejorable ánimo y gran optimismo. Ahora se trata de estar tranquilo, descansar. Mucho deporte y mucha literatura. Naturalmente, vendrán más cartas —hay que continuar con nuestra correspondencia—, y serán más alegres que si hubiera suspendido la dichosa gramática. Yo creo que tu compañía, en estos meses, me ha traído suerte. ¡Ojalá que dure!

Anoche quisimos ir al cine mis amigos de la urbanización y yo, pero resultó un proyecto frustrado. Creíamos que la película empezaba a las 22.45, cuando en realidad era a las 22.15. Sin embargo lo pasamos muy bien. Un par de copas y conversación distendida. Hablamos de cine, libros, amor y sexo, nuevas tecnologías, alcohol, verano. Dentro de unos días hago una fiesta en mi casa, y también comentamos los preparativos, las personas que iban a venir… Hay otra esperanza cerca para mi amigo Rodrigo y para mí: hipotético, o posible, viaje a Nueva York. Sería una semana en la ciudad mítica; no vamos a decir eterna, pero sí mítica: los mitos se han devaluado y ya no significan lo que significaban. Rodrigo y yo sopesábamos los pros y los contras de nuestra tentativa. Aunque ya tengamos reservados los billetes, él no sabe todavía si le van a dejar ir sus padres. A mí me hace ilusión, pero no estoy dispuesto a ir solo. Mi hermano mayor, que es quien nos acogería en su casa, tiene que trabajar durante todo el día: ¿qué hace un alevín de escritor, mañana y tarde, perdido por la ciudad más laberíntica de Occidente? Otro aliciente hay para ir a Nueva York: se me había ocurrido escribir un librito jocoso y jugoso, un homenaje —otro homenaje—: *Prosista en Nueva York*. No es *Poeta en Nueva York* el García Lorca que más venero, pero sería curioso esa vuelta de hoja del *Prosista*. Veremos.

Rodrigo, uno de mis mejores amigos, me ha dado muchas ideas para escribir. Él fue el que inspiró el cuento «Su nombre escrito en un libro». A menudo me ha comentado, soñador de escrituras y publicaciones —su meta es vivir del cuento, estrictamente del cuento —, cómo le gustaría que su nombre apareciera en un libro, en letras de molde, al igual que sucedía en la novela homónima del antagonista

de Miguel Eco —sé que es complicado—. Exageré los rasgos y salió, más que nada, autoparodia. Creo, don Quijote, que ahora que estoy cogiendo confianza a escribirte, todo lo que me gusta y preocupa, voy a mandarte aquel cuento, brevísimo, para que me lo critiques en libertad. Lo presenté no hace mucho a un certamen literario, porque es un cuento que cae simpático, si no bueno, por lo menos atractivo. Me parece que no se puede leer sin esbozar una sonrisa, y lo he podido comprobar en los rostros de mis amigos.

Carta XIV

Querido don Quijote:

Hace algún tiempo te decía que ya no existen Dulcineas. Es verdad que entonces andaba bajo de ánimo, muy decepcionado con las mujeres, cada vez menos artistas, cada vez más materialistas, nada soñadoras. Y es extraño: todo esto antes era atributo de las mujeres, que tienen fama de seres líricos, aunque Francisco Umbral —un escritor capaz de lo mejor y de lo peor, como todos los que nos dicen humanos— opine más bien que son narrativos. Yo creo aún en la narrativa lírica, pero es cierto que las mujeres de ahora parecen prosaicas. Estoy seguro de que pienso esto porque ahora no conecto bien, porque me he alejado de ellas o ellas se han alejado de mí. Lo cierto es que siempre las he admirado y querido. Para mí son más valiosas que nosotros; deberíamos aprender mucho de su comportamiento, el sentido de la responsabilidad —que tal vez les venga por el hecho de ser madres, en acto o en potencia— que derrochan a manos llenas. Me enorgullezco de muchas amigas mujeres; son más propicias a la confianza, a la confesión que apenas se atreve a esbozar delante de un hombre. He trabajado y estudiado mucho con ellas, y puede que ofrezcan mayor fiabilidad que los hombres. También pienso, como contrapartida —y confío en no ser tildado de machista o conservador—, que son menos propensas a la genialidad; eso sí, cuando hay una mujer genio, lo es de verdad, profundo y entero. (Quizás encuentro que ha habido pocas mujeres genios porque pocas se han dedicado a ello, porque no han podido o porque no han querido; han preferido dedicarse a otras cosas, o han tenido que hacerlo.) He conocido a algunas mujeres con ramalazo de genios, y todas me han dado la espalda. De todos modos, la genialidad es más defecto que virtud: difícil es encontrar un genio feliz, al igual que es muy raro el tonto infeliz. Hubo una época en que creí que solo me gustaban las mujeres «raras», pero ahora estoy seguro de que todas son raras, como también lo son todos los hombres. La rareza no solo es el tesoro de la persona, también es su principal característica: aquello que nos hace personas. Por supuesto, los hay más raros y menos raros.

Pero he encontrado una Dulcinea potencial. Y existe, o al menos eso espero. Uno ya no sabe cuándo empieza a inventar y cuándo no. En mi Dulcinea están los rasgos que me han atraído en otras mujeres pero todos juntos, menos desarrollados, claro, afortunadamente habría

que decir. La belleza de la chica más guapa del mundo —para mí—, pero menos rampante, no tan peligrosa. La inteligencia de mi hermana Elisa, pero sin sus prejuicios y manías; menos lúcida y productiva, más accesible. Y el genio de alguna compañera de facultad, estimable poeta —nunca leí nada suyo, pero basta conocerla, oírla, para saber que lo suyo es la poesía—, genialidad despojada de portazos, genio dócil y amable, talento disciplinado; el espíritu de sacrificio de mi madre, sin «masoquismos». Naturalmente tiene defectos; de lo contrario estaría dibujando aquí a la «mujer 10» —pero la de verdad, no la cinematográfica; a esa ni siquiera aprobaría, o sí—, una maquinaria platónica de tan perfecta «pluscuamimperfecta». El caso, don Quijote, es que he conocido a una mujer maravillosa —¡qué adjetivo, tan propenso a la esperanza, tan amigo de la decepción!—, y todavía me resisto a desvelar su nombre, pues tengo miedo de que se evapore, un sueño más entre los míos. Hasta que no esté seguro de su «realidad» —realidad relativa: nunca me han gustado las cosas demasiado «reales»—, no te diré su nombre, ni las circunstancias en que nos conocimos. Ya tenemos tema de conversación para nuestra próxima carta. Un abrazo.

P. D: Anécdota: tenías que habernos visto a Rodrigo y a mí esta mañana en el aparcamiento de la facultad serrando la barra antirrobo de mi coche. Se me rompió la llave cuando intentaba abrir y hubo que serrar el metal. Cuarenta y cinco minutos dale que te pego a la sierra, y la gente mirando, como si tal cosa. Robar un coche en esta ciudad, por lo visto, no llama la atención. ¡Qué frustración para los artistas del hurto! ¡Van a tener que dedicarse a escribir novelas!

Carta XV

Querido don Quijote:

Ayer hice mi fiesta. Una fiesta en la que celebraba, de forma confusa y en parte anacrónica, mi cumpleaños —que fue hace meses pero no pude celebrar en su momento— y el final de curso. Vino mucha menos gente de lo previsto, y no me ha sentado muy bien. Pero los fundamentales, mis mejores amigos y mis primos, vinieron. Y acudió la chica de la que te hablé en la carta anterior. Tuve oportunidad de conocerla un poco mejor y confirmar que no me había equivocado. Aún no me atrevo a desvelarte su nombre —tiene que inventármelo ella en mí; uno no sabe el verdadero nombre de una persona hasta que la conoce, más o menos profundamente—, pero sí te hablaré sobre su pasión por el arte, su alma aventurera. Ambas cosas, sabiamente combinadas, la han impulsado a numerosos viajes por España y el extranjero, aprovechando los períodos de vacaciones. Apenas una mochila, cuatro cosas imprescindibles y el ánimo lleno de ilusiones le bastan para viajar a Sudamérica, Guinea o Egipto. Para este verano tiene preparada una visita a Grecia, donde ya estuvo hace años. Lleva varios meses estudiando arte y cultura griegas. Me ha ofrecido acompañarla, pero yo tengo muchos planes hechos para este verano. Le he dicho, además, que yo soy hombre de libros y viajes organizados. Hubo una vez que quise emular a Indiana Jones, pero eso fue de muy niño; me conformaba con jugar con mi hermano pequeño en casa, el cinturón de bata que yo convertía en látigo, las zapatillas como pistolas, las peleas… Quizás en el futuro, le dije, vuelvan esos sueños arqueológicos, poco científicos, y sí la acompañe. Creo que nuestra amistad va a dar mucho juego.

Si mi amiga hubiera vivido en el siglo XVII, don Quijote, te habría acompañado en tus correrías. A mí, ya ves, quiso llevarme como Sancho Panza; pero me sobran lecturas y me falta sabiduría para ser escudero. Tú me comprendes, ¿verdad? Le conté que estaba escribiendo unas cartas a Alonso Quijano —y a don Quijote—, y le entusiasmó la idea. Quién sabe: a lo mejor un día de estos recibes carta suya. Te aseguro que resultaría interesante. Esta chica tiene bastante más que contar que yo. Me confiesa que cuando sale de casa en busca de esas aventuras «artísticas y antropológicas», se olvida completamente de lo que deja atrás: amigos, casa, incluso la cultura de su país. Un papel en blanco marcha a lejanas tierras deseando

escribirse, como aquel que inicia un amor y está dispuesto a sacrificar todas sus pertenencias en el altar de Cupido. Puedo ver en esos ojos las huellas de muchos amores pasados, infinitos viajes imposibles para una mujer de tan corta edad. Todos los libros que pueda leer no me darán nunca la sabiduría de esos ojos, ningún romance la intensidad de esas pupilas, unos ojos solo comparables a los de mi hermana Elisa. Sin prejuicios ni juicios —¿diré «posjuicios»?— comienza una nueva salida esta «quijota» de curioso perfil. Abandona su lugar de la Mancha con la convicción de que el retorno será más rico, sus ojos más sabios y bellos, más enamorados, que cuando salió. Días atrás te dije, don Quijote, que las mujeres eran menos propensas que los hombres al «quijotismo». Ya ves que hay excepciones. No obstante, amigo, y no lo malinterpretes, me extrañaría que fueras tan bello como mi arqueóloga-antropóloga. Pero esto te debió de ocurrir también con Dulcinea. ¿Será esta chica mi Dulcinea? Un fuerte abrazo en la armadura.

Carta XVI

Querido don Quijote:

No sé quién dijo «cuanto más conozco a las personas más quiero a mi perro». Esto, que es una tontería, a veces se lo puede llegar a creer uno. Otro —u otros: Horacio Quiroga…— afirman que no se debe escribir en caliente, sino reposado; una vez que ha muerto el sentimiento, la pasión que nos domina, el camino para el arte está abierto: se trata de resucitar ese sentimiento, esa pasión que nos dominaba. (Algo así decía Bécquer, si no recuerdo mal.) Como el pintor que contempla un paisaje y lo retiene en la retina hasta que toma sus pinceles. Yo escribo hoy bajo el influjo de la pasión —mala pasión—, pero creo que ya va muriendo —«deja que muera y ponte a escribir»—. Esta tarde, pocas horas atrás, después de haber tenido una discusión con unas amigas, cruzó mi mente un nefasto pensamiento: con los amigos que tienes no me extraña que te guste tanto leer, que te pases el día entre papeles, solo con tu soledad. También esto es una tontería, pero como toda tontería se corre el riesgo, en determinadas circunstancias —a menudo frustrantes—, de llegar a creérselas. En mi anterior carta te hablaba de una, quizá, Dulcinea, y ahora desconfío del género humano; menos dulces las Dulcineas, amargos los amores. Afortunadamente, como decía, la «pasión» se enfría y empiezo a escribir más sereno. Tal vez debería tirar lo que llevo de esta carta y empezarla de nuevo. Pero no lo haré.

Es verdad. La pasión muere y el calor se va, para bien o para mal —Oscar Wilde decía que prefería los caprichos a las pasiones porque los caprichos duraban más—. Ayer, terminadas las líneas que quedan arriba, fui a ver una película con mis amigos y amigas, y lo pasé muy bien. No hubo recuerdo de la discusión de la tarde. Evidentemente, la razón que di ayer para mi afición por la lectura no era la correcta. Válido es, sin embargo, cuestionárselo.

Esta mañana me han funcionado las cosas. Fui al médico para hacer una gestión sobre el servicio militar, y después me entrevisté con Manuel Vargas, mi profesor, en la sede de la editorial en la que trabaja, en Madrid. Voy a solicitar una beca para colaborar en el departamento de Literatura Española de mi facultad, y él me ofreció una carta de presentación. No tenía bien pensado el proyecto sobre el que iba a trabajar, pero como había que decidirlo en el momento le

propuse una comparación entre Umbral y Cela —que él transformó en su carta: «las relaciones literarias y humanas entre Camilo José Cela y Francisco Umbral…»; como dice mi madre, se nota que es catedrático de Literatura—. Una carta llena de generosidad que le agradezco aunque no me concedan la beca. Gusta saber que todavía quedan maestros, profesores dispuestos a allanar lo más posible el camino a sus discípulos, aquéllos que tarde o temprano les sucederán. Mi maestro, en su editorial, tiene un despacho siete veces más grande que el de la facultad, pero estoy seguro de que en los dos se encuentra cómodo. Cuando le interrumpí estaba escribiendo una conferencia que debía dar muy pronto sobre un poema de García Lorca. Precisamente tiene entre manos una novela sobre García Lorca y Pablo Neruda, novela que piensa dedicar a sus alumnos. Manuel Vargas o la generosidad del magisterio.

Visto lo visto, ya hay para mí entretenimiento académico —gozoso entretenimiento— este verano: preparar el proyecto de trabajo Cela-Umbral. Y aquí, don Quijote, me despido de ti. La carta que cierro hoy ha sido breve y cotidiana, pero también estas cosas deben entrar en nuestra correspondencia, ¿no es cierto? Prometo hablarte de damas, gacelas, zagalas y amores en la próxima. La reina viajera que amenaza llevarse mi corazón a Grecia, enterrarlo en la Acrópolis de Atenas si no lo remedia nadie. Y yo no pienso desenterrarlo.

Carta XVII

Don Quijote, caballero y amigo:

¡Nos vamos a Nueva York! Nos espera «Newyorka», como dice el director de cine Pedro Almodóvar. Y me aguarda *Prosista en Nueva York*, ese libro-homenaje a García Lorca que aún no sé si hacer en forma de novela, diario, libro de viajes, poema en prosa… No sé. Pero sí sé que el libro me elegirá a mí nada más pisar Nueva York. Con tan solo poner el pie en el aeropuerto Kennedy sabré si a Nueva York le conviene una novela policíaca o un nuevo poema surrealista-superrealista. O el libro de ruta de un joven que viaja y hace fotos, conversa con la gente y ve discurrir la vida maníaco-depresiva de Nueva York, para lo bueno y para lo malo.

O el relato amoroso de un español que conoce una neoyorquina y ya no quiere regresar a su país, puesto que uno pertenece al sitio en que se enamora. Guillermo Cabrera Infante sostiene que uno es de donde hace el bachillerato.

O el diálogo entre un efímero visitante de Nueva York y los infinitos rascacielos de la ciudad; los rascacielos le explican al turista lo que han visto en sus años de vida, y el viajero busca en ellos la humanidad que otros les han negado.

O una bella historia de amistad entre dos hombres que tienen que ir a Nueva York, erigida la ciudad en chamán, como aquél que se retira al desierto en una prueba de iniciación, rito de paso, para encontrarse a sí mismo y en él a los demás.

Al fin salió una buena fecha de regreso y hoy hemos ido a recoger los billetes. Ya todo son preparativos, nervios…: el «charco» no se cruza todos los días, aunque eso es también la Mancha, ¿verdad, don Quijote? Ni todos los años se presenta la oportunidad de escribir *Prosista en Nueva York*, el libro con mayores posibilidades de la historia, por lo visto, aunque nunca llegue a escribirse, aunque se quede en el más oscuro cajón de la mente del turista accidental que viaja a la capital del capitalismo. Un libro que por tener tan solo tiene título, cargado de ilusiones.

—Tú, amigo mío, como escritor, en el mundo de la publicación tienes mucho futuro.

—¿De verdad? —En la cara del joven escritor se trasluce una recóndita esperanza—. ¿Lo dices sinceramente?

—Claro que sí. No tienes ningún pasado, no has publicado nunca

nada. Solo tienes futuro.

—…

Pero en mi última carta, don Quijote, prometía hablarte de gacelas y zagalas, heroínas, amores y aventuras. Aventuras ya las tienes, creo: este viaje a Nueva York promete ser toda una aventura (mi amigo Rodrigo va con el dinero justo, y ya sabemos que el taxi que nos llevará del aeropuerto a casa de mi hermano cuesta cinco mil pesetas; ¡Rodrigo me ha dicho que no va a comer en toda la semana para aguantar la economía!). En cuanto a zagalas, hermosas ninfas que tejen sus amores en la orilla de mi corazón…, poco tengo que contarte, don Quijote. La arqueóloga-antropóloga, auténtica Nausícaa de los viajeros neoyorkinos, está a punto de abandonar el país para dirigirse a Grecia, parada y fonda en Sicilia. Ahora es ella la que dice adiós con la mano desde la borda de un buque. Aún me resisto a desvelarte el nombre. A mi vuelta de Nueva York te lo diré; la prueba de iniciación estará superada y yo por fin conoceré su nombre, se me otorgará el poder de revelarlo a mis amigos. Y no solo me soplarán al oído el verdadero nombre de mi amada…, si así conviene a Dios, a los dioses, a ella y a mí. Tengo la intuición de que este periplo norteamericano me transformará definitivamente en escritor. Cristóbal Colón anglosajón, provisionalmente, Nueva York hará explotar en mí la narrativa y la poesía necesarias para ser feliz escribiendo, para escribir siendo feliz, enamorado de la escritura como de esa Nausícaa que dice adiós a los navegantes, ella misma navegante. La ciudad en la que se verifica que «el mundo es un pañuelo» me enseñará a ir a lo esencial, «a dejar las interioridades», como dice Arturo Barcia, mi querido amigo, y narrar y poetizar por el mero placer de narrar y poetizar, aún sin rumbo, meta ni propósito. Arturo Barcia me insiste en algo que me halaga creyéndolo:

—Tú eres narrador. A ti lo que se te da bien es narrar. Déjate de complicaciones y ambiciones. Ponte a contar una historia, aunque sea tópica. Crea unos personajes y no los intentes explicar. Limítate a seguir sus pasos y verás dónde te llevan…

—¿De verdad piensas que eso será bueno y que yo lo sabré hacer, Arturo?

—Por supuesto. Lo sé porque te lo he visto hacer. Los cuentos tuyos que más me han gustado son los más planos, los más aparentemente sencillos. Tú haz como los autores de superventas, que parece que escriben para tontos.

—Escribir para tontos es lo más difícil que hay.

—Sí, pero también es lo más placentero y gratificante. Chico encuentra chica. El bueno contra el malo. Déjate de psicologías y estructuras vanguardistas. Has leído demasiado a los hispanoamericanos.

—Me hacen sentir inteligente, aunque no lo sea, cuando los leo.

—Yo te recomendaría que leyeras a los autores de masas. Esas novelas que se leen sin aliento, en un suspiro, que cuando las terminas dices: «Pues vaya tontería», pero te las has zampado de un tirón. Y lee el *Quijote*, mucho *Quijote*.

—Thomas Mann leía el *Quijote* todos los años.

—Claro. Pero es que Cervantes hizo lo que te digo. Ya me contarás…: un hombre se vuelve loco de tanto leer; sale al camino vestido de armadura, ¡armadura medieval!, con un campesino como escudero. Y toda la novela es diálogo, encuentros que propician diálogos. Mentiras y verdades, equívocos. Buenos contra malos; lo original es que los malos no son malos, sino personas que han asumido el papel de malos para seguir el juego de don Quijote.

—Hombre, me da la impresión de que simplificas las cosas. El *Quijote*…

—Pamplinas. Narrar, contar, dialogizar. Cervantes no hace más que seguir las huellas de sus dos personajes. ¿De verdad piensas que Cervantes sabía a dónde iban don Quijote y Sancho?

—Debió de tener un plan previo.

—Nada. Cervantes creó los perfiles del hidalgo loco y el campesino escudero, y ellos fueron llenándolos hasta convertirse en don Quijote y Sancho. Cervantes les dibujó los primeros tramos del camino; ellos los recorrieron e hicieron el resto. Los molinos, rebaños, viajeros… que se encuentran no los pone ya Cervantes; se ponen ellos solos, se los encuentran don Quijote y Sancho.

—¿Y toda la filosofía que encierra el libro?

—Eso ya es secundario. Lo esencial era narrar, contar una historia. El pensamiento del autor, los sabios monólogos de don Quijote, las ingeniosas réplicas de Sancho, apoyan la historia, nacen de ella. Como te digo: no son obra de Cervantes (que era un hombre muy inteligente, pero sobre todo, como dicen los pedantes, un narrador de raza), son emanaciones, y perdona esta nueva pedantería, de los personajes. La maravilla del relato hace posible que no nos extrañe un discurso sobre el buen gobierno o sobre la Edad de Oro, que en otro sitio sería un postizo, un engaño.

—Así dicho es muy fácil. Pero hacerlo…

—Naturalmente, es difícil. ¿Ahora comprendes por qué Thomas Mann leía todos los años el *Quijote*? El presupuesto es muy sencillo; luego hay que ser un genio para llevarlo a cabo. De todos modos, no te ciegues: aproximarse es fácil; bastan las ganas. Todo esto no te lo diría si no tuviera claro que a ti te gusta escribir. En muchos autores de hoy se ve que no les gusta escribir.

—Un escritor amigo dice que escribir, como el amor, es cosa de dioses.

—De dioses humanos. Un dios no puede amar, como tampoco puede hacer literatura. El amor y la literatura son cosas imperfectas, divinamente defectuosas. Por eso nos gusta tanto el *Quijote*. Cervantes sabía que su novela era imperfecta, y no creo que se esforzara mucho en «perfeccionarla». Ese aire de vida que nos desordena el pelo cuando la leemos no soplaría si fuera «perfecta». Y perdona, que esta conversación se está volviendo muy académica. No se te ocurra ponerla por escrito en una novela; no se la creería nadie.

—Descuida, en todo caso la pondré en una carta.

—Hazme caso: contar una historia. Lo demás vendrá luego.

Arturo Barcia es un hombre muy listo y un gran lector. A menudo le dejo leer cosas mías. Aprecio en él la sinceridad con que me da sus opiniones. Cuando algo no le gusta dice: «Esto es una mierda». Cuando le gusta: «Lo he leído en el metro, es maravilloso; continúa en esta línea». Debe de ser que el placer de la lectura se encuentra en sitios como el metro o el retrete. Para concentrarte en un libro viajando en metro tiene que ser ligero. En el retrete debe ser pesadísimo, porque el lugar invita a la introspección y al esfuerzo.

El diálogo que te he trascrito, don Quijote, abusando una vez más de tu paciencia, para mí es muy valioso. No suelo hacer caso a los sabios consejos de Arturo, como tampoco a los de otros, porque el escritor, no sé si por ventura o por desventura, no hace lo que debe, sino lo que puede. Yo sigo la ruta que me pide el cuerpo, el cuerpo y el corazón. No escribo solo para mí, pero antes que nada escribo para mí. Es decir, escribo lo que puedo y lo que quiero, y esto no coincide siempre con lo ideal. Algunas veces he escrito como me dice Arturo: a la buena de Dios, sin plan previo, narrando, esperando que los personajes «se cuenten» para luego contarme a mí. Algunos de esos relatos quedaron inconclusos, pero con ellos disfruté y aprendí una barbaridad. Miguel de Unamuno, al que tanto admiro, decía que se debe escribir con todo el cuerpo, con la mano, el corazón, las vísceras en el papel. Y Octavio Paz, le oí en una entrevista, pensaba que escribir era como hacer el amor: hay que hacerlo bien; para no hacerlo bien es mejor no hacerlo, no intentarlo. Yo no sé si lo hago bien —y el amor, la verdad, últimamente no lo hago mucho—, pero lo intento para hacerlo bien. Y gozo. Otra cosa es que quien lo lee goce también, como la mujer que contempla cómo jadeamos encima de ella, impertérrita, sorprendida. Ignoro, don Quijote, y disculpa si soy poco fino, si lo que yo practico es masturbación o pleno acto amoroso, comunión corporal y mental, pero a mí me gustaría que fuera lo segundo. Aunque, disculpa otra vez, todos hemos empezado por lo primero.

Esta carta ha hablado de metaliteratura —esta palabra siempre me ha sonado a metalurgia, ¿a ti no?— y metaescritura. A lo mejor

resulta que yo, en realidad, soy «metaescritor», buen crítico literario en términos más directos, y que mi madre tiene razón cuando dice que lo que se me da bien es el ensayo y no la novela. Como en tantas ocasiones, don Quijote, te digo: no sé. Deseo, al menos, ser un buen escritor de cartas. Amor e ilusión, en serio, no me faltan.

Puesto ya el pie en el estribo del avión, te mando un fuerte abrazo. Ruega a Eolo que me sea propicio.

Carta XVIII

Caballero de la Triste Figura:

Vísperas del viaje a Nueva York. Seguramente esta será la última carta antes de la partida. Y no va a ser muy larga. Tengo que hacer la maleta, repasar una y mil veces las cosas para que no se me olvide nada —soy un desastre en equipajes; siempre me dejo el cepillo de dientes—. Escucho a Mecano en mi habitación, un grupo de música que me trae recuerdos de la infancia. Un niño, apenas once años, realiza su primera visita al psiquiatra, llevado por su madre. No sabe adónde va pero lo intuye. En un hospital grande e impersonal, el niño contesta unas preguntas muy personales de la manera más impersonal, o no tanto, si lo recuerda bien. A la salida se compra un disco. Un disco de Mecano, *Descanso dominical*, que es lo que necesita: un descanso del colegio, la familia, el estudio, pero un cansancio de música y de literatura, discos dulces y desgarrados, amores homosexuales, genios moribundos y descubrimientos polares —que todo eso contiene *Descanso dominical*—, y libros de aventuras, la odisea de un grumete de quince años que será capitán, el lloro de otro niño que pierde a su compañero y está a punto de abandonar el pueblo para seguir su *camino*. Todo esto me lo sugiere el disco que oigo en mi habitación, mientras te escribo, don Quijote, con el pie en el estribo del avión, el Nuevo Mundo en el horizonte.

Esta tarde quise despedirme —hasta que nos volvamos a encontrar — de mi abuela materna, que vive en una residencia cerca de casa. La encontré muy perdida; no lograba ligar dos pensamientos, mucho menos exteriorizarlos. Pero sigue conservando el gesto de mi abuela, la maestra municipal llena de orgullo, pletórica de autosuficiencia. La casa estaba revuelta. Ayer murió una señora y hoy ha muerto otra. «El pan nuestro de cada día», me dice mi madre cuando salimos. Ya han fallecido muchos residentes que yo consideraba amigos míos, a los que, de tanto ver sufrir, sonreír, quejarse y amar, aun con la cabeza ida y el cuerpo machacado (los palos de la edad, don Quijote, pesan más que los de los yangüeses), les tomé cariño. Pero nunca vi al empleado de la funeraria en el vestíbulo, a los familiares lamentando la muerte anunciada. Duele pensar en la residencia de mi abuela como una casa de los horrores, inmisericorde danza de la muerte, pero esta imagen se dibujaba con mayor vigor en el primer mes. La gente anciana, con todos los achaques del mundo, más allá que acá, preserva

su humanidad hasta lo indecible, hasta el máximo de sus fuerzas. No quieren claudicar, dejar de ser hombres. Yo admiro los esfuerzos que hacen, admiro y aprendo de ellos, porque conozco que la juventud es un vuelo, un viaje en avión mucho más breve que el de Nueva York. Y como sé que llegaré a Nueva York, tomo nota de su espíritu, el espíritu de estos ancianos, para cuando necesite demostrar fortaleza.

Hoy, en la cafetería de la residencia, había una mujer que lloraba desconsoladamente. Le trajeron una tila e hizo unas cuantas llamadas por su teléfono móvil. Yo leía, a cinco metros de ella, *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante. Me daba vergüenza leer un libro tan lúdico como *TTT* mientras una señora lloraba la muerte de su madre, a mi lado, tomando una tila. Pronto cerré el libro y me dirigí a la salida. En el último momento estuve tentado de volver la cabeza. La vocación morbosa, salvajemente curiosa, que todo ser humano lleva dentro, y más todavía un escritor, estuvo a punto de triunfar sobre la persona respetuosa con la aflicción. No me volví.

Carta XIX (al vuelo)

Querido don Quijote:

Te escribo en vuelo, desde el avión de Air Europa que me lleva —nos lleva, a Rodrigo y a mí— a Nueva York. Está siendo un viaje largo, si bien mucho más corto que el que tuvo que hacer Colón quinientos años atrás. Me ha dado tiempo para terminar las *Memorias de Adriano* de Margarite Yourcenar y más de la mitad de una novela de Alberto Vázquez-Figueroa, ideal para este tipo de travesías. Rodrigo y yo estamos muy contentos, aunque él no se atreva todavía a decírtelo por carta.

Llevo en la maleta el proyecto, tantas veces anunciado, de *Prosista en Nueva York*, que estoy seguro de que acabará, como mínimo, en novela corta, es lo que me pide el cuerpo, y eso que aún queda lejos el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy. Así que ya puedes estar satisfecho: vas a salir en otra novela. Espero que no te importe. Ni a ti ni a Cervantes, que tuvo muy claro dónde colgaba la pluma para que nadie la levantara y te resucitase.

Le hemos comprado Rodrigo y yo a mi hermano un libro de los que a él le gustan. En la dedicatoria que le he escrito le digo, y le prometo, que algún día escribiré uno de ellos, y él será su primer lector. Novelas de aventuras o policíacas, de política ficción, de sexo, conflictos y entretenimiento. Lectura de avión.

Vamos en camino de una ciudad frenética que entiende poco de gestos caballerescos. Apenas te imagina como loco curioso, montado en un sucio y flaco rocín, vestido con una armadura oxidada. Pero sé que te conocen. ¡Eres mundial, universalmente famoso, don Quijote!

Para el *Prosista* contaré con el inestimable apoyo de las fotografías de Rodrigo y de las mías. «Dos paletos en Nueva York». Paletos, a lo mejor, pero ilustrados, seguro. Tengo ganas de conocer la ciudad siempre vista en películas, desde lejos, flotando en la bruma de los mitos cinematográficos (bastante más pobres que los literarios, pero tan vibrantes como estos).

Yo les hablaré de ti, de un viejo hidalgo, viejo y antiguo, que osó desafiar las convenciones de su tiempo y aún quiebra las del nuestro. Un caballero andante, de brillante palabra, que nos recuerda a todos la aventura que es sentirse hombre.

Un fortísimo abrazo desde las alturas. Tal vez no me haya sentido nunca más cerca de ti que ahora, en el cielo, con tu libro al lado,

vigilando mis adjetivos, susurrándome los elogios.

¡Vendrán más cartas transoceánicas! Esta solo la escribo a mitad de camino.

Carta XX (desde Nueva York)

Querido don Quijote:

Ya es nuestro cuarto día en Nueva York y hemos visto muchas cosas. Mi amigo Rodrigo, aventajado estudiante de Arquitectura, resume la ciudad en una palabra y una expresión: *anticontexto* y *trama insensible*. No te imagino, ingenioso hidalgo, acometiendo los rascacielos de Manhattan con tu lanza.

Anteayer rompí mi mala racha de amores. Ligué con una española que estudia aquí, Ángeles, y que me ha hecho feliz durante día y medio, ahora en el recuerdo. Me da pena pensar que a lo mejor no la vuelvo a ver nunca, pero creo que ese recuerdo que se lleva de mí, como el que yo me llevo de ella, es bueno, muy bueno.

¿Qué puedo decir de ella? Muy simpática, muy amable, congeniamos rápidamente. Ya digo, fue anteayer, pero parece que han pasado veinte años. Una vez me dijo un profesor que Nueva York, o Manhattan, significaba algo así —no recuerdo muy bien— como «la noche en que me enamoré». Es posible que me haya equivocado, pero merecería llamarse así, Nueva York, o Manhattan, solo para fijar en mi memoria la noche del otro día. Y no pasó nada más allá de lo que llamaríamos un «rollo», pero más intenso que otras veces, con tiempo de sobra para hablar, para compartir copas, para trasmitirnos algo especial que sin duda me acompañará siempre. A veces pienso que guardo en mi cabeza todas las chicas a las que he besado, con las que he tenido algo más que una mera conversación, algo que podríamos llamar sexo, aunque sea ligero. Creo que si hago un esfuerzo podría hacerlo, podría conseguirlo. Desde luego a Ángeles —la llamo así dándole a su nombre, literario, una significación especial— seguro que la recordaré toda mi vida. Tal vez a todas las recuerde toda mi vida, a medida que esa vida vaya acercándose a su final, a medida que me haga mayor y cuando escriba una novela tenga tendencia a inventar sobre la memoria, y no sobre el presente. Cuando sea viejo, don Quijote, cuando sea viejo, pero seguro que feliz por haber vivido, y haber destilado, todo lo posible, el rico licor de la vida, ese licor que también emborracha, que también te puede hacer daño, pero que es maravilloso, aunque a veces sepa mal, te produzca arcadas y quieras devolver. Porque eso es vivir, don Quijote. Anteayer viví, dulcemente —siempre que compartes con una chica es dulce—, un episodio de mi vida. Nueva York también fue escenario de un episodio… si no de

amor —porque no ha habido tiempo—, sí de amistad, intensa, de dos cuerpos dialogando entre los rascacielos de Manhattan. Un rollo, don Quijote, pero también algo más que eso, mucho más que eso. La significación, a las cosas, se las das tú, y para mí lo de ayer tuvo significado.

Hoy hemos visitado el MoMA, y me ha gustado mucho más que el Museo Metropolitano. Me he llevado en la retina el cuadro de Picasso *Las señoritas de Avignon*, que (lo supo ver Francisco Umbral) contiene en sí mismo una novela entera, una gran historia de mil perspectivas y colores, posibles gracias al milagro del cubismo. *Las señoritas de Avignon* es una de mis obras pictóricas favoritas, y solo por verlo ya merece la pena un viaje a Nueva York.

De nueva York atrae sobre todo su cosmopolitismo, sincretismo abigarrado. ¡Esta ciudad necesita que la ordenen!, pero no lo hagan, porque de hacerlo perdería su encanto, aquello que la hace Nueva York. Y es este uno de los pocos encantos que le encuentro, don Quijote. En Nueva York uno conoce gente de los cinco continentes, y seguramente no hay nada en el mundo que no puedas ver aquí. Si existen extraterrestres, los habrá en Nueva York.

Por la tarde Rodrigo y yo visitamos el portaviones *Intrepid*, que descansa en un muelle cerca de casa. Han montado un museo, y también se puede contemplar un submarino, una fragata y muchos aviones. Fotos, refrescos y pies cansados de las caminatas. En el interior del *Intrepid* unos vídeos cultivan el espíritu patriota estadounidense. Antiguos presidentes pronuncian discursos. Barcos del ejército nacional llegan a puerto. Escenas seleccionadas de unas cuantas guerras ganadas por los Estados Unidos.

Estoy escribiendo un cuento de amor adolescente titulado *Ella nadaba*. Me dejo llevar por el cruce de la memoria y la invención —para mí la única vía de hacer literatura—, pero siempre permaneciendo en ese cruce, nunca tomando un solo camino.

Leo mucho inglés. Tom Clancy, Arundhati Roy, Oscar Wilde, Ernest Hemingway, que de todo hay que leer, autores de novelas muy diferentes, pero que me enseñan, recrean y divierten.

Mañana a lo mejor vamos a ver la Estatua de la Libertad. En España, le diré a la Gran Dama, tenemos también un monumento a la libertad, pero vivo, de carne, hueso y papel, tú, don Quijote, que me miras desde tu pedestal cercano. Un fantástico abrazo desde Manhattan.

Carta XXI

Amigo don Quijote:

Entre dos viajes. Me hallo entre dos viajes. Escribo de noche. Esta madrugada aterrizábamos Rodrigo y yo en el aeropuerto de Barajas. Mañana temprano salgo con mi familia rumbo a la Costa Brava. Son los maratones del verano. ¡Cuántas cosas que contarte de nuestra aventura neoyorkina! Ya has visto que no te he olvidado. Las cartas, brevísimas, que te escribí todavía están frescas en mi recuerdo. Junto a ellas, los apuntes para *Prosista en Nueva York*. Nos ha impactado la ciudad de los rascacielos, de las mil razas y lenguas, universo comprimido, una «trama insensible», un lugar definido por la palabra *anticontexto*, según mi amigo Rodrigo. Pero también fascinante, hipnótica.

El *Prosista*, como me temía, ha derivado en lo insignificante —no para mí—, lo pequeño. Las gentes que pueblan Nueva York me han atrapado más que sus despampanantes edificios, esos colosos de ladrillo y cristal que apabullan a las iglesias y ahogan a los transeúntes. Bellos, sin embargo, en su anticontexto, diría Rodrigo. El taxista colombiano con nombre romántico y apellido de gaucho matrero, lo que le hubiera gustado a Borges, nos cuenta sus desdichas desde el otro lado del cristal del vehículo. El portero venezolano del banco de mi hermano —«O. K., estamos para ayudarlos»—, todo gracia y cruce de lenguas llevado con genial soltura. El otro portero, el de nuestra torre, mexicano, no lector de Carlos Fuentes, pero sí magnífico conversador, cicerone de los turistas europeos. El metro de Nueva York, una mina a la que solo le faltan los hombres picando las paredes; los trenes desfilando por sus pasadizos, frenéticos, oscuros, peligrosos. El sushi, pescado crudo japonés que pirra a mi hermano y horripila a Rodrigo. Hamburgueserías pletóricas de camareros y cocineros negros. Calles destartaladas, sucias, asfalto sufrido. Lo grande y lo pequeño, lo alto y lo bajo, variedad, ortodoxia y heterodoxia, riqueza abigarrada de Nueva York, en su mezcolanza. Pero grandeza, don Quijote, algo, mucho de grandeza tiene Nueva York, el microcosmos en que nos hemos sumergido mi amigo y yo durante ocho días.

Carta XXII (desde Calella)

Querido don Quijote:

Te escribo ya desde la Costa Brava, desde Calella de Palafrugell, en el Bajo Ampurdán, no muy lejos del sitio donde perdiste tu último combate caballeresco. Aquí, de todos modos, las playas son pequeñas —alguna hay enorme— y no podrías batirte con el caballero de la Blanca Luna, antes de los Espejos. Un día de estos iremos a Barcelona, y allí quisiera acordarme de ti, mandarte un recuerdo nostálgico de tu derrota —victoria pasada-futura.

Te escribo delante del mar, en la terraza del hotel. El tiempo es estupendo y la gente se baña y toma el sol en la playa. Mi madre y mis hermanos se han ido a dar un paseo, mientras que mi padre y yo nos hemos quedado en el hotel, él durmiendo y yo leyendo.

Ya he empezado a trabajar en Cela y Umbral para el proyecto académico con el que optaré a la beca. Leo de Umbral *Trilogía de Madrid*, memorias del autor y radiografía de la ciudad, anécdotas y ocurrencias de escritores, artistas, toreros, seres de Madrid que viven despreocupadamente hasta que alguien, en el papel, el lienzo o la piedra, los fija para siempre en espera de un soplo inmortal que les vuelva a dar movimiento. De esto al embalsamamiento de los egipcios yo no veo mucha diferencia.

La pasada noche dormí muy bien. Todavía ando recuperando el sueño del viaje Nueva York-Madrid. Acostumbrándome al cambio de horario. No me ha costado gran cosa, porque mi orden nunca ha sido muy ordenado y yo he nacido para los vaivenes, los balanceos, el firme irregular.

Disfruto del mar, los barcos, el sol iluminando esta preciosa costa catalana, y siento tentaciones de bajar rápido a la playa, darme un baño y regresar igualmente veloz a escribirte. A contarte lo fresquita que está el agua y lo hermosas que son las mujeres de esta tierra.

Lo hice. Me bañé. Ya estoy despejado. Dejé en el agua los últimos rastros del sueño. Un baño menos frío que el que se estila en Galicia. La playa es de arena gorda, y me he lastimado los pies, aunque el incidente ha colaborado a despertarme del todo.

No solo mujeres catalanas, bellísimas, también alemanas, suecas, francesas, inglesas. Uno sabe las nacionalidades, además de por los rasgos raciales, por los libros que leen. Se lee mucho en la playa. Con un tiempo tan magnífico, con la invitación al optimismo que hace el

paisaje aquí, ¿qué mejor manera de redondear la felicidad que leer un buen libro, el definitivo viaje al paraíso?

Don Quijote, en estas calles empinadas de Calella no me extrañaría verte cabalgando sobre Rocinante con Sancho al lado, guiándote la ventura a una nueva aventura, dichosa empresa caballeresca, soleada, cristalina como el agua del mar de la Costa Brava.

La cabeza parlante me ha dicho que no tardarás en volver por estos lares. Que te esperan sin manifestarlo, como a un invitado al que no necesitan anunciar, los manteles limpios de siempre puestos para él.

Me voy a fumar un cigarrillo y cierro esta carta. La humedad ondula el papel del cuaderno en el que escribo. Lo mismo sucede con los libros que estoy leyendo esta mañana. Es otro dato feliz: los libros tienen, de alguna manera, vida; son sensibles al clima y a las personas: yo creo que un libro tiende a cerrarse cuando lo ultrajan unos ojos ignorantes, un alma desalmada de televisiones mostrencas. Quizá te lleguen estas hojas aún humedecidas, onduladas, por ese canal invisible que los dos hemos abierto. Yo sé que, aunque ingenuas, no se te cerrarán.

Carta XXIII (desde Calella)

Buena semana de vacaciones en Calella. Sol, mar, descanso, lectura y escritura. Pienso en ti, don Quijote, en medio de esta calma, de esta claridad azul marítimo. Las risas familiares, el buen humor veraniego me recuerdan tu historia con menos acidez y más alegría.

Cataluña tiene color —como Sevilla, pero fuerte, color fuerte, el que sea—. Ayer, en la playa, un hombre vendía cocos, una bolsa colgando de su brazo:

—¡El coco! ¡El coco! Vamos señores, compren el coco, que esto está durando más que El Escorial.

Yo leía en mi libro y me reía en la playa. Entre la prosa de Umbral y el coco de «el Coco», me notaba descansado, optimista.

Y me regocijaba en la chica rubia que tomaba el sol delante de mí. Muy, muy rubia, delgada, guapísima, también tenía un libro al lado.

He vuelto a sentir en la Costa Brava lo que ya sentí en Nueva York, don Quijote, lo que pienso de continuo. Y siento. Me lo recordó la joven mujer rubia de la playa. Sufro nostalgia de gente que aún no conozco, antes incluso de haberla dejado.

La chica rubia con los brazos cruzados sobre las piernas, juntas. Esa sensación, ya sabes, de que tienes delante a la mujer de tu vida (una Dulcinea corporal, en biquini, a la que no hay que crear, a la que solo es necesario ponerle un poco de literatura encima para padecer toda una existencia). Sí, me ha sucedido muchas veces, seguro que me sucederá siempre. En Nueva York andaba por la calle, y no tenía ojos para todas las mujeres hermosas que me salían al paso, ojos que pedían compartir vida.

No se trata de que sea un obseso sexual. La cosa es bastante más profunda, don Quijote. Soy un obseso vital, humano. La mujer me fascina, aparte de por sus encantos físicos, por su enorme capacidad de dar compañía. Hizo bien Dios en «entregarle» una compañera a Adán (por algo era Dios). Nada acompaña tanto como un regazo de mujer. Nada alimenta tanto al hombre como los besos de la mujer.

Nada serena tanto como el silencio, sabio, de la mujer.

Yo, don Quijote, estoy enamorado de las mujeres. De todas. Por eso es difícil elegir y complicado que me elijan. Las mujeres pueden confundir mi admiración por su sexo (en verdad bello, nunca débil sexo) en infidelidad. Jamás podré ser infiel a lo que quiero, ni a lo que admiro. Jamás.

Ocurre lo mismo con los libros. Cuando estoy metido en una

novela, un poemario… da igual, no puedo abandonar el libro. Según mis padres y hermanos llega a lo patológico.

—Lo tuyo con los libros es que es patológico.

Ayer sin ir más lejos, estaba leyendo por la calle, y mi hermana me cogió el libro y lo tiró lejos.

—Hay más cosas en la vida que los libros.

No comprenden que, en mi caso los libros unen afición y profesión. Y pasión. No sé de nadie que se quiera dedicar a escribir que no tenga algo (un poco o un mucho) de loco. Tú lo debes de saber bien. Siempre he pensado que Cervantes, para imaginarte, tuvo que ser de alguna manera el loco que tú llegaste a ser. *Loco*, para mí, necesariamente ha de entenderse como elogio. Ojalá hubiera más locos en el mundo. Ahora gente muy cuerda arroja compresas al mar, cuando no residuos tóxicos. Gente muy cuerda gobierna países y los llena de deudas o muertos, sus bolsillos nunca vacíos.

Que no me hablen de cordura personas de tan escaso corazón. Para ser «bueno» (en el mejor sentido de la palabra, como decía/pedía Antonio Machado) hay que estar «loco». La honradez y la lealtad no creo que sea una cualidad de cuerdos. No me lo ha enseñado así la realidad.

Vamos de playa en playa. Nuestro Rocinante es un precioso coche blanco, de tres puertas, más aerodinámico de lo que debió de ser Rocinante. Nuestro «lugar de la Mancha» ahora es un hotel de la costa ampurdanesa. Y te escribo enfrente del mar como el que espera arrojar un mensaje en una botella, para que te llegue fresco, salado, con la frescura y la salazón con las que yo te lo escribo.

Me decía mi amigo Alejandro Santiesteban hace pocas semanas:

—Todo lo que se embotella tiene éxito. Tú, cuando publiques, tienes que embotellar tus libros. Verás como vendes. Y salir en televisión. Hazme caso: tú sal en televisión —un concurso, un programa de cocina, lo que sea— y luego publica.

—…

—… Da igual lo que escribas. Todas las marujonas, las adolescentes en celo, los sesudos ejecutivos de *squash* y *gin-tonic*, todos te comprarán el libro. «Mira, este sale en televisión, vamos a ver cómo escribe el de la tele.»

Voy a embotellar esta carta (meterla en una botella quiero decir) como si fuera un Robinsón privilegiado (el Viernes que ahora me hace compañía es mi hermano pequeño), para que te lleguen mis palabras donde Cervantes reposó tu cuerpo, esa tierra de andantes caballeros, discretas doncellas, en que los gigantes de la avilantez ya han desaparecido porque gente como tú ha acabado con ellos.

Desde mi retiro marítimo, bravo como esta costa, vaya un abrazo fuerte, poderoso. Para ti y para Sancho, Rocinante y el rucio.

Carta XXIV

Caballero don Quijote, amigo:

Hoy por la mañana, no sé por qué, me ha dado por pensar que apenas te he hablado de mi familia. Sí de mi abuelo paterno, en su ría y su barco, sí de mi abuela materna, ahora en la residencia. Pero de la familia inmediata, padres y hermanos, no te he contado gran cosa. Uno, parece ser, empieza relatando lo más lejano, tal vez por mítico y legendario.

Hoy por la mañana, aquí en Calella, en la playa, inconscientemente, me fijaba en la gente que leía. Se lee mucho en la playa. Personas tumbadas, sentadas, tomando el rico sol de la literatura con sus libros en las manos. Novelas inglesas, francesas, norteamericanas, algunas españolas. Ignoro por qué —no lo ignoro—, pero los hombres, los hombres y las mujeres, cuando leen parecen más inteligentes. Se les pone cara de inteligentes e interesantes. Como si en ese acto reconcentrado y silencioso de dejar hablar al otro sin interrumpirlo (no otra cosa es la lectura) estuviera el secreto de la belleza y el atractivo en estado puro. Porque la persona que lee, también, parece más bella. Una belleza y un atractivo, sí, depurados, clásicos, de una armonía difícil de romper. Contra la lectura, cuando es buena, nada pueden los gritos de los niños jugando en el agua —otra forma de perfección—, o los chismorreos de las señoras comentando la última boda de postín. La literatura ha actuado como filtro de todo eso —chismorreos, gritos y juegos—, y se ha blindado contra ataques exteriores, sublimándolos.

Nunca he visto a nadie leyendo que no tuviera esa aura de inteligencia. Por eso, don Quijote, al contemplar a algún amigo, novia o hermano leyendo algo mío, me siento importante, un poco mago. He logrado despertar en ese rostro violento de universidades y oficinas, televisiones y decepciones, una placidez increíble (que no se puede creer, que no puedo creer). He iluminado un rostro, y el mío también se ha iluminado: las auras son contagiosas. Luego, claro, el amigo, el hermano o la novia, naturalmente, pueden decir que aquello no les ha gustado nada. Pero el instante mágico ha sido creado, y yo me encuentro satisfecho, como si lo que hubiera escrito fuera el *Quijote*. Y no es halago.

Esa cara que observo en las personas cuando leen es similar a la que se nos pone al escuchar algo fascinante, al menos curioso, por

ejemplo una buena historia. En esta época tan poco aficionada a los cuentos, ni a leerlos ni a escucharlos.

Recuerdo a mi hermana Elisa cuando era muy niña. Todas las noches yo le llevaba a su cuarto un vaso de leche, y ella me pedía que le leyera algún cuento. No solo le leía los relatos infantiles de los Grimm, Andersen o Perrault, hadas madrinas, caperucitas, soldados de plomo… también acudía a los míos, a los que empecé a escribir para ella. Mi hermana siempre fue una insaciable devoradora de cuentos, de niña y de mayor. Quería que se los repitiera una y otra vez. Yo ya no se los leía, porque me los sabía de memoria, pero ella no toleraba que alterara una sola palabra. Mucho más tarde, en la universidad, me han explicado que los niños no soportan que les cambien sus cuentos en lo más mínimo, y que así ocurría en las culturas primitivas, cuando la oralidad era el soporte de leyes y costumbres. Muy probablemente, don Quijote, yo quiero ser escritor por mi hermana.

Sus grandes ojos azules (¿recuerdas el poema de Bécquer que termina «poesía eres tú»?) me miraban desde la cama, envueltos entre las gordas mantas del invierno madrileño, y me solicitaban aquella historia del viejo de la montaña, ajeno al mundo y a los hombres, que recogía una paloma herida, la cuidaba y la curaba y se enamoraba de ella. La soledad del anciano, soledad para los humanos, era todo ternura hacia la paloma blanca de nuestros sueños.

El problema —perdona, Elisa— era que mis cuentos, pensados al principio para mi hermana, se fueron haciendo cada vez menos infantiles, más trágicos y conflictivos. Mis cuentos se hacían adultos —no hablo de madurez literaria, la cual estoy muy lejos de alcanzar— a mayor velocidad que Elisa, y una noche me encontré con que ya eran adultos mientras que Elisa apenas había despegado de la infancia.

Ella creció —ella crece— y dejó de escuchar los relatos salidos de mi pobre bolígrafo de estudiante de Letras, para leerlos directamente, inmediatamente después de abandonar la mesa.

El primer crítico literario que he tenido ha sido mi hermana, y no creo que el más benevolente. A otros jóvenes escritores les leen sus madres, los amigos… Y no saben, estoy seguro, si sus impresiones responden a la sinceridad o al cariño. Yo conocía rápido cuándo un relato era bueno o no. Si era mediocre, mi hermanita Elisa se quedaba dormida antes de que lo terminara —es mentira eso de que se cuentan historias a los niños para dormirlos; se cuentan para mantenerlos despiertos—. Si era bueno, lo escuchaba embelesada hasta el final.

Ahora Elisa está a punto de ingresar en la universidad. Quiere hacer Historia del Arte, pero duda con Periodismo. En ella se debaten, como diría Umbral, el yo lírico y el yo narrativo. A lo mejor estudia las dos a la vez, porque capacidad le sobra para ello. A mí me gustaría que Elisa, en el futuro, comentara mis libros en su periódico, tan

objetiva como cuando era niña y yo la arrullaba con mis palabras, igual que yo hablo de ella en mis libros, inéditos libros. En los ojos de Elisa siempre he tenido claro el rumbo de mi literatura. Si alguna vez me he equivocado es porque no he sabido leer en ellos. Aunque sean trasparentes.

Uno, don Quijote, ha buscado en las mujeres los ojos azules de mi hermana pequeña. Uno, don Quijote, el pobre, todavía no los ha encontrado.

Carta XXV

Querido amigo:

Entre dos viajes. De nuevo me hallo entre dos viajes. Costa Brava y rías altas gallegas. De la butifarra y la crema catalana al marisco y el pulpo, sabrosas carnes del noroeste español. Otra vez a la carrera. Pero yo no me canso. Esto es lo que tiene el verano: cuando no tienes que estudiar no paras de viaje en viaje, de libro en libro. Así da gusto. Trabajo, en lo que me apetece, pero trabajo. *Prosista en Nueva York* avanza, peligroso cruce entre lo novelesco y lo costumbrista: el «guardia» venezolano del banco de mi hermano, el taxista gaucho, colombiano matrero, el portero mexicano, una historia de amor en varios tiempos y protagonistas, trama policíaca sin robo ni asesinato, sin buenos ni malos. Contar la ciudad de Nueva York, prosificarla con la prosa del prosista que la visita. Nada de surrealismo añadido, porque Nueva York tiene surrealismo para dar y tomar, del natural. Tenues amores, delitos piadosos. Nueva York es un cuento de hadas moderno, y mi novela será dulce, jugosamente infantil.

Rodrigo se dedicó durante el viaje a dibujar construcciones, paseantes, la abigarrada panorámica de *New York, New York*… Esos dibujos van a ilustrar mi libro. Los dibujos y las fotografías. Ya tengo una para la contraportada del libro: el autor en calzoncillos, polo azul y pitillo humeante, al fondo Manhattan, frescura de aire acondicionado, canales tímidos a la derecha, cocina a la izquierda…

—Un primor de fotografía —habla Alejandro Santiesteban—. Con este retrato te forras. Vas a colocar el libro a todas las adolescentes. Ya no hace falta que lo embotelles, ni que salgas por televisión. Esta foto te ha salvado la vida, tío.

—…

—Pero métele sexo a la novela, eh. Que si no, no vende; que si no, aburre. Sexo y drogas. Tú haces literatura, y eso está muy bien. Lo que pasa es que hay que comer. Acción, polvos, alcohol. Un libro frenético, eh. Que ya he visto cómo escribes tú. Mucho cuidado en el estilo, mucho lirismo, venga metáforas a tutiplén. Macho, que se note que te gustan los Doors, los Rolling Stones.

—…

—Yo escribiría una novela de política ficción, a lo Tom Clancy, como las de Frederick Forsyth, sobre el tema de la basura. La basura es un sector en expansión. Tú escribe un libro en el que las potencias

mundiales iniciaran la guerra de la basura. Cuéntame: ¿qué narices vamos a hacer con la basura? Fíjate lo que consumimos.

—…

—Sí, hombre, sí. Japón inventa un nuevo método para volatilizar la basura, pero quiere vender muy caro el invento. Estados Unidos y Alemania se alían para robarle la fórmula. Espías, policías. Creas un Indiana Jones especializado en artilugios *basurísticos*, y lo metes en un avión rumbo a Tokio.

—…

—Con un buen prólogo. Conferencia mundial sobre el problema de la basura en relación con el medio ambiente. Tres escenarios iniciales. Washington, Berlín, Tokio. Conversaciones entre peces gordos. Deliberaciones entre los servicios de inteligencia. Oye, pero qué callado estás.

—…

—¿Tú no lees esas novelas? Créeme. Te forras. Luego llega Rodrigo, te hace una foto de las suyas, embotellas la novela, y hale, a ganar pasta. Claro, hombre.

El *Prosista* marcha bien, pero no es el único proyecto que barajo este verano. Leo mucho, don Quijote, a Camilo José Cela y a Francisco Umbral, los libros suyos que todavía no he leído, algunos muy buenos. Es para la beca, no sé si recuerdas. Mis apuntes van aumentando en cantidad y precisión, y creo que el boceto de investigación me puede quedar bastante lucido. Trabajar sobre Cela y Umbral es como hacerlo con dos viejos conocidos, grandes amigos. Cuando lees obstinadamente a un autor, don Quijote, se crea una especie de complicidad entre los dos muy agradable. Es verdad que los escritores se repiten, y no tiene por qué ser malo. Los maridos y las mujeres se conocen tanto que es muy difícil que se sorprendan los unos a los otros. Un amigo íntimo ya sabe, probablemente, lo que le vas a contar en momentos críticos… Pero así se profundiza mejor en las personas. Perdemos la facultad de sorprendernos cuando conocemos, y no cuando envejecemos —emos, emos…— como creía Azorín. La cosa que nos deja de sorprender ya es más nuestra. A mí Cela y Umbral cada vez me sorprenden menos —ojo, me siguen sorprendiendo—, pero cada vez me gusta más leerlos. Da la impresión de que este trabajo ya está hecho antes de escribirlo, ya está escrito, en mi cabeza, desde hace muchos años.

Es lo mismo que le sucede a mi arqueóloga-historiadora de arte particular. Los artistas a los que más admira, claro, son aquellos a los que más ha estudiado. Ya no le dejan con la boca abierta, pero no puede evitar un ligero sobresalto cuando vuelve sobre ellos. Admiramos al artista, me parece convertido en artesano, febril trabajador en su taller. Un artista «desendiosado», de andar por casa,

al que podemos tocar en sus obras como si él mismo estuviera allí, impregnado del óleo del cuadro, la piedra de su escultura o arquitectura. Supongo que a ti te ocurrió algo similar con los caballeros andantes. No los desmitificaste, pero ¿no esperabas topártelos a la vuelta de la esquina? ¿No eran artistas, más que artistas, para ti? No sé si estoy diciendo tonterías, disculpa.

Por cierto, me ha escrito la arqueóloga desde su vacación griega. Ayer, recién llegado de la Costa Brava, encontré en el buzón un aviso de la oficina de correos. Un enorme paquete —bueno, no tan enorme — me esperaba allí. Los sellos eran griegos, el nombre de ¿Dulcinea? campaba en el paquete, preciosa tinta azul que a mí me pareció todavía húmeda. Ya te contaré.

Carta XXVI

Don Quijote:

Mañana nos vamos a Galicia, la tierra de los sueños. Los mejores días de mi vida han trascurrido allí. Y de Galicia son las mujeres que más me han gustado, aquellas, ay, por las que lo hubiera dado todo pero que no me dejaron dar casi nada. Pero en realidad esto no es cierto: las gallegas me han dado mucho, me lo han dado todo: amistad, cariño, diversión, compañerismo… Cuánto me gusta su musical acento, tan cercano, tan rico en tonos y honduras. Las gallegas, sí, ahora que lo pienso, ahora que lo siento, me lo han dado todo. Es difícil, muy difícil, que yo les haya podido dar a ellas tanto como ellas me han regalado a mí.

Dos colores tiene Galicia, e infinitas tonalidades. Verde y azul se bifurcan en millones de pequeñas sendas; el verde del campo, del monte, sabiamente combinado con el azul del mar y del cielo. Todo en Galicia es verde y azul, porque en el fondo es paisaje modernista, mitológico y telúrico. Hay un aire celta, don Quijote, en las gentes gallegas prácticamente imposible de encontrar en otros lugares de España. Y el acento, ya digo, el habla de los gallegos, no solo de las gallegas. No creo que exista un acento —mi profesor de fonética diría que eso no es acento, sino tono— tan melodioso, con tantos matices, tan cantarín. A las mujeres, sí, don Quijote, las hace diosas, pero de carne y hueso, diosas de amor y sueño, y a los hombres poetas. Yo siempre quise ser gallego, nacer en Pontedeume, el pueblo de mi padre, pero no pudo ser. Nacer en Madrid —mi caso— es como no ser de ninguna parte, con la ventaja de ser un poco de todas. A lo mejor a ti también te ocurre: yo me encariño con los sitios, aunque solo pase en ellos unas semanas. Me enamoro con facilidad de las personas, y esto acarrea el amor a los lugares. Ningún paisaje me inspira tanta bondad como Galicia. Es mi energía, mi motor, la inspiración para el año entero. Los días veraniegos los guardo como un tesoro durante el invierno. Tesoro de plata, tan bonita como la que hacen en Santiago los orfebres, los plateros del apóstol.

Una novia gallega. Hace años me daba por decir —aún lo digo alguna vez, pero ya ando más desengañado— que yo casaría con una mujer gallega. Lozana, fuerte pero delicada, voz cantarina, la mujer a la que aspiraba tiene en su rostro las rías y los montes gallegos, sin colisión, armoniosos como la realidad se me muestra cada verano.

Para mí, los años no empiezan en enero. Para mí, el Año Nuevo es el día en que piso Galicia, el pueblo de mis mayores, por primera vez. Cuando desde el coche atisbamos el mar, los primeros azules de nuestras rías. El castillo de Andrade. El puente de piedra. Cuando se oye el gallego cantado —sí, cantado— por esas mujeres hipnotizadoras, meigas de la oralidad. Nadie ha soportado el peso de mi cabeza —y de verdad que mi cabeza acarrea dulces nostalgias— sobre el hombro como las gallegas. Debe de ser el tiempo, el paisaje, tanta lluvia, la melancolía del invierno, que las hace cariñosas, tiernas como niñas, maternales, siempre amigas. Tal vez sea Galicia el último reducto de la infancia adulta, esa que pedía Jesús a sus discípulos.

Algún día escribiré el elogio que me pide Galicia. Yo, que nunca fui poeta, lo seré entonces.

En carta anterior te prometía noticias de mi amiga viajera. Me quedé en lo del paquete, ¿verdad? Imagínate su contenido. ¿Qué puede enviar una chica culta y sensible de viaje por Grecia a un alevín de escritor? No te preocupes, yo no lo habría adivinado. El paquete llevaba dentro una figura de hombre. Tan alta como un cartón de tabaco. Me explica en la carta:

La escultura que te mando, dicen aquí, es amiga de poetas. Los ampara y alienta en los momentos difíciles. Cuenta la tradición que el famoso Homero ya tenía una. Como ves, se trata de un hombre sentado. Tiene un estilete o pluma en la mano derecha, y parece que pincha su punta en la oreja izquierda. La otra mano sujeta unos papeles, algo parecido a unos papeles. ¿No te recuerda un poco al Escriba sentado egipcio? A mí me gusta más.

Esta figura no se puede comprar. Hay que regalarla para que no pierda su significado. No hace milagros, pero me han dicho que si el hombre —o la mujer— que la posee lleva algo valioso dentro, la escultura lo ayudará a sacarlo. Como Sócrates con las ideas, ¿recuerdas? La escultura es otra comadrona para con los artistas.

Espero que te guste. Un beso desde Atenas.

P. D.: Da recuerdos a don Quijote.

Y yo te los doy de su parte. Porque sé que en esta posdata de mi amiga no hay asomo de ironía, ningún regocijo con la locura. No te quise decir, don Quijote, que antes de que ella partiera le hice un regalo para el viaje. ¿Adivinas? Un ejemplar, en edición de bolsillo, de *Don Quijote de la Mancha*, la historia más bella y seductora jamás contada. Allá estará esta chica, entre ruinas magníficas, templos y estadios, leyendo tu relato, sintiendo el temblor que a todos comunica. Es la prueba de fuego. Si es que existen las pruebas de fuego.

Nos vemos, nos escribimos en Galicia. Dios quiera que tengas oportunidad de pasear sus orillas. Y que yo lo vea.

Carta XXVII (desde Pontedeume)

Querido don Quijote:

La llamaré Carmen. Porque *carmen* quiere decir «poesía», y ella es poesía («poesía eres tú», una vez más). Sobrio poema caminante, Carmen viaja por Grecia y me envía en un paquete el amuleto del artista, del escritor cachorro que lucha por hacerse maduro. Carmen me cuenta lo que ve y lo que piensa, me traduce el mundo mejor de lo que pudiera hacerlo yo, tan libresco. A mí me gustaría viajar por el mundo con Carmen, y que ella me explicara al oído lo que saliera a nuestro paso.

—Mira, esto es un *tholos* griego. Templo circular. Los griegos eran muy religiosos. Tenían en sus dioses el equilibrio de la comunidad, de la política. A las polis griegas las unía la lengua y la religión. Pero en toda lengua hay dialectos y en toda religión hay herejías.

—Un profesor nos decía en clase que el canto y el baile, en la antigua Grecia, eran fundamentales para el gobierno y la cultura del pueblo. De venir un extraterrestre al mundo, para conocer cómo funcionamos iría a las discotecas, el único sitio donde la gente canta y baila, se hace pueblo. Es el lento discurrir de la cultura entre el pueblo. Una comunidad que tuviera a Homero como maestro, y *La ilíada* y *La odisea* como libros de texto, está llamada a fundar una sociedad futura. ¿Qué nos queda de todo eso? Me lo pregunto aquí, entre las ruinas de tanto esplendor.

Viajar por lejanas tierras. Vivir en exotismo ilustrado. Hablar mucho, «silenciar» mucho, hacer el amor constantemente. Fundirnos los dos como si de nosotros dependiera el destino de un país, un mundo. Adán y Eva. Escribir en nosotros, para los demás, otra *Odisea*. Volver a Ítaca todos los días. Ser sublime a perpetuidad, como exigía Baudelaire, hasta en lo más vulgar.

Depositar nuestro recuerdo en cada lugar visitado. Descansar la siesta juntos, y abandonar la hierba ya alterada, ya diferente, con el mismo sol pero distinta luz, la que le hemos regalado nosotros. Querernos bajo las estrellas y la luna, al lado del mar, en la playa o en la montaña. Hacernos naturaleza. Comprender que de ella venimos y a ella vamos. Que el hombre surge de la tierra y acaba en ella. El polvo de los caminos es el polvo levantado por los viajeros que lo recorrieron. Hace muchos siglos, cuando el hombre aún no había aprendido a fijar sus recuerdos y pasiones en un papel, como hago yo

ahora, como lo hace Carmen desde Grecia.

Amores. Vivir amores, don Quijote. Soñar amores. Poseer —linda palabra *poseer*, muy cerca de ser, el ser contigo y para ti— una casa a la que retornar periódica y pacíficamente. Y recibir allá a otros caminantes, e invitarlos a navegar. La sonrisa de Carmen saludándolos en la puerta, un sencillo traje por atuendo.

Navegar los mares de Dios. Ser Ulises sin sirenas, con muchos Telémacos y ningún sudario. Siempre Atenea, la «ojizarca», marcándonos la ruta, enseñándonos a vivir.

Querido don Quijote, hoy el día está bonito, muy luminoso. Aquí en Galicia son raras estas mañanas soleadas, limpias de sombras. Galicia siempre es bella, pero ha hecho del gris su seña de identidad. El gris tamiza el verde y el azul. El verde del monte y el azul del mar. Ese azul de Galicia se hace simbolista por obra del color gris, el verde por testigo de su arte. Es en días como este cuando el cielo, con su azul, se atreve a competir con el mar. No es extraño que el hombre haya soñado, desde sus orígenes, con volar, navegar el cielo. Atisbamos las olas del mar desde nuestra cáscara terrestre. Creemos ver a Dios en el cielo porque nos es inaccesible. Ahora que el hombre es capaz de llegar a la Luna, tal vez Dios descanse en el Sol. O más lejos. Intuyo que se encuentra mucho más cerca él de nosotros que nosotros de él.

Amigo don Quijote, me gustaría que me acompañaras en mis jornadas gallegas. Pero sé que estás. Un abrazo. Ya te hablaré de Carmen.

La llamaré Carmen, como Robinsón Crusoe llamó Viernes a su amigo. Hoy por la mañana todo es poesía, todo huele a poesía, a *carmen*, canción verde, azul y gris. Es un viento llegado de Grecia, otra costa. El aire que se atreve a traer un amor a punto de nacer. La familia, bien.

Carta XXVIII (desde Pontedeume)

Amigo don Quijote:

¿Qué te gustaría oír? ¿Qué quieres que te cuente? A veces tengo la sensación de que estas cartas las escribo solo para mí, y que digo solo lo que quiero oír o confesar. Supongo que en toda carta pasa algo parecido. Pero estas letras que escribo cada día son de los dos, y no me apetece aburrirte.

(No son maneras de empezar una carta).

Ayer, al recibir nuevas noticias de Carmen, pensaba en qué nos hace movernos a los seres humanos, seguir adelante, contra viento y marea, con toda la tristeza que tiene la vida. Pensé en el amor y en la amistad, los grandes atributos del hombre, probablemente los únicos pues los demás nacen de ellos, como la poesía y las bellas historias surgen de los sueños de los poetas, y también de las poesías y las historias de otros poetas. Yo soñé una chica joven, culta y cercana, y ella se me apareció, muy real y muy palpable. Hay que tener cuidado con lo que se desea, o con lo que se inventa, porque a veces se vuelve realidad.

Nuestras alegrías se encierran en pequeñas cosas, los detalles insignificantes que luego construyen el castillo de la felicidad. A mí, por ejemplo, esta carta que hoy te mando, ya me llena el día. Soy muy feliz de poder contarte mis inquietudes y saber que tú me escuchas, que siempre estarás al otro lado del papel, un lector eterno.

Las pequeñas cosas. Un paseo por la costa, a la caída de la tarde. El mar en calma, breves jadeos, ninguna prisa, el pensamiento puesto en Carmen, viajera griega que también, seguro, pasea por la orilla del mar, la cabeza perdida en esculturas clásicas, mitos griegos. El libro que estaba esperando, sus relatos bifurcados, los personajes que ahora conoces y sin los cuales ya no podrías vivir. La conversación inesperada con un amigo, o una amiga, sobre la vida, sobre el porqué vivimos, esas cosas. No se trata de ser trascendentalista. Es que el hombre vive y nadie le ha explicado el motivo de su existencia, el guión de la película que debe protagonizar. No valen doctrinas religiosas. Cada hombre debe ser profesor de sí mismo.

Carmen me escribe en una finísima, inteligentísima, caligrafía, muy diferente a la mía, que es una letra que se pierde en el cuadriculado del papel. Parece mentira que haya escrito tanto, superada la vergüenza que me produce mi letra. Carmen me pone al

corriente de su travesía griega. Ya le queda poco. Ahora dice que va a ir a Creta. El Minotauro, me escribe, todavía palpita allí, nos busca a todos. Y a mí. Me pregunta si sigo escribiendo, si mi novela va bien, si tengo avanzado el *Prosista en Nueva York*. No me atrevo aún a confesarle que desde hace algún tiempo no puedo evitar su imagen y su palabra en lo que escribo, sondando mi mesa de escritor bisoño. Tú y ella, don Quijote, llenáis mis tiempos de ocio. Tú y ella, don Quijote, sois ahora esas «pequeñas cosas» de las que te hablaba. Si alguien me preguntara «¿por qué vives?, ¿cuál es tu motor en estos momentos?», yo contestaría: «Tengo dos amigos que no me abandonan nunca, dos amigos que me recuerdan cada mañana que debo despertarme, que merece la pena salir de la cama y continuar.»

¿Hay algo más bonito que esto?

Un fuerte abrazo.

Carta XXIX (desde Pontedeume)

Querido amigo:

¿Has sufrido una crisis espiritual? ¿Y una crisis, digamos, eclesiástica? No sé cómo expresarlo, pero me siento rebelde contra algunas «estructuras»; me estoy haciendo heterodoxo. No te rías, por favor no te rías. Llevo varios meses sin ir a misa, y sin embargo mi fe en Dios, en su hijo Jesús, es fuerte, fortísima. No me han gustado ciertas declaraciones del papa, al que por otra parte admiro y respeto. Pero el papa, cuando habla, no solo es el papa —una persona con nombres y apellidos, y un «apodo institucional»—, no habla solo por él mismo.

Los sacerdotes, en las iglesias, no saben conectar con la gente. Son más extraterrestres que marcianos. Dicen cosas ininteligibles, y los fieles ya no escuchan, ya no entienden; se dejan llevar por tradición e inercia, la inercia que da la tradición. Recuerdo aquel pasaje del *San Manuel Bueno, mártir* de Unamuno. Don Manuel ha muerto, y otro cura ha ocupado su lugar. Lázaro, amigo y «cómplice» de don Manuel, le aconseja al nuevo párroco: «Religión, mucha religión. Nada de teología». Pues estoy de acuerdo.

Mi madre tiene un conocido que a mí me hace mucha gracia, pero su postura no carece de seriedad y lógica. Este hombre, le dice a mi madre, solo oye misa por televisión, aunque su salud sea buena y nada le impida acudir a la iglesia. Según él, hoy los curas no se ganan que él vaya a misa. Y para cumplir prefiere hacerlo por televisión. Ahora, dice, a lo mejor la oye por Internet, que es más avanzado. Llegará el día en que ni por esas oirá misas.

Y no me extraña nada.

La Iglesia debe evolucionar en muchas cosas, don Quijote. Sorprende que una institución que fue fundada bajo los valores más revolucionarios se haya hecho tan acomodaticia, tan conservadora, en el peor sentido de la palabra.

La Iglesia está perdiendo a pasos agigantados todo el prestigio que le queda. De mis amigos (y soy joven) son muy pocos los que siguen practicando —*practicar*: ¿por qué esta palabra?, la fe no es un deporte ni un juego de naipes—. La Iglesia vive de las rentas que le proporcionó Jesús. Ningún negocio, ni aún el espiritual (en este mundo en que, no nos engañemos, todo es negocio), puede subsistir con las rentas de su fundador. No si aspira a hacer con buena salud y

concordia, con ambición de continuidad.

Yo, don Quijote, pensé una vez, hace muchos años, en convertirme en sacerdote. No creo que me gustara ese tipo de vida, pero de lo que estoy seguro es de que la Iglesia no iba a alimentar los ideales que yo pudiera abrigar por entonces. (Y disculpa esta frase tan larga). Los templos corren el peligro de convertirse en museos, como de hecho parece que ya lo es el Vaticano.

Un amigo, poco mayor que yo, se ordenó sacerdote, y me dice que jamás ha dudado ni de su fe ni de su papel en la sociedad. Este chico, Javier, no discute mis críticas a la Iglesia. Al contrario, me da la razón.

—Con más motivo me tengo que quedar. Hay mucho trabajo que hacer. Las empresas ya perfiladas son las peores. El esfuerzo irá en proporción al premio. Merece la pena. Rescatar el mensaje de Jesús, esa es la meta. Seguir a Cristo, esa es la ley.

Yo ya pienso, querido don Quijote: si todos los sacerdotes fueran como mi amigo Javier, la Iglesia sería otra cosa. Consejos sin moralina, pero con moral; Cristo nunca echó mano de la moralina. Un espíritu trabajador entregado a la causa más noble. Javier, en su santidad de obrero de la fe y la bondad, caballero de Cristo, me recuerda aquellas máximas de san Ignacio de Loyola, tan amado por Unamuno. San Ignacio, para Unamuno, era un cruzado de la religión de Cristo, del cristianismo, eso tan alejado del catolicismo, teoría y práctica. En san Ignacio, Íñigo de Loyola como le gustaba llamarlo a Unamuno, latía el mismo corazón que te mueve a ti, querido don Quijote.

Carta XXX (desde Pontedeume)

Querido don Quijote:

Ayer salí a cenar con una chica. La llamaré Julieta. Julieta es de La Coruña y veranea todos los años aquí. Esta homónima en mi imaginación de la amada de Romeo, es muy simpática, pero muy tardona. No creo que Romeo aguantara una hora esperando a su Julieta, esperando una cena imposible. El caso es que vino y pudimos salir. Me sorprendí a mí mismo, porque aguanté la cena y la sobremesa sin hablar de literatura. Mi padre, que ha sido periodista toda su vida y del cual he heredado en buena parte el amor a la literatura, me decía de adolescente: «Mira, hijo, las mujeres, cuando te aprecian, aguantan todo, hasta lo que no les gusta. Yo sabía cuándo una merecía la pena y cuándo no. Tenía una prueba infalible. Al cabo de varias salidas les hablaba del diálogo *Viaje de Turquía*, gran obra pero inexpugnable a la más fervorosa paciencia. Si veía que escuchaban con atención o, por lo menos, disimulaban que lo hacían, yo conocía que aquello tenía futuro. De lo contrario, no había siguiente cita».

Mi padre, don Quijote, heredó del suyo algo de quijotismo. Ese quijotismo que yo llevo en la sangre y que ya es raro encontrar en los miembros de su familia —no sé si decir «afortunadamente»—. Las ideas quijotescas de sus mayores han dejado, en la superficie de mentes y cuerpos, un poso de infantilismo. A todos les apasionaban los viajes, las aventuras, grandes y pequeñas, las empresas locas y las mujeres fuertes, vigorosas mujeres-refugio. En mi familia, los hombres han buscado en sus esposas refugios en los que guarecerse. Yo quisiera pensar que a mi familia se la conoce por estas características, aparte de la bondad, que está muy bien repartida en ambas ramas de mi sangre. Una bondad que, aquí dudo más, me haría ilusión haber heredado también.

Pero a lo que iba. Ayer no hablé de literatura. Probablemente porque me pareció demasiado pronto para hacerlo con esta chica, nombre de heroína de Shakespeare. Y porque soy muy consciente de que puedo cansar; mi amor por la literatura es, como dicen los franceses, *amor fou*, y no todo el mundo puede llegar a entenderlo. Incluso en esto he salido a mi padre y a mi abuelo, a un tío cuyo único vicio es comprar y regalar libros; su máximo placer, leerlos.

Yo, don Quijote, sería un hombre de acción, y me pica el gusanillo

de la aventura y el riesgo, pero lo sería con largas temporadas de reposo, de sosiego para asimilar lo vivido y escribirlo. Estoy casi seguro de que no existe mayor aventura que la de la lectura, y esta solo puede ser superada por la de la escritura, traducción de la odisea personal. En muchas novelas que tanto queremos valoramos la calidad de esta traducción —«mimetismo» para los griegos, «creación» para los románticos—, e insignificantes escenas cotidianas se nos antojan asombrosas. Todo depende de la mano que empuñe el cincel, más que del mármol o del tema que quiera representar.

En mis novelas, don Quijote, quisiera mucha acción, como para mi vida, pero también puntos muertos: tomar aliento, reflexionar, mirar atrás y mirar el horizonte. Momentos de calma después de la tormenta. Me gustarían lectores activos que hasta en el metro se sintieran transportados a otras mentes y épocas. Aspiro a lectores que sepan aportar lo que ya no les cuento, porque eso, sin duda, será lo fundamental de mis libros. El frenesí y el exotismo han sido confundidos casi siempre con las batallas, las junglas, los mares y las lejanas tierras. Si Proust es capaz de emocionarnos sin sacarnos apenas de un reducido lugar, es que el futuro de la literatura es ese. La aventura debe hallarse allí. Para las carreras y la pirotecnia está el cine, y está muy bien. Si entramos en ese terreno, la literatura perderá el combate y los libros pasarán a ser arqueología encerrada en museos. A mí, la verdad, los museos no me interesan nada, no cuando las obras son objetos muertos, inertes.

Carta XXXI (desde Pontedeume)

Amigo don Quijote:

¿Hasta qué punto conocemos a las personas? No sé si ya te he hecho esta pregunta, querido don Quijote, pero la vida nos enseña a repetirla. Anteayer salí a cenar con otra chica, Elena, que hoy ha cumplido diecinueve años. Me debo de estar aficionando a salir a cenar con amigas, pero amigas de verdad, de las que no se espera nada, ninguna recompensa sexual. Y es una experiencia muy agradable; la charla fluye con mayor facilidad —no digamos naturalidad— cuando no tenemos en la cabeza la idea de una cama y nuestra compañera tendida en ella, desnuda.

Mi concepto sobre Elena era bueno, pero equivocado. Me parecía una chica simpática, con la que se podía hablar…, pero la seguía viendo superficial. Andaba muy equivocado.

Elena me recogió en su precioso deportivo rojo, con una puntualidad nada femenina, y me llevó a cenar a su restaurante favorito. Esto de que las mujeres te lleven a los sitios hay gente que no lo tolera; a mí me encanta, me siento protegido, todos los complejos superados. La comida estaba riquísima y la conversación fue fantástica. Nunca pude imaginar que María tuviera una personalidad tan fascinante, una cabeza inteligente, un corazón que parece no existir para no sangrar.

Me dijo que su año había sido horrible. Sus padres se habían separado. El exnovio de su hermana se suicidó, y ella fue la última persona en hablar con él, por teléfono, a altas horas de la madrugada. El niño gitano que sus padres adoptaron había fallecido después de una dura enfermedad. María me contaba todas estas tragedias y yo asentía en silencio, enfrente de ella, olvidando el café que me habían servido. El silencio, la no palabra, en ciertas circunstancias se convierte en el mejor consuelo, el del respeto. Sentía ganas de abrazarla, de decirle palabras de aliento al oído, pero no quise quebrar ese respeto. Yo tampoco había tenido un buen año-buenos años, y el alma se blinda, aprende a protegerse cuando los golpes han sido muchos, constantes. Mi prima Yolanda, que estudia oposiciones a notario, me decía que una oposición es una prueba física y mental, sobre todo mental. Pues bien, la vida es eso: una prueba física y mental, sobre todo mental, un infinito esfuerzo que no siempre garantiza el triunfo, nunca la felicidad.

¿Por qué prejuzgaremos tanto a las personas? ¿Por qué la intuición, esa arma admirable, nos juega a veces malas pasadas? La sabiduría es un grado con un precio muy alto. Yo, tal como soy, no alcanzaré la sabiduría hasta tarde, cuando nada importe, cuando mi tolerancia sea tan grande que no me molestará que me peguen, en las dos mejillas. Hace no mucho tiempo pedía a Dios, todos los días, en mis rezos nocturnos, que me diera sabiduría, como hizo Salomón. Las cosas se complicaron, y mi carácter se hizo más temperamental —el temperamento no tiene por qué ser de signo negativo—, y entonces le pedía a Dios, además de sabiduría, templanza. Dame, Señor, sabiduría para amar a los demás y templanza para que no me odien. Dame, Señor, lo que solo tú puedes otorgar: hazme sabio y templado, porque teniendo esto no necesitaré nada más.

Hoy, don Quijote, no me preocupo demasiado por las mujeres fugaces, e intento ser amigo de mis amigos, como el poeta, y enemigo de nadie, compadre de mí mismo. Compañero de todos. Pero esto es muy difícil de lograr, y Dios está muy lejos, aunque sus señales estén conmigo y los que me rodean. Por eso te escrito a ti, don Quijote, que te noto más cerca. Precisamos intermediarios para hablar con Dios. Lo ideal sería que nosotros fuéramos intermediarios de nosotros mismos. El hombre es muy débil y no ha comprendido todavía el potencial de amor que lleva dentro. Pocos lo han comprendido. Quisiera ser uno de ellos.

Carta XXXII

Vuelta a Madrid, don Quijote. Se acabaron las vacaciones viajeras. Ahora toca el reposo del hogar, qué le vamos a hacer. No me importa. De este modo tengo tiempo para escribir y leer, hacer deporte e ir al cine, ensayar alguna conquista amorosa. No es otra la vida que yo llevo habitualmente. Tampoco quiero otra. El verano ha sido muy variado; he hecho lo que he querido y un poco más.

Ayer regresamos de Galicia. Fue un buen viaje, sin sobresaltos. Es mucho lo que dejo atrás, pero ya estoy acostumbrado. Todos los años la misma historia. Mucho lo que dejo atrás, mucho también lo que veo delante, esperando detrás de mis libros, mis amigos, mis aficiones.

Los últimos días fueron los mejores. Dos jornadas dedicadas a la pesca, la muy triste despedida —triste porque es despedida— a mi amada ría de Ares. El primer día, una tarde soleada y tranquila, salí con mi tío Mario en busca de sardas y robalizas. La robaliza (lubina en otros sitios) es el fruto más preciado de la zona. No resulta nada fácil pescarla. Nosotros conseguimos una, muy pequeña, aquella tarde, y ya nos parecía que habíamos pescado a Moby Dick. Eso sí, estaba buenísima. Por la noche me la comí cocinada a la plancha, y puedo decir que jamás he saboreado tanto ningún pescado.

Pero lo valioso e inolvidable de aquella tarde no fue la pesca, ya digo que muy escasa, sino la conversación. Mi tío Mario es lo más cercano a un santo que me ha sido dado conocer hasta ahora —con la excepción de mi madre—. Generoso como pocos, simpático; para todo lo que no sea malo siempre presta su ayuda. Muy inteligente y, como he podido comprobar en nuestra convivencia marítima, enormemente escéptico.

Dios, los filósofos, los poetas. En las líneas no picaba absolutamente nada. Habíamos tomado un café calentito en el puerto de Ares, y volvíamos a casa. El barco navegaba despacio. Tomando el sol, haciendo que pescábamos, el ambiente se presentaba propicio para la charla.

La inmortalidad, las divinidades. Yo estaba leyendo *San Camilo, 1936* de Cela, esa novela-bomba (Cela dice de *La colmena* que es una novela-reloj; pues bien, el *San Camilo* es una novela-bomba). Había, diseminada en la acción, una cita de san Agustín: «Creo porque es absurdo».

—Tío, ¿sabes quién dijo «creo porque es absurdo»?

—No, lo siento, confieso que no lo sé. —Mi tío tiene dos carreras y

un doctorado, que yo sepa; seguro que tiene algo más.

—Tranquilo, yo tampoco lo sabía. Es de san Agustín. ¿Qué te parece?

—Que es una tontería.

—Pero es muy bonita.

—Claro que es bonita, y sigue siendo una estupidez, hermosa pero tramposa. «Creo porque es absurdo.» Tan absurdo es creer como no creer.

—En la fe hay algo de lógica. —Sin pretenderlo, nos habíamos enfrascado ya en trascendencias—. Es lícito que el hombre crea que haya un creador, y lo siento por el fácil juego de palabras, al ver esta tarde tan bella, este mar, este monte. El azul y el verde son los colores de Dios, y el blanco (o el blanco es el color de la Iglesia?). Aquí en Galicia son muy religiosos.

—Creer o no creer —responde a mi monólogo mi tío— no es tan importante, aunque sea lo más complicado. La inmortalidad. Si el hombre piensa que es cuerpo y solo cuerpo, entonces sí, seguro que no hay nada. Yo soy médico, y he visto muchos cuerpos en estados penosos. De eso no hay duda. Pero si el hombre sabe que es algo más, sus sentidos, su razón alimentada por estos, sus amigos, sus familiares… entonces no es tan fácil.

—Luego… tú no crees que haya algo.

—Mira, sobrino —cuando mis tíos, mis tíos de esta parte de la familia, dicen *sobrino*, algunas veces, un deje de ironía asoma en sus voces—, yo no he dicho eso. La razón son células, es el cerebro. También lo sabemos. No se trata, en cuestión de creencias, de seguir pautas como un borrego, escuchar las misas y obedecer lo que se nos dice sin pensar. Se trata de escoger la gente que nos enriquece, los libros que nos cultivan, el deporte que nos hace sanos, el arte que nos convierte en más hombres, seres sensibles. Ese, no te equivoques, es nuestro tesoro, nuestras creencias. En eso hay que creer. La inmortalidad, de existir, debe alcanzar esta parcela del ser humano, la razón elevada a la categoría de alma. Perdona, te estoy echando un rollo.

—No me estás echando un rollo.

Días atrás, también en el mar, mantuve otra conversación interesante, esta vez con mi tío Fernando —una de las ventajas de hacerse mayor es que se puede hablar con los tíos, más en serio—. La generación del 98, Baroja, Azorín, Valle y Unamuno, mucho Unamuno. A mi tío Fernando le encanta Unamuno. Se ha leído casi su obra completa y ahora está con una biografía sobre él que han escrito recientemente. A mi tío Fernando también le gusta escribir cosas científicas:

—No sabes cuánto me cuesta escribir. El librito ese sobre la mujer

que salió en el periódico —mi tío es ginecólogo—, me costó varias redacciones. Yo creo que se me da mejor corregir que escribir, porque cuando algún discípulo me pide que lo ayude encuentro siempre, sin esfuerzo, las expresiones correctas. Claro que corregir es solo poner en su sitio las piezas descolocadas. Tiene poco mérito. ¡Qué difícil es la precisión! ¿No te ocurre a ti, sobrino? —este *sobrino* es serio.

Y mi tío, don Quijote, se queda ausente, con la caña del catamarán en las manos, mirando al horizonte, buscando en él esa facilidad para escribir preciso que solo unos cuantos privilegiados poseen. Sus labios están apretados. Yo creo que mi tío, en estos momentos, piensa, fugazmente, en todos los libros que ha leído, en lo que ha tenido que estudiar para ser el médico que es, en todas las pacientes que han pasado por su consulta, los niños que ha traído al mundo…

Pero estábamos en mi penúltimo día en Galicia, en la pesca con mi tío Mario. La conversación había alcanzado un punto melancólico, las líneas seguían silenciosas, improductivas. No obstante, la tarde se mantenía hermosa y las aguas invitaban a un optimismo que nos resistíamos a aceptar. Solo lo que ocurrió pudo salvarnos.

Dos aletas, brillantina natural en la piel, aparecieron a babor y estribor. Naturalmente, no eran tiburones. Dos delfines jugaban con el barco y con nosotros. Tras el trascendentalismo de nuestra charla, la duda se disipó. Los delfines —¡qué sonrientes!— venían a decirnos que sí, que es cierto que hay algo. Ese algo los había mandado para alegrarnos. San Pablo no tuvo una revelación tan feliz, y nosotros no éramos san Pablo.

En la ría de Ares no son muy frecuentes los delfines, esos caballeros infantiles de los mares. Los pescadores los temen, porque uno de ellos puede llegar a consumir cien kilos de pescado al día —me dijeron cien, no sé si exageraron—. Quizá fue por ellos que no pescábamos nada, pero merecía la pena una tarde de vacío solo por disfrutar sus saltos, sus cabriolas, sus sonrisas, el humor inocente que los humanos vamos perdiendo cada vez más.

—Míralos —me decía mi tío—, parece que no han roto un plato en su vida. Y por allí vienen más.

—Si alguna vez, tío, la Tierra tiene que empezar de nuevo, y todas las especies deben extinguirse, yo creo que Dios o la naturaleza dejará a los delfines. De ellos saldrán las demás razas. Es posible que así haya más nobleza e inteligencia de las que hay ahora en el mundo.

—Aquí en Galicia llaman a los delfines *golfiños*. Tienen algo de «golfos» los delfines, ¿verdad?

En el barco llevábamos algunas sardinas y calamares para cebar anzuelos. Visto el poco éxito de nuestra tarde de pesca y la felicidad que nos habían proporcionado los delfines, resolvimos darles estos restos. No era mucho, pero estábamos seguros de que recibirían

nuestro regalo con agradecimiento.

Y así fue. Saltos y más saltos. Vueltas y revueltas. Las bocas despuntando en la superficie del mar. Los delfines nos acompañaron toda la navegación, y entramos en el puerto de Pontedeume con una escolta de fábula, como en los cuentos fantásticos que tratan temas marineros. Seis delfines, veloces, encantadores, nadaron a nuestro paso hasta el pueblo. Una vez allí, después de saltar unas cuantas veces en señal de despedida, nos dejaron con nuestras dudas, nuestra humanidad, un algo más felices y completos como hombres. De existir la inmortalidad, diría mi tío, aquello no moriría.

El relato del segundo día, don Quijote, te lo reservo para la siguiente carta. Que los delfines de tu mar acompañen tu lanza, tu espada, el valor de tu persona, en el cielo.

Carta XXXIII

Mi último día en Pontedeume. Te había prometido, caballero, contarte la jornada del campeonato de pesca.

Era sábado, y todos los miembros de la tripulación habíamos salido el día anterior, «de carallada», como dicen aquí los gallegos. Dos de ellos no habían dormido nada, y mi prima Teresa y yo habíamos dormido poco. Nuestras ilusiones, sin embargo, estaban lozanas, frescas como el agua de la ría que iba a acoger sedales y anzuelos. El tiempo era estupendo, llevábamos comida, café, refrescos, tabaco… para nosotros, y calamares y sardinas para los peces. Largas cañas, «enhiestos surtidores de sombra y sueño», apuntarían al cielo durante el día. Conversaciones sobre cine, literatura, romances y pesca nos entretendrían en los momentos de pesca más yermos.

Habíamos quedado con mi tío Mario, el «armador» de nuestro barco, a las diez de la mañana en un café de Pontedeume. Rafael y Andrés me vinieron a recoger al hotel a las diez menos cuarto. Los ojos brillantes, pupilas que han superado el sueño de haberlo ignorado, me miraban desde el interior del coche:

—Oye, ve tú solo a hablar con tu tío —dice Rafael—. Nosotros iremos a comprar los cebos mientras. Como nos vea con estas caras no nos deja el barco.

Andrés permanece callado. Parece que su borrachera fue mayor que la de Rafael. Asiente a las sabias palabras de este. Yo no les hago caso porque los conozco a ellos y conozco a mi tío. La responsabilidad no está reñida con la juerga.

—A las chicas las vamos a buscar a la playa dentro de una hora. Teresa ha preparado una tortilla y algo de café. Isabel tiene bebidas.

—Muy bien. Nosotros hablamos con mi tío y luego compramos la gasolina y el aceite.

El tío Mario tardó un poco en llegar a la cafetería. Rafael y Andrés fueron en busca de cebos.

Al cabo de poco más de una hora ya estábamos en la playa, con el depósito lleno, los aparejos preparados y las instrucciones de mi tío en nuestras cabezas.

El mar, don Quijote, ya sabes, traspasa una calma imposible de hallar en ningún otro lugar. Yo pienso, don Quijote, con humildad, que los ejercicios espirituales no se deberían hacer en frías casas de retiro, desnudos jardines, sino en el mar, en las aguas de una ría cualquiera. Mis amigos, sin dormir y resacosos, aguantaron como

jabatos todo el día porque, precisamente, la borrachera del mar es de signo contrario a la del alcohol. El mar insufla un estado de euforia muy diferente a la alcohólica. Nos crea la ficción de la libertad —¡no hay banderas en el mar!—, nos recuerda aquella canción del pirata, aquel romanticismo que ya solo se refugia en el mar:

—Con cien cañas por borda, viento en la ropa a toda seda… —canta Rafael desde el timón.

Los peces tardan en picar, y los primeros que pescamos son agujas inservibles (incomibles), sardas que se nos sueltan y no llegamos a recoger:

—¡Cómo que tirar las agujas! No se podrán comer, pero pesan… Uno de los premios es al mayor peso por embarcación. Arriba con ella —grita Andrés, la mano en el carrete de la caña, cobrando el sedal, los ojos vidriosos iluminando un mar que no necesita iluminación.

Teresa saca el termo de café. La velocidad que llevamos es lenta. La pesca al curricán —las cucharillas arrastradas por el barco— es compatible con el paseo y la charla, tomar el rico sol gallego, el mejor de cuantos conozco, el más tímido pero el más hermoso. Es más fácil ver fantasmas que tener cinco días seguidos de sol en Galicia. Y este año hemos visto muchos fantasmas. Teresa ha traído también bizcochos y latas de conserva. Es este un desayuno-aperitivo que nos viene estupendamente. Todos comemos los bizcochos, bebemos el café, sin apartar un segundo la mirada de nuestras cañas.

Delicioso ambiente en el barco. Nos esforzamos por ser serios y hacerlo lo mejor posible —«ojalá consigamos algún trofeo»—, pero no es lo más importante. Vamos a pasarlo bien. Queremos una jornada de mar y verano, de sol y amistad. Y si vienen los peces, pues mucho mejor.

He salido a pescar este año con mayor frecuencia que otros. La pesca ha logrado que mi verano, no tan movido como los anteriores —no tan ligón, no tan marchoso—, haya sido de los mejores que recuerdo. Y siempre que salgo a pescar, unas cuantas escenas, reales o inventadas, en blanco y negro o en color, me vienen a la mente con cariño. Es mi tío Agustín pescando desde el puente del pueblo, en la madrugada, con su breve soledad de cañas y carretes. Enseñando a sus sobrinos cómo se atan los anzuelos para que las anguilas no se los lleven, cómo se colocan los plomos en los sedales, qué marea se debe aprovechar, de qué tipo es la sabiduría de los peces… O mi abuelo Luis, tirando líneas por la borda de su barco —un botecito que él convertía en yate de rey—, adoctrinando a sus nietos sobre las verdades de la fe al tiempo que les mostraba las bellezas del mar:

—A ver, niños, ¿vosotros os sabéis el Ángelus?

En la ría sopla un delicado viento de nordeste. La embarcación avanza alegre y firme, con ligeras paradas, como los días de los niños.

—… no, abuelo, nosotros no sabemos el Ángelus. —Las caritas de los nietos reconocen que no, que no se saben el Ángelus—. ¿Qué es el Ángelus, abuelo?

—¿Pero a qué se dedican en la escuela? Bueno, no os preocupéis, yo os lo enseñaré.

—…

—El Ángelus es una de las oraciones más bonitas que existen, y los trabajadores la rezan al mediodía. Hacen un descanso en sus tareas y se ponen a rezarla. Así dedican su esfuerzo a Dios y a la Virgen.

—Y cómo es, abuelo —preguntan los nietos.

—El ángel del Señor anunció a María…

Y cada vez que salgo a pescar me acuerdo del lago Tiberíades, Jesús y los apóstoles. Jesús todavía no es Cristo, ni el Maestro, ni el Señor. Jesús debía de andar con su proyecto, fermentando en el alma, desde hacía muchos años, y había llegado la hora de llevarlo a la práctica. Los apóstoles, el fuerte Pedro a la cabeza, intentaban pescar y no sacaban nada. Ya iban a dejarlo cuando apareció Jesús. Siguiendo sus órdenes, echaron las redes. Empezaron a recoger montañas de peces, montañas de hombres. Las redes se llenaron de fieles, y así nació el cristianismo.

—Jesús, niños, era tan bueno que se dejó matar para salvarnos. Él que había llenado las redes de tanta gente. —El abuelo se pone repentinamente triste, y los nietos se asustan—. Claro… que era Dios.

Y los otros, hombres. Los nietos sienten un vago temor porque saben que a los bruscos silencios del abuelo pueden seguir sonoras tempestades. Pero el abuelo permanece tranquilo. La navegación trascurre por los mismos derroteros; los niños han aprendido el Ángelus y se lo podrán enseñar a sus nietos, cuando sean mayores, en otras tardes de fe y mar.

«Venid conmigo, que os voy a hacer pescadores de hombres».

Nosotros, años y siglos más tarde, pescamos casi seis kilos de pescado, sin redes, con simples sedales e infinita ilusión. Al pescador, si pierde la ilusión, ya no le queda nada. Con la pérdida de la esperanza se van los peces, los proyectos, los hombres. Jesús no permitió que se le escurriera la esperanza jamás, y esto también se lo contaba mi abuelo a los primos. Jesús, crucificado y resucitado, acudió a la llamada de desaliento de sus discípulos. Don Quijote, yo procuro, cuando las fuerzas me flaquean, acordarme de esa imagen: los apóstoles y seguidores de Jesús, encerrados en Jerusalén por miedo a la persecución; las dudas de santo Tomás y el «no tengáis miedo» de Jesús. Un delicioso airecillo me despeina entonces, y sé que no hay nada perdido. Es el bondadoso viento que manda Dios a los barcos, vigoroso a los grandes, sensible y sensato a los pequeños, para que no zozobren.

Nosotros, siglos más tarde, pescamos un congrio de kilo y medio, un pez que colmaba con mucho nuestras expectativas. Javier cebó con calamar y sardina una veintena de anzuelos atados a una cuerda, peso al fondo, y un rizón asegurándonos nuestra dicha. Dejamos todo aquello y volvimos al curricán. Al cabo de hora y media fuimos a ver lo que había caído. Los anzuelos afloraban a la superficie sin ningún pez enganchado. Yo me acordaba de los apóstoles, que no pescaban nada, y me sentí reconfortado. Rafael, tenaz, tiraba de la cuerda. Ya habían salido casi todos los anzuelos, cuando una estupenda pieza coleteaba en el agua ante nuestros ojos. No nos lo creíamos. Las chicas empezaron a gritar de alegría, los demás las secundamos. A Rafael, que ya sabía que era un congrio y que los congrios muerden como leones, le daba miedo meterlo en la embarcación.

Regresamos a la playa eufóricos, cinco kilos y medio de pescado y un congrio de casi un metro —¿o era mayor?— como botín. A cambio, un rizón y el aparejo que nos había regalado el congrio, perdidos. Una alegría tan grande, un día tan feliz, valía semejante precio. El rizón era de mi tío y se lo quisimos pagar; él, como yo esperaba, no lo aceptó.

Para nosotros fue el premio a la pieza más grande. Nos hicieron fotos en el barco, los peces bien a la vista, amplias sonrisas en los rostros. Ganar fue lo de menos, pero había que ganar para darse cuenta. El trofeo está destinado al óxido y al polvo, y, como decía mi prima Teresa, dentro de veinte años ya nadie recordará aquel campeonato de pesca que ganó mi padre —o mi madre— con unos amigos. Nosotros, sin embargo, no olvidaremos esa jornada que nos hizo más compañeros, esa ría y ese sol que nos vieron pescar.

Carta XXXIV

Querido don Quijote:

Berta, mi perra, tiene el celo. Berta se está haciendo una mujer, una mujer—perro quiero decir, y ya le andan rondando todos los perros de la urbanización. Hay uno particularmente insistente, un caniche blanco que parece un corderito. El caballerete se acuesta y se levanta a la puerta de mi casa, don Quijote: no descansa. Es tenaz como no lo son los hombres. Cuando saco de paseo a Berta, armado con un bastón —no vaya a ser que en vez caniche nos toque mastín—, allí está el donjuán perruno, dispuesto a seguirnos todo el trayecto. Resulta muy gracioso, porque cada vez que me vuelvo él hace como que está a otra cosa, disimula. No sé a quién quiere engañar. Menos mal que, como dice mi madre, el galán es pusilánime: basta levantar el bastón para que huya. Eso sí: retorna rápido a sus requiebros amorosos.

Lo peor, querido don Quijote, y lo natural, es que a Berta le hace gracia semejante desgraciado. Aprovecha la mínima para mirar atrás, para tumbarse, y que el corderito con ínfulas de conquistador nos gane terreno. Mi madre le dice a Berta:

—Pero bueno, Berta, si es feísimo. Con lo guapa que eres tú. Date a valer. Tú mereces algo mejor.

Esto de que los hombres hablen a los perros es algo que está por estudiar y que, sin duda, daría mucho juego a los expertos en psicología. Mi madre, nada más llegar a casa, saluda a su perra de la misma manera —«hola, Chuchi; qué rica es mi Tuchi; ¿cómo está mi perruchi?»—. Y, por las noches, en varias ocasiones la he sorprendido hablándole a Berta. Pero, bueno, esto no es exclusivo de mi madre. Yo, para qué negarlo, también le he echado alguna parrafada. Los perros y la literatura constituyen dos buenos alivios para el espíritu. En esta actualidad, don Quijote, en que no están de moda las confesiones, y los psiquiatras son tan caros, yo recomiendo tener perro y escribir. Lástima que no cace como lo hicieras tú, con el galgo corredor. Entonces Berta, además de mi amiga, se convertiría en mi socia.

Berta se está haciendo mujer y es más sumisa —obediente siempre, solo sorda a nuestras órdenes cuando aparece el novio—. Apenas juega ya con los zapatos; no ladra ni pone malas caras; come a sus horas y hace sus necesidades cuando le toca. Con Berta, don Quijote, atravesamos ahora, pienso yo, la etapa precedente a la «edad del

pavo» humana. No quiero ni imaginar la que se nos viene encima.

Los que más quieren a Berta en casa son mi madre y mi hermana Elisa. Elisa la saca a pasear con mucha frecuencia. Por la noche, después de las clases —Elisa tiene turno de tarde— y de la cena, pasean por la urbanización. Elisa dice que estos paseos los hace para reflexionar y airearse del estudio, y yo me lo creo, pero una noche, no hace demasiado tiempo, que fui a comprar un refresco en la máquina del supermercado, la sorprendí hablando con un chico. La reflexión bien puede ser cosa de dos. Él también llevaba un perro, y mientras los dueños se contaban sus vidas ellos corrían, saltaban… como en una película de Walt Disney. La gente dice que con perro se liga más, don Quijote —otra buena excusa para tener perro—, pero mi hermana no lo necesita. Conozco perfectamente que esos grandes ojos azules —«poesía eres tú»—, pueden fascinar lo mismo a un hermano que a un novio, un poeta en potencia buscando la llave de la poesía. Yo, al acostarme, pensando en Elisa y su novio, pido a Dios que mi hermana le trate algo mejor que a Garcilaso la Elisa de sus versos. Claro que uno es romántico, y sin pretenderlo, en beneficio del arte, también pide que el chico sea poeta y Elisa le trate lo suficientemente mal como para que escriba tan maravillosos poemas, versos dolidos, como los de Garcilaso a Isabel Freyre: «Oh, más dura que el mármol a mis quejas, divina Galatea». El amor, afirmaba mi amigo Félix Rex, nos hace poetas.

Oigo hablar a mis familiares con Berta, don Quijote, ya que estamos con literatura —temo ser monotemático—, y me acuerdo del *Coloquio de los perros* de Cervantes. Esta novela es, sin embargo, una de las obras que menos me gustan de Cervantes. Parece mentira, pero nuestro autor, obsesionado siempre con la locura, nunca escribió el coloquio entre el hombre y el perro. Tal vez por no estimar que aquello fuera locura. El *Coloquio de los perros* es novelita pesada, sin ritmo, ni acción, y su diálogo —¿perogrullada?—, resulta desnaturalizado, todo lo que posee el *Quijote* de excelso. Y afirmo esto con total humildad; los defectos que le encuentro al *Coloquio* los veo también en mis cuentos.

Berta aparece por la habitación y se tumba detrás de mí, vigilando mis letras, corrigiendo las faltas de lo que te escribo. Silenciosa, dueña ahora de la placidez que tantas veces me abandona, vela mientras yo sueño.

Sueño contigo, con aventuras lejanas y amores cercanos, perros juguetones y canciones pegadizas, piratas de voz ronca, espadas forjadas para acabar con el mal. Ella vela, aunque tumbada, cuando yo leo en los libros los errores que cometeré, cuando vislumbro en los océanos de papel a esas mujeres encantadoras a las que nunca conoceré. Cuando me miro en los espejos que otros han construido

para mí, y para ti, con la esperanza de que exista locura suficiente en el mundo y se hagan reales.

Carta XXXV

Reconozco que son ya muchos los días sin escribirte, don Quijote. Reconozco que me voy desinflando con el verano. Hoy por la mañana fui a la universidad y comprendí que las vacaciones se acaban, y los proyectos desenfadados tocan a su fin. La próxima ocasión en que escriba sobre ti el molde no será una carta, de amigo a amigo, sino un ensayo académico, de estudioso a personaje literario, que yo procuraré hacer interesante. No te hablaré entonces sobre mis andanzas pescadoras, las cenas con amigas, los libros que leo, mis conversaciones con Rodrigo o Alejandro Santiesteban… Tampoco la prodigiosa historia de una mujer que viaja a Grecia mientras su amado la espera en España, Odisea inversa. Ahora me doy cuenta de que he intentado tejer cada día un sudario —los amigos, el deporte, la lectura, el cine, las mujeres, los viajes—, para cada día deshacerlo, escribiéndote. Hoy por la mañana, en la biblioteca de la facultad, veía a mis compañeros estudiar marmóreos volúmenes sobre literatura como preparación a los exámenes de septiembre. Y me veo dentro de no mucho consultando otra vez esos marmóreos volúmenes, leyendo a escondidas un *Quijote* pequeño y manejable.

En mis cartas, don Quijote, y así sucede siempre en una carta —o en un epistolario «completo», necesariamente incompleto—, todo queda en el aire. No he sido capaz de bajarlo a la tierra. Te he referido muchas anécdotas, pero no he sabido terminar ninguna. Te he hablado de multitud de libros, pero incluso yo dudo si los he leído. He compartido buenos momentos con gente querida, y te los he contado… pero ¿los conoces? He salvado unos meses para que los guardaras tú, celosamente; te he confiado joyas que a nadie más daría. Este sudario, gozoso sudario, se ha vuelto a deshacer, y yo me alegro por ello. Ahora, y hasta la próxima, no hará falta que yo te escriba y que luego imagine que me contestas. No. He avanzado, y el paso ha sido de gigante. Colocar delante de unos párrafos, encabezándolos, el nombre de don Quijote de la Mancha, es atar un poco la locura, ponerle brida a un caballo potente, noble, pero también peligroso. Dirigir unas cartas a don Quijote de la Mancha es aplacar la esquizofrenia de la literatura sin traicionarla. Ahí quedan mis días, ahí quedo yo.

Ya no tendré que mandar más cartas porque el mecanismo está por fin asumido, y se puede realizar inconscientemente. Por lo menos no más cartas con el destinatario expreso. Tú eres mi destinatario y me

gustaría que lo fuera todo el mundo. Pero te he elegido a ti el primero porque me asustaba el resto. Me has enseñado que eso no importa, que si tú me escuchaste también lo podrán hacer los demás.

No sabes cuánto te lo agradezco.

A partir de ahora leeré el *Quijote* con más pasión, con más interés. Como el que lee en el periódico las noticias sobre un amigo que se está convirtiendo en famoso. Tú no me necesitas, don Quijote, pero yo a ti sí.

El verano acaba, y decía que me iba desinflando con él. No era sincero, o estaba equivocado. El verano finaliza, y mi epistolario también. Pero vendrá otro verano, vendrán otros epistolarios. Las cartas que se cruzan dos personas terminan cuando muere una de ellas. Yo podré morir, y las cartas permanecer ocultas en algún cajón, pero nuestras cartas seguirán su camino en el tiempo, que no es el mío ni el tuyo. Vendrá otro verano y otros epistolarios. Y en esos veranos y epistolarios tú estarás conmigo, yo contigo.

Carta-dedicatoria a los lectores

Queridos lectores:

Yo habría querido dedicar esta novela o auto-ficción a todo el mundo, pero temo que si lo hago me van a tomar por loco o pretencioso (y seguramente soy ambas cosas). A todo el mundo, porque pienso que los libros, aunque no se diga, están escritos para ser leídos por cuantos más mejor. Un escritor es escritor, dicen, si lo leen otras personas que no sean su madre, sus hermanos, la novia… La literatura deja de ser un objeto cuando alguien lee. Este libro toma la forma de epistolario, cartas con un destinatario muy concreto pero, en principio, nada real. Como un diario que uno se escribe a sí mismo. Elegí a don Quijote porque para mí es el lector paradigmático. Las novelas hay que creérselas para disfrutarlas de verdad. Don Quijote se creyó tanto los libros de caballerías, historias de amor y lealtad, que quiso formar una, la más bella y completa jamás escrita. Salió al campo vestido anacrónicamente, y desde entonces nadie ha dejado de hablar de él. Podrá ser un loco, pero a mí lo suyo me parece coherencia.

Sé que este libro tiene poco de novela convencional. Las reflexiones se agolpan unas sobre otras, los personajes aparecen y desaparecen, y el remitente de las cartas no hace otra cosa que mostrar su sensibilidad romanticona y sus conocimientos —mejores o peores— sobre literatura, arte y vida. Tal vez solo haya un lector, dos, capaces de leer esta novela: su autor y don Quijote. El primero porque la ha escrito, y el segundo porque, aunque nadie le ha preguntado, en el cielo en el que vive no puede evitar leerla.

Yo quería dedicar esta novela a todo el mundo, pero tenía miedo de que me tacharan de pedante. Y hay que tener pedantería para escribir un libro en forma de epistolario dirigido a don Quijote de la Mancha. Por eso estoy escribiendo una carta-dedicatoria a los lectores, eludiendo la obviedad de que todo libro está dedicado a los que lo leen. Lo demás, y disculpadme la expresión, es una paja mental, no literatura, y aún dudo de que lo que he escrito no sea una paja mental, y disculpadme de nuevo la expresión.

Naturalmente hay prioridades. En mi dedicatoria van por delante mis padres, mis abuelos, tíos y primos, los amigos… Van por delante, claro, todas las mujeres a las que he amado y es muy posible que sean todas con las que he estado; ellas saben quiénes son. Siento una

enorme gratitud hacia los personajes de la novela, que me han acompañado durante unos meses de mi vida. Tampoco a ellos les he preguntado si querían aparecer en una novela. Puedo decir ahora que ellos son mis mejores amigos. Un libro, por muy malo que sea, esconde las joyas del autor, aquello que debe guardar en algún sitio por temor a que se lo roben, por precaución a que vuele. Y este tiene para mí el valor de lo más sagrado; no siempre se adora lo ideal sino, quizá, lo que nos recuerda nuestra propia debilidad, lo que nos salva de ella. La novela me gustaría dedicarla a los paisajes, interiores y exteriores, muy difusos, que la viven. A los escritores que la habitan y la han hecho posible. A los amigos que han aguantado su argumento, sus palos de ciego, sus profundos pozos, antes incluso de que fuera escrita. A los que la lean, los únicos que pueden realizar el milagro de convertir un fajo de papeles en algo vivo. A don Quijote y a Cervantes. Y, por supuesto, a todo el mundo.

EDUARDO MARTÍNEZ RICO
En un lugar de la Mancha,
terminando un verano,
esperando otro.

Carta a Miguel de Cervantes

Por eso yo creo que un libro solo puede ser bueno en la medida en que nos trae un diálogo latente, en que sentimos que el autor sabe imaginar concretamente a su lector y este percibe como si de entre líneas saliese una mano de ectoplasma que palpa su persona, que quiere acariciarla, o bien, muy cortésmente, darle un puñetazo.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*

En algún lugar, en algún momento

Querido Miguel:

Perdona las confianzas, pero son demasiados años leyéndote y estudiándote como para no tratarte con familiaridad. Te tuteo, sí, y escapo de este modo, disculpas otra vez, al complicado sistema de tratamiento de tu época y de la mía; esta carta quiere huir de tiempos y de lugares. Continúo el juego de indeterminaciones que tú pusiste en práctica en ese libro que tanto nos gusta. De todos modos, como te ocurrió a ti, se me escaparán referencias que enmarquen mi misiva en un orden de espacio y tiempo. Pero no será esa mi intención.

¿Por qué? Hace un par de años, escribí otras cartas de literatura y locura. La correspondencia con Alonso Quijano, ora don Quijote, duró un estío, una temporada de agua y buen tiempo, descanso y diversión. *Las Cartas de un joven escritor a don Quijote de la Mancha* pretendían ser una novela, pero la gente que las leyó les privó de ese calificativo: me hablaban de diario encubierto, de reflexiones, de memorias. Tras hablar con el personaje, más persona que muchas que conozco, te toca el turno a ti, el escritor, mi querido por los siglos de los siglos Miguel de Cervantes Saavedra. Deseo darte más problemas que soluciones, más incógnitas que respuestas. En ese maremágnum, tratar el tema de la novela, tema/problema, como escribiría Francisco Umbral, el ejemplo ejemplar de *Don Quijote de la Mancha* y de alguna otra novela tuya, también ejemplar, doble o triplemente. Quiero echar esta carta al buzón de la negación del tiempo para gozar del diálogo, el placer de la conversación. Amigos escritores nos acompañarán en esta larga

pero espero entretenida carta. Es un tópico, pero me gustaría que dentro del sobre imaginario que los dos juntos ya le estamos construyendo a nuestro charlar hubiera un foro de discusión, «un foro de discusión y debate», como reza el periodismo rampante (fenómeno para ti moderno).

Tenemos, pues, varios temas, que sin duda se desdoblarán en muchos otros, o quizá se reduzcan a una simple presentación de incógnitas y divagaciones. La novela, tus novelas, don Quijote y Sancho, tu personalidad «guadianesca». Luces y sombras campean sobre tu obra y tu biografía. Miguel, vamos a hacer de la necesidad virtud, como diría Sancho Panza: vamos a aprovechar esos claroscuros, tus ambigüedades, para hacer algo distinto. No pretendo ser un cervantista; en todo caso, un cervantófilo, e ignoro si la palabra está bien construida. Considérame un amigo y un admirador que tiene tus libros en la mano, que los coge y los revuelve, los voltea… hasta sacar de ellos algo personal, tuyo y mío, que no otra cosa, pienso yo, es la literatura: un cruce de dos sensibilidades fecundadas en un momento mágico, la lectura, el escritor entre los dedos insolentes y curiosos del lector.

Cuando te escribo, no aspiro a sorprender con una supuesta originalidad de forma. Las cosas que te quiero comunicar solo te las puedo decir por carta. Todo el mundo sabe que en las cartas los hombres nos atrevemos a confesar hechos e ideas, impresiones y expresiones que no osaríamos pronunciar en voz alta. Lo que voy a contar en esta carta no sería posible, Miguel, si no te lo contara a ti directamente. La literatura es un complejo sistema de correspondencia que no siempre es correspondido por los favores del público. No tengo que explicarte mucho esto, tú, que perseguiste el éxito en el teatro, te fue negado, y lo encontraste, casi encontronazo, cuando nadie lo esperaba de ti, en un género nuevo. Yo voy a escribir contigo como público. Me escuchas y me asientes, o te tapas los oídos y me llamas insensato. Hay una convención en la forma de carta que solo puede mitigar el destinatario. Después de don Quijote, qué destinatario más excelso puedo disfrutar que el de Miguel de Cervantes, el caballero de la triste pluma que un día se hizo alegre y asombró al mundo con su ingenio.

Cuando alguien escribe una carta tiene una imagen mental del corresponsal. Eso mismo quisiste hacer tú en el prólogo a las *Novelas ejemplares*[1]. No existía la fotografía para dar tu retrato en la contraportada del volumen, así que te dibujaste literariamente:

> Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen

> correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies. Este, digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación del de César Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, llámese comúnmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de feliz memoria.

El aguafuerte de tu rostro quedó aquí fijado para la historia, y ha sido repetido en innumerables ocasiones. Además, en muchos aspectos, los datos que en él nos suministras son los únicos para comprender épocas de tu vida, o la particular visión del mundo y de ti mismo que tenías. Por ejemplo, el orgullo con el que llevabas la antigua profesión de soldado, la ostentación de la herida de guerra, más ornamental en tu ánimo que fastidiosa en tu cuerpo: «perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo». Siempre sentiste predilección por el servicio de la espada, anteponiéndolo al de la pluma. Don Quijote hace una brillante disertación sobre ambas carreras en el «Discurso de las armas y las letras», y resuelve que el curso militar de un hombre es el que más y mejor adorna sus cualidades. Lo que no entiendo es cómo no han utilizado tus palabras los ministerios de Defensa, las levas de soldados en periodos de inflación voluntarista, teniendo como tienen en ti al principal valedor, el más prestigioso propagandista. «Con la espada y con la pluma», rezaba el lema de Garcilaso de la Vega, y tú lo seguiste. Pero el respeto y la vocación por la carrera militar, una de las pocas salidas profesionales en la España de entonces para un joven ambicioso (o las armas, o la Iglesia, o la Casa Real…), hicieron que tu dedicación a la literatura se desarrollara intermitentemente y, desde luego, cuando toda aspiración a continuar en el ejército había remitido. Tantos palos, tanto cautiverio, incomprensión: parece que don Quijote, sin transparentar un muy fiel reflejo de tu personalidad, está cortado con el mismo patrón de tus desventuras. No quiero insinuar, como han hecho algunos, que nuestro caballero sea un *alter ego* de Miguel de Cervantes Saavedra. Pero es claro, hidalgo, que en esa armadura que le vestiste, en ese caballo Clavileño, volador, en que le montaste, en las reacciones del mundo ante su artística locura, se agolpaban experiencias tuyas, eso que los especialistas llaman, con mejor o peor fortuna, cosmovisión.

No me gustaría incurrir en ninguna de las dos lecturas opuestas del

Quijote[2], romántica una y salvajemente realista la otra: don Quijote no es el loco sublime —al final sí lo fue—, pero tampoco es una mera y burda parodia de caballeros andantes famosos en la literatura de tu época. Sé que entro en terreno muy espinoso, pero ya dije que las cartas propician la confesión, por qué no, también el debate.

Estoy oyendo dialogar a don Quijote y Sancho en las habitaciones del palacio de los duques, cuando su historia ya era famosa, todos la habían leído, y los hombres que se encuentran tus protagonistas se afanan por construirle a don Quijote en la realidad lo que en la primera parte él trasformaba en su imaginación. Sancho va a ser gobernador y don Quijote le está aconsejando sobre política y vida. Don Quijote manifiesta una vez más que su inteligencia es formidable, la suma de la discreción, y que se muestra completamente cuerdo en todo aquello que no tiene que ver con los libros de caballerías. Para don Quijote, pues esto le exaspera en Sancho, lo primero es que su escudero abandone la costumbre de «ensartar» refranes de continuo: «No has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias» (II, p. 244). A lo que Sancho se defiende espléndidamente diciendo: «¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes?» (II, p. 346). El buen Sancho aboga por la herencia de la única escuela que pudo frecuentar: la popular, la calle y el campo, de la cual el refranero es libro de texto redactado por generaciones y generaciones de hombres y mujeres que hablaban, trabajaban, amaban, y al ir haciendo su vida fijaban en fórmulas las enseñanzas que de ella se desprenden, escamas preciosas. Y no sé si es refrán, Miguel, pero hay una frase magnífica que en esas páginas pronuncia Sancho y que luego repetirá don Quijote. Aparece aislada y como sin significado en relación con las palabras que la rodean, pero para mí está en ella la clave de un modo de pensar: «Para todo hay remedio si no es para la muerte». Es el vitalismo que emana de un hombre que vivió en la revuelta, sin aliento, vivir peligroso, o desesperanzado, solo, mal acompañado cuando no le salpicó, al decir de algunos eruditos, el charco de la corrupción. Esta frase la escogí yo hace bastantes años, en 3.º de BUP, como «frase de oro» del *Quijote*. El profesor de Literatura, Víctor Ruiz, mandaba a cada alumno que seleccionara su frase favorita de todo el libro, aquella que escribiría con letras doradas en la cabecera de su cama. El adolescente que era yo entonces tomó del *Quijote* este «para todo hay remedio si no es para la muerte», y en ese «todo» estaban los amores frustrados, los suspensos, el hambre en el mundo, las guerras, *todo* menos la muerte.

Y mientras te escribo esta carta que no hace sino comenzar, viene

a visitarme un colega tuyo, coetáneo del no-tiempo, eternidad, de la literatura, compañero en la lengua. Se me acerca por la espalda, alto y grande como es, nunca derrumbado por los muchos años que ya acarrea, Camilo José Cela, y me dice convirtiendo su boca en pluma y su pluma en letras:

> Miguel de Cervantes (honesto escritor independiente) supo decir: «¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecérselo a otro que al mismo cielo!». Miguel de Cervantes, cuatrocientos años largos antes que Albert Camus, también supo que el Poder, en su siglo, era triste[3].

Del poder está hablando don Quijote con Sancho. Los ideales de justicia y verdad quizá sea el escritor el único capaz de ponerlos en práctica, aunque solo sea en el blanco inocente del papel. «Honesto escritor independiente», Cervantes, tú, porque nunca permitiste que tu pluma bajara la cabeza, esa cabeza que solo se inclina para dar el beso de tinta al papel, por mucho fracaso e incomprensión que te acosara. Antes que Albert Camus, reflexiona Cela, estabas tú y otros, y danzaba don Quijote fuerte en Rocinante preguntándose la razón de la filosofía, no precisamente «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace…» que predicaban los libros de caballerías, abandonando al poderoso cuando este no quiere oír la voz de la conciencia que es el escritor para la sociedad.

«Para todo hay remedio si no es para la muerte». Implica un mirar hacia delante. Miguel de Cervantes Saavedra, ¿fuiste un soldado veterano repudiado por las autoridades del Estado?, ¿fuiste un escritor fracasado que conoció el fracaso en la época en que Lope avasallaba el mundo del teatro? Porque hay remedio, Miguel, lo hubo, y saliste a flote, con dos mil desventuras más que fueron las de tus héroes. ¿Qué hay de tu vida en el libro que te ha hecho inmortal? ¿Cuáles rasgos de don Quijote y Sancho los trasplantaste de tu rostro curtido por los desapacibles soles de Lepanto, España, Argel? ¿Qué parte de la locura del ingenioso hidalgo le toca a Miguel de Cervantes Saavedra? El español que escribía a finales del siglo XVI, a principios del siglo XVII, en una habitación seguramente más oscura que el camino de su caballero, cuando no una cárcel, quizás a la luz de una vela insuficiente empuñando una pluma que no merecería un rey, ¿qué pensaba de sus criaturas? Querido amigo, iniciaste hace cuatro siglos un diálogo con hombres de todas las épocas y naciones. En la tierra que pisó don Quijote, Sancho, el rucio y Rocinante se ha desenvuelto una alfombra interminable de opiniones y juicios, muchos prejuicios también. Y tu escritura se teñía siempre de ironías, de ambigüedades, en aquellos escritos, tales prólogos, que debieran haber sido los más directos y esclarecedores de tu persona y pensamiento. Es ahora José

Ortega y Gasset quien interrumpe mi discurrir para empujarlo a una más cristalina formulación. Toma mi bolígrafo y escribe en este papel:

> ¿Se burla Cervantes? ¿Y de qué se burla? De lejos solo en la abierta llanura manchega la larga figura de don Quijote se encorva como un signo de interrogación; y es como un guardián del secreto español, del equívoco de la cultura española. ¿De qué se burla este pobre alcabalero desde el fondo de una cárcel? ¿Y qué cosa es burlarse? ¿Es forzosamente una negación[4]?

¿Tiene razón Ortega? ¿Es el *Quijote* unequívoco? don Quijote pasea su locura por los campos de la Mancha, «la abierta llanura manchega»… Llegará hasta Barcelona; allí será derrotado, y con la derrota vendrá la cordura. En este viaje —siempre un viaje— don Quijote va acompañado de un hombre de pueblo, de la España rural, sabia, iletrada pero sabia. Es el complemento ideal para nuestro héroe. Lo que no dirá don Quijote, se lo soplará Sancho, como un apuntador teatral. Sancho es de los de «pies en tierra», lo opuesto a un caballero andante, lo opuesto a su escudero. Pero es el mejor escudero de la ficción humana, pues ofrece su escudo, sirve las armas de la razón, justo cuando su amo lo precisa. Sancho, como don Quijote, no solo realiza un viaje físico, de campo en campo, de desventura en desventura; el viaje interior en ambos es mucho más importante que el otro. Sancho evoluciona, se contagia del idealismo de su señor. A Sancho solo le falta ver gigantes donde hay molinos, al final de la novela, pero casi. Don Quijote, en su lecho de muerte, renegará de su actitud loca, del altruismo egoísta (el egoísmo es inevitable hasta en las más desinteresadas empresas). Sancho, en cambio, quiere salir de nuevo al campo, pide ánimo al moribundo, pide nuevas aventuras, aunque sean pastoriles. Sancho se ha hecho adicto de la fuerza vital que emanaba don Quijote, ahora Alonso Quijano, llamado «el Bueno». No quiere ni pensar en la posible pérdida de aquello que le ha dado la vida, una nueva vida. Con el gradual enfermar de Sancho Panza, nos dices que la existencia, en su sentido más amplio y ampliable, sin motores de ilusión, no es nada. Nos dices que el hombre para ser enorme, bueno, debe estar *loco*. Que ese ápice de locura es el que nos convierte en seres vivientes, existentes, hombres y mujeres que se mueven por algo y para algo. Corremos el riesgo de caer en la incertidumbre de la finalidad de la vida, pues bien mirado, sin creencias ni utopías, la vida no sirve para nada. Un exsoldado aboga por esos motores, esos anhelos caballerescos… A Sancho le quitan la sal de su renovada existencia cuando muere don Quijote, cuando don Quijote recobra el juicio. Sancho muere un poco, o un mucho, con la pérdida de Alonso Quijano, antes Caballero de la Triste Figura, amén de otros sobrenombres. Nosotros también.

Narras, amigo, de modo indirecto, como muchas otras ocasiones:

«Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno lo hiciera» (II, cap. XLIV, p. 351). La duquesa, entre burlas y veras, viene a consolar a don Quijote. Me parece que este sentir la soledad del caballero, este quizá por primera vez notar la dependencia afectiva de su buen Sancho, escudero de una elocuencia como no la tuvo ningún otro, por mucho, Miguel, que te empeñes en reprenderle por sus refranes por medio de don Quijote, y le muestres ignorante y burdo (Sancho es maestro de los campos manchegos), este sentir la soledad de don Quijote, digo, revela toda la importancia de Sancho para su amo, y de Sancho en general, universalmente, camino de la inmortalidad, de ese estar ya con nosotros para siempre.

Don Quijote empieza ahí a añorar a su escudero, y Sancho ha dado o dará pruebas de su desmedido aprecio por su señor. Y es que don Quijote y Sancho hacen unidad, son el mutuo contrapeso que ambos necesitan, y el caballero, tan displicente y seguro por su condición militar y mágica de la raza andante (raza por él inventada), no reconoce hasta ahora cuánto ama a Sancho y lo mucho que su locura sabia necesita de él. Se dice que detrás de tu novela, Miguel, está la tradición de diálogos renacentistas que vienen del mundo clásico y llegan hasta Erasmo para enseñar su arte a los hermanos Valdés y a muchos otros humanistas en la Europa del XVI. Hay una dialéctica fundamental en don Quijote y Sancho. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y su segunda parte, es un relato dialogado. La novela, como sus personajes, echa a andar cuando se conocen don Quijote y Sancho; cuando comienzan su conversación, que dará cientos de páginas apenas ininterrumpidas, el lector sabe que tiene una joya entre las manos. ¿Cómo pasar tu filosofía de la vida, una filosofía de la observación y del camino, remada en años y años de lucha contra los elementos, las grandes y pequeñas cosas, sin parecer pedante ni vulgar? Don Quijote y Sancho son dos vehículos inmejorables para esto que vamos diciendo. Juntos son el equilibrio y la armonía. Qué triste es no tener a nadie que te escuche. Qué doloroso y aburrido es no tener a nadie que te hable. La voz de uno cuando no hay oídos que la atiendan es como una escultura, honda y hermosa en potencia, por nadie contemplada; es decir, por nadie comprendida, esa expresión cursi, ya pasada de moda, que posee su fondo de verdad: una voz que no tenga quien la realice, palabras en el aire, como un libro cerrado a perpetuidad, alimento del fuego del tiempo. Don Quijote debe atravesar un desierto y elige a Sancho como compañero de viaje. Lo escoge y sin conocerlo casi, pero acierta, porque peleando contra gigantes o pastoreando cabras líricas y amorosas, Sancho, que no vende su libertad de hombre de campo y justo por ninguna ínsula, no lo abandona.

Mientras permanecía sin escribirte, Miguel, me he dedicado a releer algunos capítulos del *Quijote*, siempre buen compañero para los viajes que he tenido que hacer. Entre las «aventuras» que más admiro de tu historia se encuentra la del gobierno de Sancho en la ínsula Barataria. Ya hemos hablado de los consejos de don Quijote a su fiel escudero, síntesis de tu experiencia de la vida y de lecturas, imagino, que fueron sembrando en ti la semilla de la justicia y de la libertad. Sancho sale airoso de los litigios que se le presenta llegando incluso a pensar sus gobernados si no les habría tocado en suerte un nuevo Salomón. El caso del sastre y los capuchones, el de la caña y las monedas, o el de la supuesta violación, configuran un Sancho por fin discreto y sabio, que no desperdicia las palabras y conoce el arte del buen callar de los silencios (por fin el dicho se hizo verdad en él: «Al buen callar, llaman Sancho»), lo que hubiera deseado don Quijote desde que salieran de su pueblo por primera vez. Pero dices una cosa, Miguel, ambigua y sorprendente, o por lo menos así me lo parece a mí. Escribe tu narrador: «De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios» (II, p. 363). No creo, y espero no idealizar al personaje (por otra parte muy admirado), que de verdad pensamos que Sancho era un tonto, simplemente un simple, iluminado en estas circunstancias extraordinarias por el ángel que protege a los gobernantes. No lo creo, porque pienso que es compatible la inteligencia no cultivada de Sancho, su saber de campo, con la buena administración de la justicia, ese sentido común, no tan común, pero innato, que se tiene o no se tiene, pero que tal vez no sea necesario aprenderlo en las universidades. La justicia va pegada al alma del buen Sancho, que la respeta y sirve. Lástima que no durara mucho en su ínsula, pues la novela es una sátira amarga, una tragedia risible y no podías mantener largo rato a Sancho haciendo el bien, entre miradas graves y agradecidas. A Sancho le encomendaste esta tarea, como gracioso, de provocar la risa del lector, no de suscitar la admiración de cualquier buen amante de la rectitud.

Sancho, no tan torpe como algunos pensaban (incluso tú lo pensabas), ha sabido distinguir la locura de su señor de su insalvable valía: proteger a los que menos pueden, defender a los indefensos, a los humildes y humillados, luchar contra los soberbios y los injustos. Es la gran lección que le da don Quijote a Sancho, la misma que los dos nos inculcan a todos sus lectores. ¿No es cierto, Miguel, que tú aprendiste muchas cosas de tus personajes? Esto de que un escritor pueda aprovechar las enseñanzas de sus criaturas, la leal ficción, me parece maravilloso. Probablemente ya estaban en el autor, estado latente, aletargado, no pleno; estaban en el autor, pero no eran suyos. Era preciso que unos entes de ficción, reivindicando su condición de

personas de carne y hueso, las hicieran, las enseñanzas, se movieran en un escenario, utillaje mental del escritor, para que este aprendiera de ellos y por fin pudiera exclamar: Sí, yo pienso de idéntica manera, yo también soy un Quijote o un Sancho, ávido de aventuras, de verdad, de ideales, pero el mundo no me deja soltar este lastre que me ahoga, y los pecados que arrastro, más allá del honor y las religiones, me recuerdan que debo escuchar a mis personajes, esas campanas que resuenan en el espíritu del escritor mientras escribe y que dan más vida a la vida.

Relaciono este Sancho con el que despedirá a don Quijote en el lecho de muerte: «No se me muera, vuesa merced». Repito su invitación, que es insistencia, a pasear los prados pastoriles como una recreación novedosa de las bucólicas. En la novela que estás inventando todo hunde sus raíces en la literatura, le presta la tradición escrita del hombre el esqueleto de ideas, palabras, personajes sobre los que encarnar a tus criaturas. «No se muera, vuesa merced», sigue Sancho, orgulloso de su amo, pesaroso por la partida de quien, pese a los palos, las desventuras, creía invencible e inmortal. Sancho amigo, Miguel, es quien se reveló a tu talento, posiblemente más que don Quijote, que ya escondía, como un *bigbang* de la literatura aún por explotar, las virtudes, las manías, los donaires y peculiaridades que extendiste en el relato. Pero Sancho nos sorprende en su mesura, en su rucio, montura popular, que él maneja dialécticamente, verbo de refrán, como el mejor de los corceles.

Quiero pensar, Miguel, que tú también creíste ver gigantes en lugar de molinos, pues no es otra en verdad la profesión del escritor: registrar gigantes donde hay molinos, sin traicionar a los molinos, trampolín de la realidad. No deseo hacer de *don Quijote de la Mancha* una autobiografía novelada, como alguien ha querido leer, pero estoy convencido de que hay más de ti en don Quijote y Sancho de lo que nadie ha podido probar, porque tu vida huye en las sombras y ahuyenta su paso ante los ojos curiosos. ¿Deliberadamente borraste las huellas de tu existencia, Miguel de Cervantes Saavedra, autor del *Quijote*, las *Novelas ejemplares* y otros libros que andan por ahí ya no dispersos? Una vida imaginada en el papel, el lienzo o la piedra, hoy el celuloide y otros soportes, puede competir en belleza con la vida real que la inspiró. Tu lanza de caballero andante fue pluma, adarga antigua del tintero de la invención desbordada. Debiste sentir orgullo y satisfacción al coronar esta gesta, admirado Miguel.

Voy a terminar mi carta con un poema o una impresión, por llamarlo de una manera humilde, que es como quiere el autor que se tengan sus escritos, una impresión que mi amigo Félix Rex, a quien ya conoces por mis *Cartas de un joven escritor a don Quijote de la Mancha*, escribió en ocasión de uno de «tus días», un día de los libros en

Madrid. Aniversario de la muerte de Cervantes, «Día del Libro», entrega del premio que lleva tu nombre, y desde hace años homenaje a tu personaje más inmortal, lectura pública del *Quijote* en el Círculo de Bellas Artes, centro de cultura y exquisitez que veo cada vez más abierto a un grupo amplio de hombres, mujeres y niños. Tendrías que haberlos visto —seguro que los has visto— leyendo con unción tu obra, haciendo cola a la espera de su turno, manoseando con confianza y cariño ese objeto llamado libro que solo pide atención, antes que comprensión, escritores pronunciando serenamente, vocalizando con devoción las palabras del ingenioso hidalgo, del gran Sancho, los burlados y burladores de tu historia. El texto, querido Miguel, es el siguiente:

> Lee con fervor, como en una misa clásica y decadentista, un ejército de devotos del *Quijote*, ¿entregados hoy, solo hoy tal vez siempre, al hechicero de los disfraces y los sonidos con sentido, rey manco de las palabras plenas?
>
> Escritores, políticos, estudiantes, jóvenes maduros, niños y viejos caminan muy orgullosos a celebrar la fiesta del manchego caballero, el Día del Libro que este año se desplaza para no competir con la Pascua, esa otra jornada de misa y gozo para buena parte de la humanidad. Fe laica que imprime esperanza a los que piensan que hay que celebrar la vida, lo que empuje a la vida. Yo sentía esta tarde la ceremonia teológica, la liturgia grave y festiva de los grandes eventos. Pienso decirle estas ocurrencias a mi amigo Cervantes en la carta que le estoy escribiendo.

Ya ves, Miguel, Félix Rex también te está escribiendo una carta. Tal vez recibas las dos a un tiempo, un tiempo que es el que habitas. En el buzón de tus libros, los viejos y nuevos volúmenes de la *Galatea*, el *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, el *Persiles* o tu teatro, aterrizarán como palomas mensajeras esos sobres blancos tiznados de tinta negra que te despertarán un poco de tu sueño de siglos. Pero es cierto que no existen ni los segundos, ni los minutos, ni las horas, invención del hombre. Quedan hombres escribiendo en soledad pensando en otros y en ellos mismos, diálogos impenitentes, infinitos. Quedas tú, Miguel de Cervantes Saavedra, prometiéndonos eternamente la segunda parte de la *Galatea*, *Las semanas del jardín*, todos esos libros fabulosos que sin llegar a escribirlos están ya en tus libros, los leemos entre líneas saltando de lo real, lo existente, a lo que pudo ser y, por qué no, es. Yo te imaginaré, ahora, desenfundando la pluma leve de ave, «para ti reservada», y contestando en el oasis de la memoria ida esta carta escrita desde la orilla del mar adonde me han traído tus personajes. Lástima que no haya podido contar más y mejor mis sensaciones y las de otros. Creo que de momento está bien. Una carta no es espacio para abrumar con demasiadas cosas a nadie, menos aún a Miguel de Cervantes. Por fin libre, te estarás bañando en las playas de Argel, fantásticas e inverosímiles playas de las cadenas rotas, metafóricas y

reales, esperándote tu recado de escribir junto a bebida fresca. Con el fondo del mar, me fijo en tu tintero. Ahí están, enormes y vivísimos, don Quijote y Sancho, tus pastores, la Gitanilla, Rinconete y Cortadillo, menos famosos personajes-personas salidos de tu frente despejada, mil retratos apócrifos. Los sigues teniendo contigo, Miguel, las criaturas sosteniendo al creador. No me despido ni de ti ni de ellos, aún es pronto. Los tengo a la vuelta del papel, todos los días del año, en la pared de mi cuarto, en mi mesa de trabajo. Cierro esta carta pues lo que empezó reclama justo fin, pero no es más que un fin ficticio.

Tu amigo y lector,
EDUARDO MARTÍNEZ RICO

Libros Consultados

CERVANTES, Miguel de: *Novelas ejemplares*, en *Obras completas*, tomo II (novelas y obras atribuidas) (edición de Ángel Valbuena Prat), Madrid: Aguilar, 1980. —*Don Quijote de la Mancha* (edición de John Jay Allen), Madrid: Cátedra, 1992. CELA, Camilo José: «Examen de conciencia de un escritor», en *Prosa novelesca actual* (edición de Francisco Ynduráin), UIMP, 1969. ORTEGA Y GASSET, José: *Meditaciones del Quijote* (edición de Julián Marías), 1990.

Fotografía de Daniel M. Sáez Rivera

Eduardo Martínez Rico nació en Madrid en 1976. Se licenció en Filología Hispánica en 1999 en la Universidad Complutense de Madrid, y se doctoró por la misma Universidad tres años después con una tesis titulada La obra narrativa de Francisco Umbral: 1965-2001. Ha publicado los siguientes libros: Umbral: vida, obra y pecados. Conversaciones (2001), Umbral. Las verdades de un mentiroso ilustre (2003), Alberto Vázquez-Figueroa o la aventura (2004), Pedro J. Tinta en las venas (2008), La guerra de las galaxias, el mito renovado (2008), un análisis sobre el trasfondo cultural y mitológico de la saga creada por George Lucas, en

Alberto Santos, Editor, y Cid Campeador (2008), novela histórica, que pronto verá la luz con una nueva edición en Imágica. Escribe habitualmente en prensa e Internet, siendo codirector de la revista Avuelapluma.com. Entre las publicaciones en las que ha colaborado están: Expansión, Época, Qué leer, Diplomacia y El Norte de Castilla. También ha publicado ensayos en libros colectivos sobre González Ruano y Eugenio D´Ors, y en revistas académicas como Dicenda, de la Universidad Complutense de Madrid. Ha participado en cursos y congresos sobre literatura y periodismo, y como docente ha impartido clases en la Universidad del Instituto de Empresa (Periodismo Cultural) y en los programas de máster del Instituto de Empresa («El valor de la palabra: escrita y hablada»), así como en la Universidad de Mayores del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de la Comunidad de Madrid (Literatura Española).